

5716415



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PQ7297

.Z3

M5

V.2

c.1



86-1

2

LOS
MINISTERIOS DE MEXICO.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

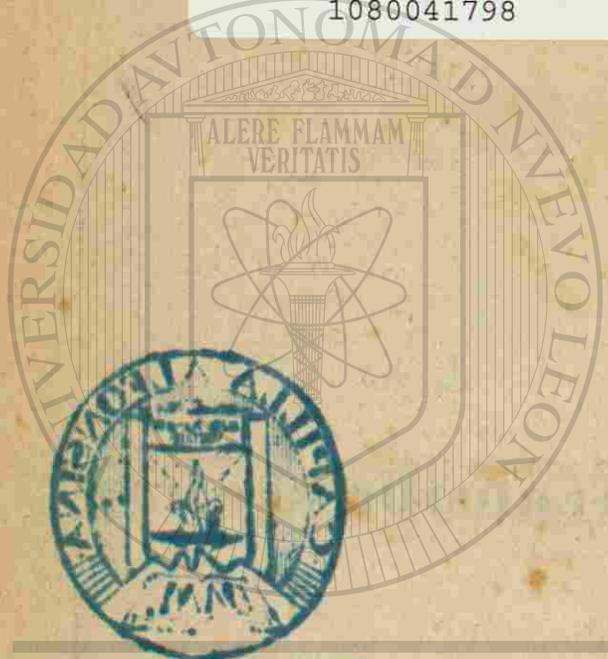
109992

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

31700



1080041798



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS MISTERIOS

DE

MEXICO.

POEMA ESCRITO EN VARIEDAD DE METROS.

SU AUTOR

D. NICETO DE ZAMACOIS.

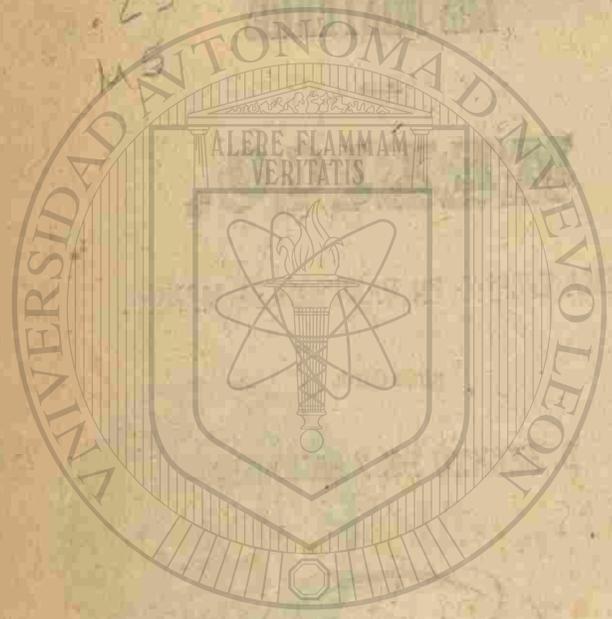
TOMO II.

MEXICO.

IMPRESA DE VICENTE G. TORRES,
a cargo de J. Vidal Hernandez.

1851.

P07297
.23



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



197

10



PARTES CUARTA.

UN DEPENDIENTE CASADO.

Sigue veloz mi loco pensamiento
A la imájen mental de su esperanza,
Y cuando ya imagina que la alcanza,
Desfallere en los brazos del tormenta.

GERARDO LOBO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PARTE QUINTA.

PASO PRIMERO.

UNA CASA DE VECINDAD.

.....mas, hijas,
Una ración desdichada
De veinte y un cuartos pagados
Regularmente en tres pagas,
Que son tarde mal y nunca,
Para alfileres no bastan.
Y así es forzoso ingeniar-se.

DE UN INGENIO.

Entremos, lector amado,
De vecindad á una casa,
Y otra historia comencemos,
Pues *lo que abunda no daña*.

Estoy contra este refran,
Por que puede la abundancia
En lo malo-estar, y entonces
Lo que abunda al hombre mata.

Mas dejemos el paréntesis,
Y volvamos á la casa
De vecindad, sin meternos
A correctores de nada.

Tiene en el patio diez cuartos
O viviendas, si te agrada,

Donde vive jente pobre
Que en la miseria se halla.

Pero que vive contenta,
Sin pensar en el mañana,
Porque en teniendo frijoles (1)
Y tortillas (2), no se afana.

Un petate que arrimado
De día á un rincon se halla,
Es el que en el suelo estiende
Por la noche; y es su cama.

Con trapos bien enrollados
Improvisan una almohada,
Y lo mas, para cubrirse,
Una rota y sucia sábana.

La cocina es una hornilla.
En un rincon colocada,
Donde cuecen los frijoles
En una olla ya rajada.

Y unos cuantos trastecitos,
Que *tinajero* le llaman,
En la pared, por adorno,
Se miran, puestos con gracia.

(1) Judias.
(2) Pan de maiz.

Para comer, el cuchillo,
El tenedor y cuchara,
Son los dedos, nada limpios,
Que muy rara vez se lava.

Mas ya he dicho que esta gente
De menos nunca echa nada,
Así es que es la mas feliz
Que en todo México se halla.

En las fiestas y paseos,
Do quiera en fin que ella vaya,
A comer ó à merendar
Se sienta con gran cachaza.

De ella es el mundo, ella goza,
Ella rie y ella canta,
Y libremente disfruta
De todo cuanto le agrada.

Y de la suerte que viven
Las personas de esta casa,
Viven en México todas
Las de las viviendas bajas.

Pero advertir es preciso,
Antes que adelante vaya,
Que hay tambien en estos cuartos
Personas bien educadas.

Personas cuyas viviendas
Están limpias cual la plata,
Y en donde se ven bien puestas
Sillas y agradables camas.

Mas volviendo al edificio
De nuestra historia nos halla,
Y dejando á los que viven
En cuartos bajos en calma.

Subamos en el momento,
Sin pronunciar mas palabras,
A los altos, que es do vive
La clase media ó mediana.

Es un corredor cuadrado
Con cinco viviendas claras,
Donde macetas con flores
Se ven do quier colocadas.

Vive en una un retirado
De la independenciam sacra,
Con cinco hijos y una esposa
Que Guadalupe se llama.

Vive en la otra un empleado
Que no se emplea ya en nada,
Porque se halla jubilado
Aunque sin júbilo se halla.

No tiene hijos, pero tiene
Una costilla tan cara,
Que caro le cuesta al misero
Carcener de que llevarla.

En la otra vive una viuda
De un general de brigada,
Que es *todita una señora*
Segun ella se proclama.

Es una historia viviente,
Que, sin cansarse, relata
La vida de las vecinas
Con todas sus circunstancias.

Es doña Anita su nombre,
Mas fuera mejor llamarla
Clarita, segun es ella
De criticona y de clara.

En la otra vive una jóven
Muy honesta y recatada,
Que tendrá unos quince Abriles,
Y que Soledad se llama.

No tiene en su compañía
Mas que una mujer anciana;
Y los domingos tan solo
Entra un jóven en su casa.

Un jóven á quien Mendivil,
O bien primo, ella le llama:
Hombre fino y de presencia
Arrogante y buena cara.

Vive en la última vivienda,
De la cual hablar nos falta,
Uno que fué comerciante;
Mas que quebró por desgracia,

Y que á corredor de número,
Para mantenerse entrara,
Y mantener á su esposa
A quien ciego la idolatra.

El se llama D. Hipólito,
Y la muger doña Clara,
Que aun conserva algunos restos
De belleza, garbo y gracia.

Esta jente, pues, que vive
En estas viviendas altas,
Es el medio entre las clases
Que se nombran alta y baja.

Es la clase que mas sufre:
La que no goza de nada,
Porque ser á medias pobre,
El colmo es de la desgracia.

Que el pobre entero, contento,
Vestido ó desnudo anda,
Y sin vergüenza á ninguno
Va do el deseo le llama.

Pero el que es á medias pobre;
El que por decente pasa,
Se avergüenza si á la calle
Va sin levita ó casaca.

Quiere que nadie conozca
La hambre y miseria que pasa;
Y ¿el *qué dirán?* el tormento
Es que sin cesar le mata.

El á un ejercicio bajo
No puede ocuparse en su ansia,
Porque *¿qué dirán las gentes?*
¿Qué dirán los que le tratan?

El militar y empleado
Que sus sueldos no les pagan,
Antes quieren morir de hambre
Que empañar su ilustre fama.

Porque *¿qué dirán del uno*
Que se halló en veinte campañas,
Y del otro ¿que dirán,
Los que antes le respetaban?

Esta honrilla les contiene
Y su desventura labra;
Y para ocultar miserias
Se presentan de casaca.

Mas que casacas, Dios mio!...
De tanto limpiar gastadas,
Sin pelo, de hechura antigua,
Del tiempo en que el rey rabiaba.

De cuello donde metida
Casi la cabeza se halla:
De *punto de caramelo*,
Es decir, sobre la espalda.

Con faldon de gallardete
Que le llega hasta las tavas,
Y que se abre, si camina,
Como abre un buitre sus alas.

Pantalon negro, brillante,
Por el uso y por la grasa:
Angosto mucho, y tan corto,
Que á los zapatos no alcanza.

Un chaleco tan raquítico,
Que entre el pantalon y él se halla
Un espacio, por do sale
La camisa que fué blanca.

El sombrero es ya *gallina*,
Pero gallina mojada,
Aplastado de la copa
Y colgando y rota el ala.

Mas si ellos así se encuentran,
Sus familias desgraciadas
Se mirán mas desprovistas,
Sin duda alguna, de galas.

Quien tiene cinco hijas bellas
Y á mas su costilla cara,
Para salir á la calle
Dos vestidos tiene en casa.

¿Quieren pasearse? dos salen:
Las otras cuatro encerradas
Quedan remendando ropa,
Cubierta ya de puntadas.

Y así se van alternando
De dos en dos las muchachas,
Mientras se pasean unas,
Quedándose otras en casa.

Así es que los dos vestidos,
Ya los acortan ó alargan,
Segun sean las que salen
Chicas de cuerpo ó bien altas.

¡Pobres familias! bien dignas
De otra suerte menos mala!....
Familias que deberían
Pasar una vida plácida.

Mas ¡ah! el gobierno las deja
Perecer en la desgracia,
Deteniendo al militar
Y al empleado su paga.

Dádoles tercera parte
Del corto sueldo que ganan,
El día en que le conviene
Consolar á tantas almas.

Vese la comisaría,
Cuando se anuncia una paga,
Llena de viejos soldados
Y tristes viudas sin calma.

De ilimitados que sufren
Sin límites duras ansias,
Y se limitan, contentos,
A una paga limitada.

Y afortunados el día
En que algo por dicha agarran,
Pues hasta un mes pasar suele
Desde el aviso á la paga!...

Así es que todos los días
A ver si algo les dan, marchan,
Allá á la comisaría
Donde horas bien tristes pasan.

Mas dejemos este punto,
Y volvamos sin tardanza,
A donde quedó la historia
Que tenemos comenzada.

Entremos, por un momento,
De doña Anita á la casa,
Que con la esposa querida
Del jubilado se halla.

Las dos son amigas íntimas,
Y se cuentan lo que pasa
Mutuamente ya en la calle
O en las viviendas cercanas.

Mas oigamos lo que dicen
Las dos vecinas amadas,
Pues comiendo honra, sin duda,
Del triste vecino se hallan.

—Pero escuchad, doña Anita:
Yo me hago cruces, me pasma,
El ver el lujo que tiene
Nuestra vecinita Clara.

Los corretajes, yo creo,
Que no dán tanta ganancia,
Para gastar en vestidos
De gros y de tarlatana.

—¡Corretajes!... buena es esa!...
Si yo la contara, mi alma...
Pero soy una señora,
Y esto para callar basta.

—Pues ¿qué, le sabeis vos algo?...
—Pues si su vida es un drama:
Si me pusiera à contaros
La vida de ella que es trájica...

Pero soy una señora,
Como lo sabeis mi alma:
Viuda del Sr. Torcuato,
Un general de brigada.

Pero ya sabeis las cosas:
El gobierno no nos paga,
Y estamos todas las viudas
Así á vivir obligadas.

¿Quién le habia de decir
Al difunto, que en paz yaga,
Que su Anita se vería
Reducida á la desgracia!...

Pero volviendo à Clarita...—
Mas antes me dais palabra
De que entre las dos tan solo
Quedará el secreto, mi alma.

—Por supuesto: dijo la otra,
Que por saber ya rabiaba:
Podeis fiaros de mi....
—Lo sé bien, doña Bernarda.

—Porque á mí quitar el crédito
Jamás á nadie me agrada....
Como soy una señora....
—Por supuesto.—Y muy honrada.—

Pues ha de estar, vecinita,
En que la madre de Clara,
Estaba de cocinera,
Del comercio 'en una casa.

—¿Qué me decis, doña Anita?
—Lo que estais oyendo, mi alma;
Y en su compañía entonces
Clarita tambien estaba.

—¡Jesus! que cosas se ven....
—Cosas que parecen fábulas.
Pero volviendo á la historia,
Escuchad, doña Bernarda.

El principal de la tienda
Se prendó de la muchacha,
Y ahí teneis que fué señora
De la noche á la mañana.

Casóse con ella el necio,
Sin notar en la distancia
Que habia allí de ella á él,
Y fué señora fulana.

Por supuesto que la madre
Tambien de la doña Clara,
Ascendió de cocinera
A costurera de casa.

Así vivieron un tiempo;
Pero como dice, mi alma,
Un refran que, al fin al monte,
Y es verdad, tira la cabra.

Prendose de un dependiente
De su esposo, la malvada,
Y le hizo saber su amor
Con señas y con palabras.

—Me estais contando unas cosas
Que me tienen admirada.
—Ya veis, soy una señora,
Y la verdad digo clara.

—¡Por supuesto ¿quién lo duda?
¡La viuda de una brigada!....
—De una brigada no: viuda
De un general solo, mi alma.

—Es lo mismo.—Pues siguiendo
Nuestra historia comenzada:
El dependiente parece
Que no fué ingrato á sus ansias.

Mas por fortuna, el esposo
Sorprendió algunas miradas,
Y temiendo al dependiente
Lo despidió de su casa.

Mas poco alcanzó con esto,
Porque empezaron las cartas
A hacer un fuego graneado
Por medio de una criada.

Pero el dependiente á poco,
Dejó de verla y hablarla,
Porque de otra enamorose
Hermosa jóven y cándida.

Mas cuando llegó á saber
Que por otra la olvidaba,
Juró vengarse del hombre
A quien se rindió su alma.

Y comprando con dinero,
De él á una infame criada,
Un veneno en la comida
Le dieron que le matara.

—Jesus, Jesus, qué delito!...
Esclamó doña Bernarda.
¿Y murió?—No: porque un médico
Le salvó de grande fama:

Pero quedó padeciendo
Siempre el infeliz mil ansias,
Y vino á morir al fin,
Al cabo de tres semanas.

De resultas del veneno
Que hizo que le dieran Clara.
—Buena vecina tenemos:
No sabía yo sus gracias:

—Mas no le conteis á nadie
De esto, dijo Anita, nada.
Porque soy una señora...
Y ya veis...—Vivid en calma.

—Después, prosiguió diciendo
Doña Anita, la desgracia
Hizo que su esposo Hipólito,
Que es un buen hombre, quebrara.

Y al mirarse en la pobreza,
Vinieron á aquesta casa,
Y la vivienda que tienen
Desde entonces alquiláronla.

—Pero ¿qué, los corretajes,
Advirtió doña Bernarda,
Dán para el lujo que ahora
Con tanta profusion gasta?

—Esa es, vecina otra historia.
El usurero Jil Lárraga,
La protege, pues el pobre
Del marido es un Juan Lanás.

—Es verdad: entrar le veo
Constantemente á su casa.
—Cuando yo os lo digo, creo....
Soy una señora y basta.

El quiso, una vez que á verle
Fuí para que me prestara
Alguna cantidad corta
Sobre unas cuantas alhajas,
Relacionarse conmigo....
Pues... mas llevó calabazas:
Porque soy una señora,
Como vos sabeis, mi alma.

Que aunque mal me esté decirlo,
Soy toda una generala:
Esto es, toda una señora,
Y no hay en mi honra una mancha.

—¡Oh! quién lo duda!.... la esposa
General de una brigada

—Ya vereis....—¡Oh! por supuesto....

—Yo: toda una...—Pues, vos... vaya...

Mas la del número uno?...

—¿Quién, Soledad? Otra maula...

¿No sabeis quién la mantiene?...

—¿Ese que cada semana?...

—El mismo: Felix Mendibil:
Dependiente de la casa

De D. Braulio Flan, que viene

Los domingos á obsequiarla.

¡Pobre cajon!... Pero vedle:
Miradle, doña Bernarda,
Hoy es Domingo: ya sube,
De Soledad á la casa.—

Y ambas, tras de la vidriera
Que hácia el corredor miraba,
Se pusieron á observar
Al hombre que ya llegaba.

Era D. Félix un jóven
De una estatura mediana,
Bien formado, suelto y ágil,
Y de faz muy agraciada.

Como unos veintidos años
Tener de edad demostraba,
Y en los sus ojos rasgados
La franqueza revelaba.

Era honrado á todo prueba,
Y D. Braulio le apreciaba
Por su conducta intachable,
Como á un amigo se ama.

—Es un arrogante mozo,
Esclamó doña Bernarda,
Al tiempo que á la vivienda
De su Soledad entraba.

Mas veamos entre tanto
Que estas murmuronas charlan,
Y á las vecinas el crédito
Quitau sin temor á nada,

A los dos tiernos amantes
Que llenas de amor sus almas,
Sentados frente uno de otro
En este momento se hallan.

Es Soledad una jóven
De esbelto cuerpo, delgada,
Amable tierna, amorosa,
De alma celestial y cándida.

En sus ojos grandes, negros,
Sombreados por las pestañas
Sedosas que los adornan,
La pureza está pintada.

Es la su frente espaciosa,
Muy mas que la nieve blanca:
Su boca un boton que se abre
Al suave halago del aura.

Sus mejillas son dos rosas;
Y el dulce aroma que exhalan,
El embriagador aliento
Que hace adormecer el alma.

Sus labios son de claveles:
Sus dientes perlas mas blancas
Que la nieve ó que la espuma
Que del mar las olas alzan.

Su pelo abundante y negro,
Notablemente contrasta
Con su cuello alabastrino
Que Venus misma envidiara.

Es un conjunto perfecto
De virtudes y de gracias:
Una muger pura, hermosa,
Dulce, agradable, simpática.

Humilde el traje es que tiene,
Pero hecho con gracia tanta,
Que se cree es de tela rica,
Su vestido de indiana.

La habitacion en que vive
Pobremente está amueblada,
Aunque el aseo y limpieza
Se nota en toda la estancia.

Mas de Soledad oigamos
Las amorosas palabras;
Que en este instante dirige
Al hombre tierno que ella ama.

PASO SEGUNDO.

AMOR PURO.

¡Son delirios de mi mente!
Es delirio esta agonía.
Que cada vez mas ardiente
Me consume noche y día
Y va arrugando mi frente.

GARCIA GUTIERREZ.

¡Ay Félix, Félix amado!

Este el mas grato momento
Es que en mi vida he gozado:
Pues cuando estoy á tu lado
Del cielo la gloria siento.

Sí; que al gozar tu presencia,
Félix, quedo enajenada,
Y me creo trasportada,
¡Ay! á otra nueva existencia
De dicha y flores sembrada.

Un encanto indefinible,
Una celeste ilusion,
Una ventura indecible
Siento dentro mi sensible,
De mi amante corazon.

Sí; Félix: solo el sonido
De tu voz, hasta á calmar
Cuante sufro y he sufrido;
Y mi padecer olvido,
Que al verte todo es gozar.

¡Si vieras con qué impaciencia
El feliz domingo espero
Que reanima mi existencia:
Día el solo placentero
En que gozo tu presencia!

—Soledad, bien de mi vida,
¡Oh! no debia de estar
Tu suerte á mi suerte unida:
Tú merecias, querida,
En un trono te sentar.

No merecias, hermosa,
Ser ¡ay! la misera esposa
De un infeliz dependiente,
Que no te guarda otra cosa
Que un corazon fiel y ardiente.

Sí, Soledad: cuando pienso
En que, por mí, reducida
Estás á una triste vida,
Un pesar terrible, inmenso,
Acosa á mi alma aflijida.

Cuando reflexiono, sí,
Que has á tantos despreciado
Ricos que te han adorado,
Para unirme oh Dios, á mí,
Sin fortuna, abandonado:

A mí, pobre dependiente,
A quien te arrastró tu sino,
Que me uní á ti ocultamente
Por no perder el destino
En que me encuentro al presente:

Entonces llego á sufrir,
Soledad bella, sin calma:
Entonces llego á sentir
Tal pena dentro del alma,
Que quisiera no existir.

—Qué mal, Félix, sí, qué mal
Correspondes al amor
Que en mí siento abrasador:
A este fuego sin igual
Que puso en mi alma el Señor.

¿De qué me sirviera el oro
Sin mi Félix adorado,
Sin el hombre á quien adoro,
Sin aquel que es mi tesoro
Mayor que Dios me ha mandado?...

¿Crees tú, Félix, por ventura,
Fuera entonces mas dichosa?...
No: te engaña tu ternura:
En la tierra de amargura
Mi delicia es ser tu esposa.

Tu amor solo es mi alegría:
Tu amor es mi bien profundo:
Tu amor es la vida mia;
Y este amor no cambiaria
Por cuanto hay en este mundo.

Y si algun dia este amor
Que me inunda de placer,
Lo llegase, ¡ay! á perder,
Creelo, Félix, el dolor
Me haria, sí, perecer.

Sí; no sobreviviria
A tu abandono cruel;
Y á la tumba bajaria
Llevando en el alma mia
Siempre este amor puro y fiel.

Nada pues debe inquietarte,
Yo soy muy feliz contigo:
Sí, muy feliz cual te digo,
Pues mi delicia es amarte,
Y la nuestra union bendigo.

Y si acibara al presente
Nuestro bien la privacion
De vernos constantemente,
Tiempo habrá de bendicion
De vernos continuamente.

¿No te pronostica á tí,
Félix, tu amorosa alma
Cual me pronostica á mí,
Que gozaremos aquí
De bien supremo y de calma?...

—Sí, ángel mio: mi alma ardiente,
Me anuncia en medio el tormento,
Que llegará ese momento,
Que tu corazon presente
De ventura y de contento.

Mi alma me anuncia, bien mio,
Que acabará tu sufrir
Como es mi afan y albedrío;
Y que ante ese mundo impío
Podré orgulloso decir:

Esta es la bella muger
Que prefirió mi pobreza
A la dicha y el placer,
Y despreció la riqueza
Por mi miseria de ayer.

Mas no codicia ya nada
De este mundo del dolor:
Ya no es una infortunada:
Que bienes mil á mi amada
La proporcionó mi amor.

—Un bálsamo tus palabras,
Un balsamo dulce son
Que dan dicha al corazon;
Con las que mi gloria labras:
Palabras de bendicion...

Mas si esos bienes del suelo
Que quieres en tu inquietud
Conseguirlos con anhelo,
Te han de costar la salud
Por la cual yo pido al cielo;

Yo los desprecio; yo, sí:
Porque me ocurre otro medio
De ser felices aquí;
Y nuestro dolor remedio
Tendrá si me oyes á mí.

—¿Y cuál es?—Tu principal.

D. Braulio, es joven galante;
Y ha de saber cuán fatal
Es para un rendido amante
Esta pasión sin igual.

Te aprecia como á un hermano:

Al pedirle algun favor
Te lo ha concedido humano:
Pues bien dile nuestro amor
Y que es tuya, sí, mi mano.

Esta clara confesion
Es probable la agradezca;
Y que al ver nuestra pasión,
La bendiga el corazón,
Y que su amistad te ofrezca.

—No, no: eso no puede ser:

Tú ignoras, Soledad mía,
Que esta confesion me haria
Pronto el destino perder,
Como tambien mi alegría.

Tú ignoras que el dependiente
No se puede nunca unir
A la que ama tiernamente,
Porque le llegan vilmente
Del destino á despedir.

Tú no sabes que el amor
Es un crimen, un delito,
Y el dependiente un traidor,
Si se enlaza al ser bendito
Que al hombre le dió el Señor.

Si se enlaza á una muger
A quien ama con delirio:
Si se une á ese tierno ser
Que calma nuestro martirio
Y nos llena de placer.

Sí, Soledad de mi vida:
Sí; este corazón amante
Que respira amor constante,
Que de tí jamas se olvida,
Y mas te ama cada instante:

Este corazón que alienta,
Amor y vive de amor
Y que de amor se alimenta
Porque amor en él se ostenta
Con inestinguible ardor:

Siempre ha de verse obligado
A ocultar el vivo fuego
En que se siente inflamado,
Y á finjir dulce sosiego
Cuando se ve desgarrado.

Sí, Soledad: si llegara
D. Braulio ¡ay! á descubrir
Esta union tan dulce y cara,
De su casa me arrojara
Para obligarme á sufrir.

Y ¿por que? porque el Eterno
¡Oh! dolor! no me ha negado
Lo que á un vil insecto ha dado:
El don de amar grato y tierno,
Don de su amor dimanado.

—Pues bien, Félix, no á turbar
Venga ya nuestra ventura
Un recuerdo de tristura,
Recuerdo que hace llenar
El corazón de amargura.

Para alegres existir,
Basta sepamos los dos,
Que no podemos vivir
Separados, sin sufrir,
Porque un alma nos dió Dios.

Y esta misma privacion
De vernos de noche y dia,
Tal vez en tu alma y la mia
Sirva á aumentar la pasion
Que nos devora á porfia.

Yo estoy, Félix amoroso,
Resignada con mi suerte.
Dime, pues, que eres dichoso
Tú tambien, y venturoso,
Como yo deseo verte.

—¿Y quién no será á tu lado
Feliz, Soledad querida?
¿No eres tú mi bien amado?
¿No eres tú el cielo adorado
Donde descansa mi vida?

¿No eres tú cuanto yo quiero?....
¿No eres tú todo mi amor?...
Tu amor, sí, tu amor sincero
Es el universo entero
Para mí, ángel del Señor.

Sí; lo diré sin cesar:
Lo repetiré do quier:

Mi gloria solo es te amar:
Adorar á una muger,
Y en ella solo pensar.

Mis labios á cada instante
Pronuncian el nombre de ella:
Soledad, siempre constante
Repito en la noche bella
Y al mirar al Sol radiante.

Y Soledad, con delirio,
Al oír estas palabras,
Estrechó al punto de Félix
La mano en la de ella blanca.

Y ambos de amor embriagados,
De placer llenas sus almas,
Adormidos, sin vigor,
Se quedaron en la estancia.

Y así en silencio estuvieron,
De amor derramando lágrimas;
En su éxtasis dirigiéndose
Miradas tiernas y lánguidas.

Mas cuando casi olvidados
Del cielo y mundo se hallaban,
Essecharon en la puerta
Golpes de alguien que llegaba.

—¿Quién puede ser á tal hora?
Dijo Soledad, sus lágrimas
Enjugándose al instante:
Félix ¿á alguien esperabas?...

—No: nadie, escepto D. Braulio,
Sabe que vengo á tu casa,
Pues sabe que eres mi prima
Y que te aprecia mi alma.

Pero no espero que el sea,
Soledad, el que ahora llama,
Pues nunca á verte ha venido
Ni sabe que eres casada.

En esto á tocar volvieron;
Y Soledad, sin tardanza,
Abrió la puerta, y D. Braulio,
Entró, risueño, á la sala.

—Disimulad, señorita,
Dijo D. Braulio, el que haya
Venido en este momento
A perturbar vuestra calma.

Mas un negocio, señora,
De la mayor importancia,
Me obliga á ser descortés
Aquesta vez, por desgracia.

Así es que, si permitis
Diga á Félix dos palabras...
—Con mucho gusto, D. Braulio,
Hablad con él cuanto os plazca.

Y llamó Flan á D. Félix
A un extremo de la sala,
Y le estuvo hablando un rato
Con inquietud y con ansia.

—¡Qué será!... entre sí decia
Soledad. Me sobresalta
Esta conferencia: acaso
Sabe todo lo que pasa.

Acaso alguno le ha dicho
Nuestra union, y se prepara
A despedir á mi esposo,
Sin compasion de su casa!...

Pero volvió á recobrar
En breve la dulce calma,
Cuando escuchó que D. Félix
Contestaba estas palabras.

—Confiad, D. Braulio en mí:
Voy veloce, sin tardanza,
A dar los pasos precisos
Para que no huya mañana.

Y acercándose despues
A su Soledad amada:
Añadió: Adios, prima mia:
No tardaré en volver nada.

El Sr. D. Braulio en tanto
Que vuelvo, aquí te acompaña:
Favor inmenso que yo
Se lo agradezco en el alma.

Y salió de allí al instante
Sin decir otra palabra,
Dejando á D. Braulio Flan
Al lado de su adorada.

—Teneis, señorita, un primo
Muy amable y de bella alma:
Dijo D. Braulio sentándose
Junto á aquella jóven cándida.

—Su amabilidad, D. Braulio,
Para con su prima amada,
Es infinita, sin limites,
Tierna y desinteresada.

—Y yo tanto mas le aprecio
Por ese que él os consagra
Cariño inmenso de hermano,
Propio de las nobles almas.

—Yo os doy Sr. D. Braulio,
Las mas expresivas gracias
De su parte y de la mia.
Por vuestras bondades tantas.

—Y si algun dia, creedlo,
Mi compañía dejara,
Porque no le conviniera
Tal vez seguir en mi casa:

Su separacion seria
Para mí una atroz desgracia,
Igual á la que un hermano
Con su ausencia me causara. —

El lector se habrá admirado
De la bondad tan marcada
De D. Braulio ácia D. Félix
Y de sus tiernas palabras.

Mas dejará su sorpresa
Cuando sepa, que la causa
De tanta amabilidad,
Es la jóven tierna y cándida.

Sí; D. Braulio en cuanto entró
De Soledad á la casa,
Se prendó de la hermosura
De aquel ánjel que admiraba.

Y sintió dentro del pecho
Ese dulce amor que embarga,
Y que suave se desliza
Cautivando al fin el alma.

Pero el amor de D. Braulio
Acia aquella jóven cándida,
No era aquese amor frenético
Que al hombre impuro le asalta.

Sino ese amor dulce y tierno,
Esa pasion bella, plácida,
Que nos cautiva y seduce,
Celestial, que aduerme el alma.

D. Braulio, cual queda dicho
En otra parte, se hallaba
Para amar en la edad propia,
Y en la que de veras se ama.

Así es que de Soledad
Seducido y por sus gracias,
La entregó su corazón.
En cuanto llegó á mirarla.

Mas D. Braulio era muy tímido
Para declarar sus ansias,
Por lo cual quiso su amor
Con su bondad espresarla.

Mas prosigamos oyendo
Todo lo que allí ambos hablan,
Que interesa á nuestra historia
No perder ni una palabra.

Soledad, agradecida
A muestras de aprecio tantas,
Contestó á D. Braulio llena
De gratitud; mas con calma.

—Tanta bondad Señor Flan,
Me maravilla, me pasma,
Y no se como espresaros
La gratitud de mi alma.

Mas en nuestros corazones
Han de estar siempre grabadas,
Estas muestras de alto aprecio
Y de bondad estremada.

—No teneis que agradecerme
Señorita, de esto, nada;
Pues con su deber tan solo
Cumple en este instante mi alma.

D. Félix ha hecho se aumenten
Los caudales de mi casa;
Y obligacion mia es
Pagar su empeño y sus ansias.

—Este amo no se parece,
Pensó Soledad, en nada
A los que Félix me dijo
Que al dependiente maltratan.

—Pero yo estoy admirado
De la vida solitaria,
Prosiguió diciendo Flan,
Que teneis en esta casa.

Una jóven como vos,
Hermosa y llena de gracia,
De su presencia privar
No debiera al mundo, ingrata.

—Yo soy de opinion distinta
A la que teneis formada.
—Decidme por qué, si puedo
Escuchar vuestras palabras.

—Porque una jóven sin bienes
De fortuna, en la desgracia,
En la sociedad tan solo
Es un objeto de lástima.

Y de los hombres la vista
Necesita joyas, galas,
Grandeza que la deslumbre;
Brillantes perlas y alhajas.

Y la virtud pocas veces
Con la opulencia se hermana,
Aunque á mi este don divino
Confieso no me acompaña.

No: no es la virtud preciosa,
Esa virtud bella y santa,
La que aquí oculta me tiene,
Sino la miseria bárbara.

— ¡Cómo!... ¡decis la miseria! ...
 ¿Pues vuestra familia amada?...
 ¿Vuestro padre, vuestra madre?...
 — Los arrebató la parca.

— Sí, no tengo mas familia
 Que el tierno primo que me ama,
 Y que me dá el infeliz
 Casi todo lo que gana.

— El solo queda en el mundo
 Para enjugar hoy mis lágrimas:
 El es todo para mí;
 Y si un día me faltara...

— Un asilo y cien criados
 Hallaríais en mi casa,
 Dijo D. Braulio, amoroso,
 Sin dejar que ella acabara.

— ¡Y me ha ocultado todo esto!...
 ¡No me ha tenido confianza
 Para decirme el estado
 En que vos hermosa estabais!...

— Imperdonable es sin duda,
 Imperdonable su falta;
 Mas yo he de poner remedio
 Desde hoy á vuestras desgracias.

— ¡Tanta jenerosidad! ...
 — Yo un asilo sin tardanza,
 Os he de proporcionar
 Do no echeis de menos nada.

— Perdonad, señor D. Braulio,
 Si á no aceptar obligada
 Estoy ese beneficio
 Que mi ventura causara.

— Mas yo recibir no puedo
 Muestra de aprecio tan alta,
 Si no tengo el beneplácito
 Antes del primo del alma.

— Estos primos, dijo Flun
 Entre sí, fingiendo calma,
 Son del primal parentesco
 El modelo por desgracia.

— Y luego siguió ri-ueño,
 Diciéndola estas palabras,
 Que Soledad conmovida,
 Y agradecida escuchaba.

— Señorita, ni yo nunca,
 Sin que antes él lo aprobara,
 Daria tampoco un paso
 Por sacaros de esta casa.

La mia comodidades
Presenta, donde lograrais,
Al lado de vuestro primo
Vivir en eterna calma.

Yo, soy solo; y mis criados
En serviros se afanarán,
Porque entonces fueran vuestros
Como es vuestra la mi casa.

Vuelvo á repetir, si Félix
Inconveniente no halla
En ello, como yo espero,
Si es que deveras os ama,

—Si él consiente, estoy dispuesta
A admitir aquesta gracia,
Y ácia vos mi gratitud
Será eterna, extraordinaria.

Aquese mutuo cariño
Que se tienen nuestras almas,
Señorita, dijo Braulio,
Mucha sorpresa me causa.

Sin duda tendreis motivos
Grandes en extremo para
Respetar la voluntad
De D. Felix con tal calma.

—Seguramente, D. Braulio.
Que los tengo y de importancia:
Motivos, sí, poderosos,
Que no olvido en mi desgracia.

De los celos sintió Flan
El torcedor que desgarrá,
Al oír tal confesion
De la mujer que ya amaba.

Y así anhelando saber
Los motivos que albergara,
Para descubrir tan solo
Si tal vez al primo amaba,

Dijola con dulce acento
Y sin revelar sus ansias,
Sin quitar de ella la vista,
Estas muy cortas palabras:

—Si molestia conocida
El contarme no os causara
Esos motivos, gran dicha
En oírlos yo alcanzara.

—Ni el mas leve inconveniente
Para ocultar, me acompaña
Lo que yo debo á mi primo,
Ni el afecto que á él me enlaza

Pero es una historia, acaso
Para vos fea y cansada
La que tengo que contaros,
Que casi empieza em mi infancia.

Tendré gran satisfaccion,
Señorita, en escucharla,
Pues para que me interese
Que vuestra sea le basta.

—Es de muy poco interes;
Mas, señor Flan, escuchadla,
Y procuraré ser breve
Para no hacerla cansada:

—Reducida mi madre à la miseria
Desde la muerte de su esposo tierno,
De Yucatan en la campaña horrenda,
Por enemiga bala ardiente muerto,

A Puebla retirese la infelice
Con su dolor terrífico y acerbo,
Llevando à esta infeliz, único fruto
De su constante amor en su tormento.

Pero allí abandonadas, sin recursos,
Por desgracia olvidadas del gobierno,
A la miseria mas horrible y fiera
Nos vimos reducidas al momento.

Mi desgraciada madre que sentia
De su primer desdicha todo el peso,
No pudo soportar ya este otro golpe,
Y cayó enferma sobre el triste lecho,

Sin criada ninguna, sin recursos,
Solas, del mundo corruptor en medio,
¿Qué podria esperar mi pobre madre?...
La muerte sola como un bien del cielo.

Mas ¡ah! tenia una hija: una hija tierna
A quien iba à dejar sola en el suelo;
Y esta idea terrible la inquietaba
Y aumentaba su mal y su tormento.

Ocho años, poco mas, tendria entonces
Yo D. Braulio; y así es que junto al lecho
De mi madre no habia mas que lágrimas,
Y gritos dolorosos y lamentos.

Mas ¡ah! la enfermedad de dia en dia,
Por nuestro duro mal, iba en aumento,
Hasta que la infeliz, mi amada madre,
Conoció de su vida cerca el término,

“Soledad, hija mia que yo adoro,
“Díjome la infeliz con tierno acento,
“Voy à morir... Voy à dejarte, oh ángel,
“Abandonada, sola y sin consuelo.

“Oh! la muerte, la muerte fuera dulce
 “Para mí, que por siempre estoy sufriendo,
 “Mas ¡ah! como mirarla que se acerca,
 “Sin horror, cuando á tí, mi amor te dejo.

“¿Quién cuidará de tí?.. ¿quién, hija mía?
 “Flor delicada sobre el tallo tierno
 “Eres, sin cuidador que te defienda:
 “Espuesta á que te arranque un hombre fiero.

“Tierno boton que su capullo acaba
 “De abrirse amante al delicado céfiro;
 “Mas que verá sus hojas esparcidas,
 “Si silba ¡oh Dios! el huracan horrendo

“¡Hija: por el amor que te consagro:
 “Por el cariño de una madre, inmenso:
 De tu madre infeliz y moribunda,
 “Que nunca pierdas tu virtud te ruego.

“Mas ¡ah! tu no comprendes, hija mia,
 “No comprendes lo que hoy decirte quiero..
 “Eres muy tierna aun, por mi desgracia;
 “Y no conoces los del mundo riesgos.

“Mas corre, al punto, mi adorada hija,
 “Por un fiel confesor; porque ya siento
 “Que se me anubla la cansada vista,
 Y que respira con trabajo el pecho...” —

Sin esperar á mas, obedecíla,
 Mi desgracia fatal no comprendiendo;
 Y á poco el confesor llegó con Félix
 De quien era benévolo maestro.

Félix y yo quedamos en la sala;
 Y el sacerdote entrose al aposento
 Do se hallaba mi madre moribunda,
 Para ausiliarla en su postrer momento.

Volvió Mendibil al siguiente dia,
 Nuestra miseria triste conociendo,
 Con su madre amorosa, á ver á aquella
 Que á mí la vida diome en este suelo.

Mas ¡cuál fué la sorpresa inesplicable
 Que sintieron las dos dentro del pecho
 En el instante mismo en que sus ojos,
 Una en otra fijaron con anhelo...

La madre de Mendibil arrojose
 A abrazar á la mia, sin sosiego,
 Gritando; “hermana mia, hermana mia,”
 Hermana de mi amor, al fin te veo”.....

Y estas mismas palabras repetia
 La que se hallaba en el humilde lecho;
 Y abrazadas las dos estrechamente,
 Mil de ternura lágrimas vertieron.

Mas ¡ay! á los tres dias al sepulero
 Mi madre descendió, por mi tormento;
 Pero al cuidado de su tierna hermana
 Al dejarme, murió ya con sosiego.

Mi tia desde entonces cariñosa,
 Me cuidó con afan, con dulce empeño;
 Y don Félix y yo, cual dos hermanos,
 Juntos vivimos, de ventura llenos.

Mas ¡ay! estaba escrito, sí, Don Braulio,
 En las brillantes bóvedas del cielo,
 Que desgraciada yo fuera en el mundo,
 Y era preciso, indispenable, serlo.

De mi segunda madre la atroz pérdida,
 Dispuso, en su saber, el Ser Eterno;
 Y de Félix tambien bajo á la tumba
 La que le diera el ser, á poco tiempo.

Solos entonces, huérfanos, sin bienes,
 De la desgracia y la miseria en medio,
 Dispuso Félix colocarse al punto,
 Y venimos los dos juntos á México.

Aquí tuvo la dicha en vuestra casa
 De hallar colocacion en el momento;
 Y desde entonces véome obligada
 A vivir sola, por mi desconsuelo.

Mas cuanto él gana, me dá lo amoroso
 Sin que él guarde, D. Braulio, un solo céntimo
 Por mantenerme á mi decentemente,
 El infeliz de todo careciendo.

Ved, pues, D. Braulio, si motivos hartos
 Para apreciarle y respetarle tengo.
 —Demasiados, señora, demasiados;
 Que digno se ha hecho, sí, de vuestro aprecio

Esa noble conducta que ha observado,
 Y ese desinterés y noble empeño,
 Que hácia él mi estimacion han aumentado
 Con franqueza y con gusto lo confieso.

Por eso ya en sacaros de esta casa,
 Tengo mas fuerte y decidido anhelo,
 Y que en la mia al lado de D. Félix,
 Vivais feliz y libre de tormentos.

—He prometido recibir gustosa
 Cuanto me proponéis, si accede á ello
 Mi primo. — Bien está: yo estoy seguro
 De que ha de complacerme cual anhelo.

Y no bien dijo
 Estas palabras,
 Cuando entró Félix
 A donde estaban,

—Cumplido queda
Lo que ordenarais:
Dijo á D. Braulio
En cuanto entrara.

Esmil, mirando
Se le obligaba
A no ir de México
O á que pagara,

Pagó la suma
Que os adeudaba,
Pues le interesa
Salir mañana.

Pues tiene en Puebla
De alta importancia,
Asunto grave
Que á allí le llama.

Los dos mil pesos
Llevé ya á casa,
Y de él la cuenta
Dejé cerrada.

—Está bien, Felix:
Vuestra eficacia
Mis intereses
Siempre los salva.

Pero dejemos
Lo que se trata,
Por otra cosa
Mas necesaria.

—¿Mas importante?...
—Para vuestra alma,
Y hácia esta jóven
Que tanto os ama.

—¡Cielos!—Don Félix,
No ignoro nada,
Pues de decirme
Todo, ella acaba.

—¡Oh! qué imprudencia!
—Muy necesaria,
A que sus penas
Fin encontraran.

Vos cometisteis
Solo lo falta,
En ocultarme
Lo que pasaba.

Sabeis mi aprecio.
Sabeis que nada
Negado hubiera
Si algo me hablarais.

Mas Dios me trajo
Hoy á esta casa,
Y por fortuna
El mal se acaba.

—Señor D. Braulio!

Oh! bondad tanta,
No la creia,
No la esperaba!...

Y entre sí dijo:
Que le agradara
Mi matrimonio
No lo esperaba.

—Vivir no debe
Ya en esta casa
Soledad bella,
La jóven casta.

Que aquí estuviera
Sola y sin calma
Ya por mas tiempo,
Fuera una falta.

Espacio tiene
Grande mi casa,
Do vivir puede
Con dicha plácida.

Y allí reunidos,
En mi compañía,
Vivireis ambos
En la abundancia.

—Señor D. Braulio,
No hallo palabras
Con que espresaros
Lo que mi alma,

Os agradece
Bondad tan alta,
Favores tantos
Y dichas tantas.

—Que agradecerme
No teneis nada:
Felices quiere
Veros mi alma.

Mas adelante
Veré de darla
Un tierno esposo
Que feliz la haga.

—Como!... ¿un esposo?—
Esto faltaba,
Dijo entre dientes
Felix, sin calma.

Y yo que á echarme
Me iba á sus plantas
Y á demostrarle
Por qué callara

Hasta hoy mi enlace...
— Solo nos falta
Vuestro permiso
Qué ella ahora aguarda.

¿Qué habeis resuelto? ...
¿Anhelais vaya
De esta vivienda
A la mi casa?

— Señor D Braulio,
Por mí aceptara
Sin replicaros
Ni una palabra.

Pero quisiera
Que me mostrara,
Su opinion antes
Mi prima amada.

Por no mostrarse
Tal vez ingrata
A los favores
De vuestra alma,

Os haya dicho
Que pronta estaba
Si yo queria,
A ir á otra casa

Mas yo quisiera
Que ella me hablara
Con la franqueza
Que es necesaria.

Mas para esto
Que sola estara
Conmigo un rato
Yo os lo apreciara

— Esa advertencia
Félix, me agrada,
Por que la creo
Muy acertada.

Iré entre tanto
Yo hácia mi casa,
Para que arreglen
De ella la estancia.

Y si ha admitido
Ir á mi casa,
Allí os aguardo:
Con vos que vaya.

Y despidiéndose
Sin mas tardanza,
Solos dejolos
Como anhelaban.

— Qué dices, Mendivil de esto?

Le preguntó Soledad:

¿Que dices de tal bondad,
Y cariño manifiesto?

— Qué te he de decir, mi amor?

Que estoy lleno de alegría,
Pues la cosa no podía
Salir, para ambos mejor.

— Cómo! ¿te causa contento
Esta aventura inclemente,
Y que el buen D. Braulio intente
Sacarme de aqui al momento?

— Tranquilízate y escucha.
Y verás como tambien
Tomas esto por un bien
Y por felicidad mucha.
¿Que proporecion mas propicia
Se nos puede presentar
Para unidos siempre estar,
Que es toda nuestra delicia?

¡Vivir bajo un mismo techo!...
Mirar, oh Dios, que me miras,
Y el aire que tu respiras
Poder respirar mi pecho!....

Verte siempre sin temor,
Anjel mio, á todas horas;
Y escuchar ¡ay! que me adoras;
Y jurarte eterno amor!...

Las mismas cosas tocar
Que tus dedos han tocado,
Sentarme siempre á tu lado
Y tu rostro contemplar!....

¡Oh! sí, he aquí mi placer:
He aquí mi bien profundo:
Cuanto apetezco en el mundo:
Todo para mí ¡oh mujer!...

— Pero à Braulio ¿qué motivo
Le ha podido acompañar
Para querer mejorar
Mi suerte así compasivo?

¿Siniestras miras no puede
Con respecto á mí, tener?
Yo siempre llevo á temer
Del que así en bondad se escede.

--Calla, Soledad, por Dios:
No ofendas con tu sospecha,
Al hombre que tiene hecha
La ventura de los dos.

El es virtuoso y humano;
Y de ti compadecido,
Poner remedio ha querido
A tu padecer tirano.

Lo conozco muy á fondo:
Descansa, pues, vida mia:
Que de su honor é hidalgúa
Y de su virtud, respondo.

Tal vez en su corazon,
Nuestro gran cariño al ver,
Quiere nuestra dicha hacer
Con una plácida union.

--Veo que estás decido
A que me mude de aqui;
Y obediencia solo en mí
Hallarás, Félix querido.

Vamos: que si oculto amor
A D. Braulio á esto ha obligado,
Siempre en mi pecho grabado
He de llevar el honor.

Y los dos en el instante.
Sin pronunciar mas palabras,
Los muebles los trasportaron
De una casa á la otra casa.

Lleno de placer D. Braulio,
Pues el amor le abrasaba
Que tenia á Soledad,
Recibióles con faz plácida.

Mas aqui á los tres reunidos,
Llenas de dicha las almas,
Dejémosles, y pasemos
A otro punto sin tardanza.

PASO TERCERO

DISPOSICIONES.

Aguja al menos tu cuadrilla, Febo,
Hiente veloz el eternal zafiro,
Y allí perdido en los profundos mares
Huye à mi vista.
B. de los Herreros.

En un cuarto espacioso de la casa
Do el Doctor vive, amigo de D. Pedro,
Este y aquel, leyendo varias cartas
Están con rostro plácido y risueño,

Agradables noticias son, sin duda,
Las que mirando están en tal momento:
A juzgar por las muestras de alegría
Que en el uno y el otro se están viendo.

Mas ya las cartas de leer acaban:
Y los dos al guardarlas satisfechos,
Callados se quedaron por un rato,
Hasta que así al Doctor habló D. Pedro.

—Golpe ha sido feliz, Doctor, a queste,
De los que no se daban ya hace tiempo:
¡Cincuenta y cuatro barras de oro y plata
Cojidas sin tener un solo muerto!...

Bien se han portado ahora los aliados
Que el interior recorren con anhelo:
Ya tiene que acuñar algo D. Braulio,
Aunque de trabajar no cesa ha tiempo.

—Mas debéis encargar que con sijilo
Las barras las conduzcan hasta México,
Por ocultos caminos y estraviados
Para que salga bien todo, D. Pedro.

—El Capitan que manda la partida
Es práctico, Doctor, en el terreno,
Y nada hay que advertirle, cuando siempre
Le habeis visto llegar sin contratiempo.

—¿Y á ver á esa señora de la casa,
Estais, por fin, Sr. Guzman, dispuesto?
—Sí; en este instante mismo voy á hablarla,
Porque quiero que el golpe sea presto.

Ella ignora quién soy; y con finjirme
Un ricacho, Doctor, de tierradentro,
La casa nos dará, que cual he dicho,
Sobre la tienda cae de ese joyero.

Mi plan ya lo vereis, Doctor amado,
Está como los míos, bien dispuesto;
Y todo ha de salirnos á medida,
No lo dudeis, Doctor, de nuestro anhelo.

A Pablo el capitan no hay que olvidaros
De decir lo que os dije hace un momento:
Es carnaval, y enmascarados pueden
Entrar, porque un aliado es el portero.

—¿La hora?—Las once de la noche sea.
—Está muy bien: perded todo recelo.
—Pues adios, buen Doctor: en vos descanso.
—Adios: ir sin temor podeis, D. Pedro.

Y salió D. Pedro al punto
De la casa del Doctor,
Y á la calle de Plateros,
Aprisa se dirigió.

No bien se miró ya en ella,
Cuando con paso veloz,
Subió la escalera incómoda
Del número... que él buscó.

—¿A quién buskais, caballero?
Preguntóle D. Simon,
Que era el portero de casa
Y el mas solemne hablador.

—A la señora... ¿Se encuentra
Visible ahora?...—Sí señor:
Aunque se mira algo enferma
Por los años y la tos.

—Pues decidle que deseo
Hablarla.—Voy; voy, señor:
¿Cómo es, decid, vuestra gracia?
—Pablo Vega de Jiron.—

Entró el portero, y á poco
Muy afanoso salió,
Diciendo á D. Pedro entrara
A la sala, como entró.

—A vuestros piés, señorita,
Dijo con voz cortesana
A una señora ya anciana,
D. Pedro, sin titubear.
¿Sois, decid, la propietaria
De la casa que vacía
Está aquí en la joyería?
—Sí señor: podeis hablar.

Pero hacedme el favor antes
De sentaros, caballero:—
Y D. Pedro, placentero,
Junto á ella se sentó.
Y como iba en traje rico
Y eran finos sus modales,
Sus proyectos infernales
La anciana no penetró.

—Pues, mi señora, el objeto
Que ahora á veros me conduce,
Solamente se reduce
A deciros, si alquilar
Me podeis el entresuelo
Que ahora se encuentra vacío,
Pues debe un hermano mio
Dentro ocho dias llegar.

Que el Estado de Chihuahua
Diputado lo ha elegido,
Y yo á buscar he venido
Casa, antes que llegue él,
Para amueblarla y limpiarla
Cual conviene á un hacendado
Como es él, y diputado
De una provincia tan fiel.

Por eso saber deseo
Cuánto el entresuelo gana.

—Sesenta pesos: la anciana

Al instante contestó.

—El precio es bastante cómodo:

Es mio sin más razones.

—Mas oid las condiciones.

Conque he de alquilarlo yo.

La renta es adelantada.

—Bueno; no estoy indeciso.

—Pero además, es preciso

Que me deis un fiador.

—Fiador!... dijo fingiendo

Admiración y sorpresa...

¿Qué, es aquí costumbre esa?...

—Es costumbre, sí señor.

—Esa es para mí desgracia:

Porque yo soy forastero;

Y aunque me sobre dinero,

Nadie me conoce aquí...

Y quedando pensativo,

Finjiendo duro tormento,

Prosiguió tras un momento,

Como hallando un medio, así.

¿Mas qué fiador mas noble

Hay, que los mismos ducados?

Seis meses adelantados,

Si os parece, pagaré.

Y en tanto conocimientos

Haremos aquí, señora,

Y entonces, ya que no ahora,

Fiadores mil daré.—

La señora que veía
 Un caballero arrogante;
 Creyó que era lo bastante
 Seis meses adelantar.
 Y así, le dijo que estaba
 Conforme con lo propuesto;
 Y él en oro pagó presto
 Para mas alucinar.

—Pues bien: voy á que los mozos.
 A limpiar la casa vengan,
 Y que aseado todo tengan
 Para cuando él llegue á entrar.
 Y yo voy á comprar muebles
 En los días que me quedan,
 De aquellos que mas le puedan
 Seguramente agradar.

Y salió de allí; y á poco
 Mandó á tres de sus aliados,
 Finjiendo que eran criados,
 El entresuelo á limpiar.
 Y sin que nadie llegara
 A sospechar cosa alguna,
 El momento de fortuna
 Se pusieron á esperar.

Pero dejemos viviendo
 A los aliados aquí,
 Que robar la joyería
 Era su plan y su fin;

Y pasemos á otro punto
 De la historia, porque á mí,
 Lector, me agrada infinito
 Andar de aquí para allí.

PASO CUARTO.

CONSECUENCIAS DE UN DESLIZ.

*Y à que rendida à esas plantas
Os reconozca por puerto
En la deshecha borrasca.
José de Cañizares.*

Está la noche horrorosa:
El viento silba con furia,
Y los animales todos
Donde guarecerse buscan.

Negras nubes, espesísimas,
Unas sobre otras se agrupan,
Y la region de los astros,
Causando pavor, enlutan.

No se vé en el ancho cielo
Ráfaga de luz ninguna;
Ni de trecho en trecho estrellas
Cortesananas de la luna.

Del violento relámpago
Es la luz que brilla única,
Aunque el trueno que le sigue
Tempestad próxima anuncia.

Troncha de los fuertes árboles
Que se sacuden y ondulan,
El viento robustos troncos
Que á distancia vuelan mucha.

La paloma y el milano
Juntos en las sombras húmedas,
Marchan, que el comun peligro
Los hermana y los aduna.

Y bajo de un mismo techo
Uno depuesta su furia
Y otro su temor, se albergan
Ya con confianza mútua.

El huracan rebramando
De polvo nubes cerúleas
Levanta, que van veloces,
Porque el aire las impulsa.

En noche tan espantosa
Cuya oscuridad, asusta,
Camina una jóven, sola,
Entre las sombras oscuras.

Pobre es el traje que lleva,
Y ávida su rostro oculta
Con el rebozo, que el polvo
Mucho al andar la importuna.

Un lio bajo del brazi
Lleva la infeliz, y lucha
Por hacerse superior
Al cansancio que la abruma.

Pero ya llega á S. Cosme
Tras de ansias y penas muchas,
Do para cobrar sus fuerzas
Asiento en un tronco busca.

Mas ¡ah! la fatiga inmensa
La anonada y la conturba,
Y al quererse levantar
Ve que sus ojos se enturbian.

Siente atormentado el pecho
Con una opresion aguda,
Y que le falta la tierra,
Y gotas de hielo suda.

Entonces quiso el camino
Emprender por vez segunda
Mas otra vez á caer
Volvió sin fuerza ninguna.

“Dios mio!... yo desfallezco!...
“Oh! ven, Señor, en mi ayuda!...
“El hambre... el hambre me mata...
“Permite que hoy no sucumba!...

“Deja que antes que mi cuerpo
“Descienda á la triste tumba,
“De mis padres el perdon
“Halle, del que vengo en busca.”

La tempestad entre tanto
Seguia con mayor furia,
Y á descender empezaba
En gruesas gotas la lluvia.

Y la infelice mirando
Que las fuerzas no la ayudan
Para poder proseguir
Hasta México la ruta,

Se arrastró con mil trabajos
Y sufriendo pena mucha,
Hacia una casa que á orillas
Del camino la columbra.

Un coche en este momento,
Tirado por buenas mulas,
Hizo alto en la misma casa
Donde ella un asilo busca.

Dos hombres, de aquel, bajaron
Con descontento y presura,
Y á la mujer, uno de ellos,
Quién es, ansioso pregunta.

—Una pobre desgraciada,
Casi de frio difunta,
Que há dos dias no ha probado
De alimento cosa alguna.

Una mujer infelice
Que un asilo triste busca,
Que ha caminado hoy seis leguas,
Y á la que el cansancio abrumba.

—Entrad, señora en mi casa:
Recibir no se rehusa
Al desgraciado que sufre
En la tierra de amargura.

¿Doña Ana, dijo despues,
Llamando con voz robusta.

—¿Qué me mandais, D. Ramiro?
Contestó ella con dulzura.

—Aquí teneis esta pobre,
A quien la hambre abre la tumba:
Dadle de comer al punto
Ya que hacer bien tanto os gusta:

Haced duerma en vuestro cuarto
Aquesta noche importuna;
Y dadla algunos vestidos,
Porque su ropa está húmeda.

—Se cumplirá esactamente
Con lo que habeis ordenado:
Estar podeis sin cuidado,
Que nada le ha de faltar.
Pero, ¿habeis noticia alguna
Tenido de Cármen mia?
—Ana, hemos perdido el dia
Sin nada ¡oh Dios! alcanzar.

Mas dejémos este asunto,
Y tratad nada la falte
A esa mujer, y resalte
Con ella ahora vuestro amor.
Y sin decir mas, seguido
Del hombre que con él iba,
Sin que respuesta reciba
Entró al punto al comedor.

Don Pedro de Guzman era
El hombre con quien marchaba,
Quien cual antes visitaba
La casa con falsedad.
Y á quien D. Ramiro cuenta
Cuantos pasos dar pretende,
Sin conocer que le vende
Fingiendo el otro amistad.

Ni Landia, ni D. Pedro,
 Como era la noche oscura
 De la mujer la hermosura
 La llegaron á notar.
 Ni ella tampoco ver pudo
 A ellos en su pena impía,
 Ni que uno era el que algun dia
 Su ruina llegó á labrar.

Mas entremos con Ramiro
 Y D. Pedro, sin tardanza,
 A do ambos con confianza
 Se sentaron á cenar.
 Entremos, y sus palabras
 Oigamos por un instante,
 Que el dolor en el semblant
 De uno se llega á mirar.

— Ya no hay remedio, D. Pedro:
 Movidlo he quanto resorte
 Hay de importancia en la corte,
 Donde está, para saber:
 Y nada... nada he logrado
 Alcanzar por mi martirio
 Y las noches en delirio
 Paso sin hallar placer...

¡Ah! conozco que la pérdida
 De mi tierna hija querida,
 Sí, me va á costar la vida,
 Despues del juicio perder...
 El juicio, si, que hay momentos
 En que yo me vuelvo loco,
 Y en que si mi frente toco
 La siento cual fuego arder,

Solo en Carlos esperanza
 Tengo ya de que la encuentre,
 Que el amor le hará que entre
 En busca de ella do quier...
 Por ese escribíle á Francia,
 Diciéndole que viniera,
 Si aun de mi hija hechicera,
 Esposo anhelaba ser.

Y sin ocultarle nada,
 Le dí parte de este rapto,
 Conociendo que él era apto
 Para al impio encontrar...
 Y ya pronto, sí, muy pronto,
 Segun su tierna respuesta,
 Debe de llegar á esta,
 Que al punto se iba á embarcar.—

Palideció á estas palabras
 D. Pedro, pero al instante,
 Recobrando su semblante,
 Llególe así á contestar:
 —“Cuerdamente habeis obrado;
 Y yo, como vuestro amigo,
 A acompañarle me obligo
 Cuando llegue, á ella á buscar.

Por eso espero que parte
 Me deis cuando haya llegado
 A Veracruz, que en cuidado
 Estoy ya por saber de él.
 Que si antes fuimos rivales,
 Hoy que vuestro dolor veo,
 Solo ayudaros deseo,
 Cual vuestro amigo mas fiel.

—Gracias, D. Pedro; sí, gracias
 Por esa amistad sincera;
 Que calma mi pena fiera
 Y mi terrible aflicción.
 ¡Ah! sois para mí, sin duda,
 El hombre mejor del suelo,
 Pues solo prestar consuelo
 Sabe vuestro corazón.” —

Doña Ana, en tanto que estaban
 En el comedor cenando,
 Y fraternalmente hablando
 D. Pedro y su patron fiel,
 Condujo á su limpio cuarto
 A la mujer al momento,
 Y la dió grato alimento
 Que calmara el hambre cruel.

Y allí el aya libremente
 Ver pudo á aquella infelice,
 Que al hombre humano bendice
 Que la recibió en su hogar.
 Y quedó admirada, viendo
 Nobles modales en ella,
 Y una faz bastante bella,
 Y no de jente vulgar.

Su edad de treinta y dos años,
 O de poco mas seria;
 Pero en su rostro tenia
 Un encanto celestial.
 Su voz era dulce, suave;
 Y cuando abria sus lábios,
 Dientes mostraba que agravios
 Dieran al marfil glacial.

Así es que al notarla fuerte,
 Y mas viva y animada;
 De curiosidad picada
 Doña Ana algo por saber,
 Con acento cariñoso
 Y con agrado y ternura,
 Mostrando en su faz tristura,
 Hablóla así con placer:

— Penas horribles, sin duda,
 Deben herir vuestro pecho,
 Cuando andar sola os ha hecho
 La fortuna en su traicion.
 Cuando mostrais en el rostro
 Y en vuestros finos modales,
 Indestructibles señales
 De una fina educacion.

— ¡Ah! señora: si supierais
 Cuán tirana é importuna
 Se ha mostrado esa fortuna,
 De quien hablais, contra mí...
 Si supierais... Y un suspiro
 Echalo y quedó callada,
 Por mil lágrimas bañada
 Que el dolor la arrancó allí.

Esto, aumentar en Doña Ana
 Hizo el empeño vehemente
 Que sentia en su alma ardiente
 De quien era el escuchar.
 Y al decirle que anhelaba
 Que le contara su vida,
 La otra, toda agradecida,
 Empezóla así á contar.

PARTE SESTA.



PASO PRIMERO.



UNA HISTORIA.

La desventurada Estrella,
Cubierta de luto y llanto,
Viene á espigar el quebranto
Que el cielo derramó en ella
(La Estrella de Sevilla)—LOPE DE VEGA.

En México la luz vieron primera
Mis ojos, sí, radiante luz y clara;
Mas que tras su esplendor, oscuras nubes,
Del dolor mensajeras, ocultaba.

Dorada cuna con adornos bellos,
Y con esmero sin igual labrada,
En mi niñez mi cuerpo sostenía,
Y madre cariñosa me cuidaba.

Los bienes de fortuna eran inmensos,
Que mi familia entonces disfrutaba;
Y único fruto, yo, de sus amores
A completar llegé su dicha plácida.

Así llegué á la edad en que la vida
En la infeliz mujer de pronto cambia:
Edad de sensaciones, puras, tiernas,
En que busca un objeto puro el alma.

Objeto que su pecho diviniza,
Porque es divino el fuego que le embarga;
Y que cual á su vida, tierna adora,
Porque forma su vida aquello que ama.

Objeto que aun no vé; mas cuyo encanto
Siente, sin conocer, dentro del alma:
Encanto indefinible, santo y puro,
Cual también su pasión es pura y santa.

Y esta pasión que amor la llama el hombre,
Hermosa como el bien tras la desgracia;
Como al que vive en extranjero suelo
El fiel recuerdo de la madre patria,

Yo la sentí; yo la sentí, señora,
Con todo su poder y su pujanza:
Yo la sentí desde el instante mismo
En que de un hombre oí tiernas palabras.

Era un mancebo de presencia hermosa,
De rostro varonil, de suma gracia,
Que siempre centinela noche y día
Era de mí, pues por do quier le hallaba.

En misa, en los paseos y el teatro,
 Constante me seguía con tierna ansia,
 Hasta que al fin, en un papel mostróme
 Todo el amor de su ardorosa alma.

Yo sentí palpar con fuerza el pecho
 Al abrir, con temor, la amante carta;
 Y al recorrer sus líneas amorosas,
 No sé lo que sentí de dicha mágica.

Mas ¡ah! me acuerdo que besé mil veces
 Aquellas letras por mi bien trazadas,
 Y que en respuesta le mandé un billete,
 Diciendo que le amaba cual me amaba.

Esta declaracion, confesion cierta
 Por la pasión indómita arrancada,
 De júbilo llenóle; y desde entonces
 Rondando siempre le miré mi casa.

Y mas tierno y amante cada día,
 Y siempre ponderándome la llama
 En que su fino corazón ardía,
 Mi razón trastornó, cautivó mi alma.

Mas ¡ah! mis padres que á saber llegaron
 Nuestro cariño ardiente y nuestras ansias,
 Quisieron apagar el fuego vivo
 Que de entrambos los pechos abrasaba.

Y á un criado ya anciano que tenían,
 Le encargaron constante vigilara
 Sobre nosotros, para que á mis manos
 Jamás llegase una amorosa carta.

¡Encargo bien fatal...! ¡ah! no sabían
 Que aquella fuerte y dura vigilancia,
 Solo servía á que creciera impía
 La pasión que en mi pecho se albergaba.

Era querer cubrir la hoguera ardiente
 Que al cielo eleva sus terribles llamas,
 Con secos palos, que si bien la ocultan,
 La dan despues mas hórrida pujanza.

Si; viendo que imposible era el hablarnos
 Ya por sentidas é inocentes cartas,
 Convenimos en vernos por las noches
 Dentro mi alcoba, sin temor de nada.

Para el efecto, cuando en dulce sueño
 Todos tranquilos, ciegos, descansaban,
 El balcon yo le abría con sigilo,
 Al cual subía fiel por una escala.

Allí, sí, los dos solos, embriagados
 En ese ardiente amor que nos halaga,
 Las horas sin sentir, amor jurándonos,
 Rápidamente con placer pasaban.

Mas ¡ah! una noche... con dolor recuerdo
Que en sus manos las mias estrechaba;
Tanto amor me juró: que yo "te adoro,"
Le decia tambien sin paz ni calma.

Entonces á sus labios, delirante,
Llevó mis manos, las besó con ansia,
Y yo sentí sobre ellas que caian,
Las que él vertia, abrasadoras lágrimas.

"Matilde...! mi Dios eres," me decia:
"Tú eres el alma de mi amante alma:
"Tú eres mi vida...el mundo...el cielo amado..
"Mi corazón, mi corazón te ama!..."

Y esto al decir, contra su pecho amante
Que con fuerza latia extraordinaria,
Sin hallar resistencia en mí ninguna,
Frenético de amor ¡ay! me abrazaba...

Y yo desfallecida, ya sin fuerzas,
Sintiendo sensaciones dulces, plácidas,
Con los ojos cerrados por la dicha,
En la region celeste me juzgaba.

"¿Me amas? ¿Me amas, Matilde? me decia:
"¿Como te ama mi pecho el tuyo me ama?"
Y yo: "sí, sí, te adoro," repetia:
"Te adoro y tuya soy en cuerpo y alma..."

—Matilde, soy feliz: ante el Eterno
Que escucha en este instante mis palabras,
Juro tu esposo ser; ya nada temas,
Un lazo indisoluble ya nos ata.

Y acercando sus lábios á mi frente,
Que cual el sol flamíjero abrasaban,
Un ósculo imprimió sobre ella, amante,
Y en sus brazos con fuerza me estrechaba.

¡Ah! momento fatal al par que dulce...
Mi vista por momentos se apagaba,
Y ya sin voluntad propia y sin fuerzas,
Por su encanto miréme sojuzgada.

¡Suya fui...! suya fui... me hallé culpable
Cuando de nuevo la razon cobrara...
Fué un enagenamiento, fué un delirio,
Que en cámbio del honor me trajo lágrimas...

"Matilde, adios," me dijo! cuando el día
Por el rosado Oriente se asomaba:
"Adios, hasta la noche; pronto el cielo
"Premiará mi pasión y tu constancia."
"Adios, le dije yo: tú eres el dueño
"Del tesoro mayor que yo guardaba:
"Ser mi esposo has jurado ante el Eterno...
—Y lo juro otra vez, Matilde amada."

Y otra vez en sus brazos estrechándome,
Salió de allí sin que advirtieran nada:
Y yo sola quedé de temor llena,
Porque siempre el temor sigue á una falta.

¡Ah! Perdonad, señora, si ha llegado
De oírme á horrorizarse vuestra alma;
¡Mucho he sufrido por aquel delito
Que borrar he querido veces tantas!

Ser mi esposo juró: yo era muy niña,
Y eran tan tiernas todas sus palabras...
¡Infame! ¡ay! no creí que en sér tan bello
Se pudiera encerrar tan vil infamia...!

Yo creí que el amor era del cielo
Emanacion divina, sacrosanta...
Ultimo toque que el Señor dá al hombre,
A quien hizo á su misma semejanza.

Yo creí que el amor era una parte
De nuestra misma vida, de nuestra alma;
Y no creí que cosa tan perfecta
Se pudiera fingir, por mi desgracia...!

¡Ay! no sabia yo: no, no sabia
Que hay almas viles sucias y gastadas,
Que hasta las heces, los placeres todos
Han apurado y que no creen en nada...!

Mi tierno corazon la vez primera
Era que aquel encanto disfrutaba;
Y solo amar, y solo amar sabia
Con la pasion mas fiel y extraordinaria.

Con ese amor que la mujer tan solo
Sabe sentir, porque sensible es su alma;
Con ese amor, cual la inocencia, puro,
Con que ama la mujer al hombre que ama...

¡Ah! por eso engañarnos es tan fácil
Cuando por vez primera las palabras
Escuchamos del hombre que nos jura
Amor eterno, amor á nuestras plantas.

Que le vemos constante noche y dia
Enfrente, con afan, de nuestra casa;
Y que para rendir nuestro albedrío,
Finje el impío hasta amorosas lágrimas...

Mas, perdonad, señora: no, no trato
De hacer menor mi irreparable falta...
Soy muy culpable, sí, soy muy culpable,
Y debo ser de todos despreciada...!

Y despues de enjugarse el tierno llanto,
Que el recuerdo pasado le arrancara,
Prosiguió de esta suerte, interrumpiendo
Con algunos sollozos sus palabras:

Por ocho noches prosiguió marchando
A mi alcoba fatal, donde hasta el alba,
Gozando del amor mas vehemente,
Las horas para entrambos iban rápidas.

Mas ¡ah! en vano esperé en la novena:
En vano abrí el balcon por sí él llegaba,
Y esperé con afan la noche toda
Sin un momento disfrutar de calma.

La aurora vi llegar, y ya perdida
De que me fuera á ver toda esperanza,
Sobre mi lecho me arrojé llorosa,
Lamentando, infelice, mi desgracia.

“Habrá estado ocupado,” me decia
A mí misma, queriendo la esperanza
Retener en mi pecho, que afligido,
Desvanecerse su ilusion miraba.

Mas ¡ah! llegó la noche... noche triste
Para mí, y tan cruel cual la pasada...
Y otras y otras despues la sucedieron
Sin que mi esposo, por mi mal, llegara.

Entonces conocí mi ligereza:
Entonces conocí, sí, cuan incauta
Es la mujer que crédito y firmeza
Da del hombre fatal á las palabras.

Entonces conocí que ya perdida
Yo para siempre sin remedio estaba;
Y la tristeza, y el dolor, y el llanto,
Y los remordimientos me mataban.

Mas para que mis padres no supieran
De aquesta hija infelice la desgracia,
Risueña ante ellos me mostraba siempre.
Aunque á solas despues vertia lágrimas.

Así tres meses los pasé sufriendo
Y sin cesar llorando mi desgracia;
Hasta que conocí que el fruto mísero
De mi deshora en mi interior llevaba.

¡Ay! esto fué cruel... este fué el dia
En que morir creí...! miré cerradas
De la felicidad todas las puertas...
Y ví mi porvenir negro y sin calma.

Era preciso huir; era preciso
Ocultar á mis padres tanta infamia:
Era preciso abandonar por siempre
Aquella de recuerdos dulce casa.

Con tal resolucion, guardé afanosa
En una fina, aunque pequeña caja,
Todo el dinero que adquirir yo pude,
Y todas mis riquísimas alhajas.

Mas ¡ay! ¡cuánto sufría...! ¡cuántas penas
Y cuántas de dolor penas amargas
Sufría el corazón tierno, á medida
Que de huir el instante se acercaba.

Triste, ya sin salud, con el recuerdo
De la vida infeliz que me esperaba,
Me sentía morir; mas la vergüenza
Para huir nuevas fuerzas me prestaba...!

Mi cariñosa madre al verme enferma,
En aliviar mis males se esmeraba;
Mas ¡ay! el corazón era el enfermo,
Y los cuidados de ella me mataban.

Así el día llegó, día tremendo
En que iba á abandonar mi amada casa;
Y quise ver ¡ay Dios! por la vez última
A mi madre infeliz que tanto amaba.

— ¡Qué tienes, hija mia...? ¡por qué ocultas
A tu madre tus penas y tus ansias?
Abreme el corazón ¡ah! tú padeces,
Y me haces padecer por mi desgracia...

Antes alegre y siempre cariñosa,
Nada tu pecho amante me ocultaba;
Y hoy, recelosa, de mis ojos huyes,
Y te sorprende derramando lágrimas.

¿Temes algo de mí? ¿Crees que no te amo
Con el amor, Matilde, que te amaba?
¿O ya soy para tí, oh hija querida,
Una persona, por mi mal, estraña?

Al oirla así hablar, sentí en mi pecho
Una opresión aguda, estraordinaria;
Y sentí que el valor y que las fuerzas
Para dejar mi hogar, me abandonaban.

Eran tan tiernas, ¡ay! eran tan dulces
En aquellos momentos sus palabras,
Que en un acceso de cariño ardiente,
Me arrojé á confesar todo á sus plantas.

“¡Madre, madre, perdón! dije, besando
Sus manos con ardor... ¡soy desdichada...!
Ah! no me maldigais... bastante sufro...
¡Y muero si el amor vuestro me falta!”

— ¡Que te perdone yo? ¿De qué, hija mia?
Perdón no necesita, no, una santa;
Ven á mis brazos, ven; yo soy tu madre,
Y tú la gloria y el placer de mi alma.

Sé que has sufrido mucho; sé que has hecho
Un grande esfuerzo en sofocar la llama
De ese amor vehemente, tierno y puro,
Que á un mancebo arrogante consagrabas.

Mas, tú serás feliz: esa obediencia
Al precepto de un padre que te ama,
Sin premio Dios no ha de dejarlo nunca,
No; tu obediencia la verás premiada."

¡Ay! no tuve valor para mostrarle
El engaño fatal en que se hallaba,
Y silencio guardé, temiendo entonces
Causar su muerte con mi negra mancha.

La abracé, la abracé; besé su frente
Llena de afán, sin pronunciar palabra;
Y por la vez postrera: "¡madre mía,
"La dije, os amo, os amo con el alma..."

Ella á su seno entonces estrechóme,
Besó con sumo amor mi frente pálida,
Y, "alegre muéstrate, me repetía,
Alegre cual un tiempo te miraba..."

¡Que me mostrase alegre, cielo santo,
Cuando el dolor mi pecho desgarraba...!
¡Alegre...! la infeliz no conocía
Mis horribles tormentos y mis ansias!

La pobre no sabía que mis besos,
Y mis caricias, y mis tiernas lágrimas,
Eran la despedida de una hija
Que la iba á abandonar, aunque la amaba.

"Benedicidme, por Dios, sí, madre mía,
Benedicid á vuestra hija desdichada,"
La dije, tras un rato de silencio,
De rodillas poniendome á sus plantas.

—Pero la bendicion, ¿por qué la pides?
Me preguntó sin sospechar en nada...
—Es un deseo, madre, es un deseo,
Para que siempre bien desde hoy me vaya.

Y la infelice me bendijo entonces,
Me abrazó y me bendijo sin tardanza;
Y yo me separé de ella, llevando
Un pesar mas cruel dentro del alma.

Entré en mi alcoba, y esperé la noche,
Noche en que á abandonar iba la casa
Donde viví feliz por tanto tiempo,
Hasta que yo labré mi atroz desgracia.

Toda mi ropa la arreglé afanosa;
Y aflijida, y vertiendo tristes lágrimas,
Una carta escribí para mi madre,
Do mi crimen fatal la revelaba.

Cerréla, y en la mesa tristemente
La coloqué con interes, besándola;
Y á salir preparéme cuando todos
En el sueño mas plácido se hallaban.

Pero antes de partir, ante una imájen
De la Virgen María, arrodillada
Oré, pidiendo no me abandonase
En tal momento y en desdicha tanta.

Despues, cojiendo la maleta donde
Mis vestidos tenia y mis alhajas,
Abrí el balcon á donde até una cuerda,
Y por la cual bajé precipitada.

¡Dios mio... Santo Dios! dije al mirarme
En la lúgubre calle solitaria:
Guia mis pasos tú, guia mis pasos;
Por tu sangre te pido sacrosanta.

Y dirigiendo con dolor intenso
A aquella casa la postrer mirada,
Alejéme de allí, temblando, triste,
Ahogando los sollozos dentro el alma.

Era, señora, la ocasion primera
Que sola y en la calle me encontraba;
Así es que sin saber á dónde iba,
Calles y calles, sin cesar, pasaba.

El temor y el delito cometido,
Ponían en mis piés ligeras alas,
Y hacíame que el rostro me cubriera
Por si algun conocido me encontraba.

Mas era tarde, y pocas ó ninguna
Persona por las calles transitaba,
Y en sepulcral silencio en tal momento,
Todo, por mi fortuna, se encontraba.

Así de la ciudad salí, ignorando
El lugar hácia donde caminaba,
Hasta que el sol, al asomar brillante,
El punto me hizo ver dónde me hallaba.

Era de la Piedad el pueblo humilde,
A do la suerte me llevó tiránica,
Y allí con otro nombre viví oculta,
En una que alquilé sencilla casa.

Entre tanto, mis padres aflijidos,
Por do quiera afanosos me buscaban,
Sin que jamas con el retiro dieran,
Donde yo de los hombres me ocultaba.

Donde sola, trayendo á la memoria
La mansion do pasé mi tierna infancia,
Triste vivia sin consuelo alguno
En union de una mísera criada.

Mas ¡ay! al fin fui madre...sí, fui madre
De dos niñas hermosas, tiernas, cándidas,
Que á un tiempo al mundo á padecer vinieron,
Aunque tambien á consolar mi alma.

Nunca creí que el corazón pudiera
Amor tanto tener, y pasión tanta,
A los frutos nacidos de un delito
Que á cada instante muestran nuestra mancha.

Pero ¡ah! ¡cuán dulces son esos objetos...!
¡Cuánto á sus hijos una madre ama...!
¡Ah! yo con ellos de mis padres tiernos,
De mi amante y mi crimen me olvidaba.

Celosa de su amor, no quise nunca
Que de otra el pecho ni una vez probaran,
Sino que al mío las crié amorosa,
Aunque en extremo débil me encontraba.

Así un año viví, poniendo en ellos
Todo el esmero y el amor de mi alma,
Vendiendo, por vestirlas con decencia,
Poco á poco, mis mas bellas alhajas.

Pero Dios, que el castigo á mi delito,
Desde su escelso trono preparaba,
Permitió que una noche todas ellas
Me las robase mi cruel criada.

Pobre y triste quedé, de dolor llena,
Al verme en la miseria extraordinaria,
No por mí, sí por ellas, inocentes,
Hijas tiernas las dos de mis entrañas.

Nada tenía ya; ropa, dinero,
Todo llevóse la mujer malvada,
Y ni para pagar el mes de renta,
Que estaba al espirar, ya me quedaba.

¡Oh! golpe fué este atroz... sin alimento,
Con la salud por siempre quebrantada,
¡Cómo dos hijas sustentar, si apenas
Un resto de existencia me alentaba...!

Las infelices, con anhelo ardiente,
Hambrientas á mis pechos se agarraban,
Mas sin leche al mirarlos, inocentes,
Sin un momento descansar, lloraban.

Y yo tambien con ellas ¡ay! señora,
Sí, yo tambien con ellas, tristes lágrimas
Vertia, y contra el seno, cariñosa,
Con vehemente amor las apretaba...!

Mas ¡ah! yo las veía por momentos
Que el hambre que tenían las mataba,
Y que no era para ellas suficiente
El alimento que en mi pecho hallaban.

¡Ni cómo ser, cuando tambien yo, triste,
El escaso alimento mendigaba...!
Cuando días enteros en ayunas
Sin probar ni aun el pan ¡ay! los pasaba...

Quise entonces servir, pero ninguno,
Al verme con dos hijas, en su casa
Me quiso recibir; y en tal tormento
Vime á pedir limosna precisada...!

¡Limosna! ¡ay! feliz vos, feliz, señora,
Que pasado no habeis miseria tanta...!
¿Sabeis lo que es pedir limosna...? ¡Oh! nunca...
Nunca, no, lo sepais... vivid en calma!

Es la pena mayor, es el tormento
Mayor que ecsiste en la miseria humana:
Pedir limosna...! solo por los hijos,
De puerta en puerta la mujer se arrastra...!

Mas ¡ay! jóven y hermosa todavía,
Piedad no hallé en ninguno en mi desgracia:
Los hombres pretendian recompensas;
Las mujeres de floja me acusaban.

¡Oh! cuánta humillacion...! solo una madre
Soporta insultos tantos, resignada...
¡Ah! no saben los hombres, no, cuán tierna
De una infeliz mujer es ¡ay! el alma...

De sacrificio tanto no son ellos
Capaces, no; que juzgan se degradan
En pedir; mas las madres ¡ay! no miran
Sino á salvar los hijos que idolatran.

“Bien podeis trabajar: estais bien fuerte:
Perdonad, perdonad.” ¡ay! las palabras
Eran de esas mujeres que no saben
Lo que es vivir entre miseria tanta.

Y mis hijas morian, sí: mis ojos
Con dolor consumirse las miraban:
Eran solo esqueletos que sufrían
En este triste mundo por mi causa.

Preciso remediar era su suerte,
Aunque un gran sacrificio me costara;
Y concebí la idea de apartarme
De ellas, en tanto en la miseria estaba.

Al efecto, indagué por todo México,
A donde entré despues de ser robada,
Segura de que nadie en tal estado
Llegara á conocerme, aunque anhelara.

Los matrimonios que sin hijo alguno,
Por mi ventura entonces se miraban;
Y supe habia dos, y que tenían
Riquezas y virtud en abundancia.

En una misma calle ambos vivían,
Uno del otro á muy corta distancia;
Circunstancia á mi objeto favorable,
Y por la cual á Dios le dí mil gracias.

Y una noche, en que el cielo con relámpagos
La tempestad horrisona anunciaba,
Cada una de mis hijas fui dejando
A la puerta feliz de aquellas casas.

Y yo, en frente escondida, sin que nadie
En tal oscuridad verme lograra,
Las escuché llorar por largo espacio,
Al mismo tiempo que también lloraba.

Poco despues miré llena de júbilo,
Abrirse con gran ruido de ambas casas
Las puertas, y á mis hijas recojerlas
Y llevarlas adentro sin tardanza.

¡Ay! era madre; y al dejar mis hijas,
Al separarme de ellas, desdichada,
Sentí dentro mi pecho un dardo agudo
Que el corazon amante traspasaba.

Pero, ¿qué hacer? ¿Qué hacer, si la miseria
Y el hambre, iban, gran Dios, á arrebatármelas?
Para verlas morir, valor no tuve,
Aunque yo perecer creí al dejarlas.

Mas no por esto el maternal cariño
Hacia las infelices me faltaba;
No, que en mi corazon juré volverlas
A recojer si Dios no me olvidaba.

Mas para que algun dia, aunque los años
Sin verlas á mi lado, se pasaran,
Conocerlas pudiera, á cada una
Le puse al cuello, sin quietud el alma,

De luciente metal un chico escudo
Que contenia dentro estas palabras:
“Mi madre es infeliz!” escudo hermoso,
Igual al que yo llevo en mi desgracia.

Sola ya con mi llanto, busqué al punto
Donde servir, cual dicha la mas alta,
Y encontré á los dos dias un destino
En una rica y opulenta casa.

Mas ¡ay! pronto probé tormentos nuevos:
El amo á quien servia, sintió en el alma
Un ilícito amor hácia mí al punto,
Cuando su esposa, ¡oh Dios! era una santa.

Yo su conducta reprendia siempre,
En que él su amor fatal me ponderaba;
Pero mi resistencia, mayor fuerza
Daba de su pasion á la atroz llama.

Viendo, pues, que imposible era traerle
A la razon, abandoné su casa,
Y á un anciano á servir entré, creyendo
Encontrar la virtud bajo las canas.

Pero estaba en las bóvedas del cielo
Escrito que yo fuera desgraciada;
Estaba escrito que con mil tormentos
Pagase mi primera grave falta.

Era el anciano colorado, rubio,
De faz redonda, de estatura baja,
Abultado de vientre, de ojos chicos,
De cejas semi-rojas y erizadas.

Zambo de piernas, cuelli-corto mucho,
De nariz gruesa, roma y colorada,
De frente chica, de delgados labios,
De cabeza muy grande y algo calva.

Era D. Gil de Lárraga su nombre,
Y de empeño tenía una gran casa,
A donde toda clase de personas
A empeñar concurrían sus alhajas.

Al verme, recibíome con agrado,
Diciéndome: "Pareces fiel, muchacha:
"Tus modales me gustan; me parece
"Que no podía hallar mejor criada."

Esto me hizo creer que allí, tranquila,
Sin zozobra á vivir iba y en calma;
Y muy mas me afirmé en esta creencia,
Viendo que cuanto hacia á bien tomaba.

Mis hijas, mis dos hijas, desde entonces
En mi memoria sin cesar estaban,
Y para no perder ya mi destino,
En servir con esmero me empeñaba.

Mi afán era ganar alguna cosa,
Para ver á mis hijas adoradas,
Y decirlas: "yo soy, yo, vuestra madre,"
Y trabajar despues con lo que ahorrara.

Mas ¡ah! yo me engañé: lo que creyera
Estimacion, benevolencia tanta,
Era una vil pasión, amor impío,
Que iba á causar de nuevo mi desgracia.

Aquel hombre fatal cuya edad mucha
Juzgué fuera mi escudo y salvaguardia,
Me declaró frenético, una noche,
El impúdico amor que le abrasaba.

"Señor, le dije yo, calmar queriendo
Aquel fuego infernal que ardía en su alma,
Sin duda os olvidais que sois mi amo,
Y yo una pobre y mísera criada."

— ¡Ah! no, ángel mio, no: si correspondes
A este amor vehemente que me mata,
Todo serás tú aquí: seré tu esclavo;
Y á tu albedrío mandarás en casa.

¡Ab! sí: dijo, sus brazos alargando
 Para estrecharme en sus terribles ansias,
 Tendrás oro bastante: tendrás oro
 En pago de tu amor, si el mio calmas.»

— Señor D. Gil, tened: yo contestéle,
 Antes de que abrazarme él alcanzara:
 Y retiréme un poco, demostrando
 En mi rostro el disgusto de mi alma.

Si todas las mugeres hais creído
 Que son tan libres como doña Clara,
 Os habeis engañado: sí, ahora mismo
 Voy á salir, señor, de vuestra casa.

Era esta doña Clara, infiel esposa
 De un corredor de número, agraciada,
 Que en brazos de aquel hombre por el oro,
 Faltando á su marido se entregaba.

Era de génio fuerte é iracundo,
 Y capaz de la mas atroz venganza
 Contra el que la ofendiera en lo mas mínimo,
 Y por lo cual D. Gil la respetaba.

Quedó al oír mi voz suspenso un rato,
 Sorprendido de ver que una criada
 Se negase á acceder á sus deseos,
 Y que el oro magnífico rehusara.

Mas volviendo á encenderse dentro el pecho,
 De su brutal pasion la impura llama,
 A la puerta furioso echó la llave,
 Y en el cuarto con él quedé encerrada.

“Ya no puedes salir:” díjome entonces:
 “Necesito que me ames, si no me amas,
 “Que seas mia, sí; que seas mia,
 “Y que ahora mismo cedas á mis ansias.”

Y fuego echando por sus chicos ojos,
 Y encendida su faz cual la escarlata,
 Se fue hácia mí para estrecharme al puuto
 En sus brazos que abiertos los llevaba.

¡Ah! entónces yo temblé: temí á aquel hombre
 Que de brutal pasion henchida el alma,
 Iba á luchar conmigo, decidido
 Por conseguir el bien que deseaba.

Traté entonces de huir: ¿pero por dónde?
 Por él la puerta hallábase cerrada;
 Y preparéme á resistir altiva,
 Viendo que otro recurso no quedaba.

Pero empecé á gritar con toda fuerza;
 Y no bien en sus brazos me agarraba,
 Cuando del cuarto golpes á la puerta
 Dieron, y voces de la bella Clara.

D. Gil soltóme al punto, y quedó estático
Al escuchar la voz de la que amaba,
Que por fortuna mía en tal momento
Llegó, cuando ninguno la esperaba.

“Abre la puerta, infame, abre la puerta:”
Volvió á gritar furiosa doña Clara:
Mas notando que nadie se la abría,
A golpes levantar logró la chapa.

Y entrando al cuarto se arrojó frenética,
Sin que de mí un instante se cuidara,
Sobre él; y yo, sin esperar mas tiempo,
Huí temblando al punto de tal casa.

Y sola volví á hallarme y sin dinero,
Pues tuve que salir sin cobrar nada;
Y abandoné otra vez la hermosa México,
Porque supe mis padres me buscaban.

Mas en medio el dolor que me affigia,
Un placer infinito disfrutaba,
Sabia que felices mis dos hijas
Vivian sin que nada les faltara.

Pobre, sin compañía ni dinero,
Mi camino emprendí sin paz ni calma,
Sin saber á qué pueblo dirijirme,
Ni saber el terreno que pisaba.

Mas, para qué cansaros relatando
Todos los pueblos do á servir entrara,
Todas las penas que pasé, indecibles,
En años diez y seis de vida amarga.

Esto seria molestaros mucho,
Cansaros relatando mis desgracias;
¡Ah! baste con decir que la fortuna,
En perseguirme se empeñó tirana.

Querétaro, Leon y Guanajuato,
Aguascalientes y Guadalajara,
Testigos son de la miseria horrible
Que padecí, por mi fatal desgracia.

Esta fatalidad, ó bien castigo,
Que por mi culpa Dios me lo mandaba,
Agregado al recuerdo de mis hijas,
Mi existencia infeliz emponzoñaba.

Mas nunca de mi honor volví á olvidar:
En medio de hambres y miserias tantas,
Es, sí, testigo Dios, que he preferido
El hambre, á cometer ya nueva falta.

Mas sufrir no pudiendo tantas penas,
Ni ausencia tan horrible ni tan larga,
Resolví ver á mis queridas hijas,
Y de Leon sali ya ha tres semanas.

Y á pié, como me veis, siempre con hambre,
Haciendo, con afán, cortas jornadas,
Y durmiendo mil veces en el campo,
He llegado hasta aquí, fría y cansada.

Esta es mi historia, sí, de interés poco
Para quien nunca careció de nada;
Historia que conté por complaceros,
Y que á abrir del dolor volvió mis llagas.

—Demasiado interés, Matilde hermosa,
Vuestra historia ha tenido para mi alma:
¿Y vuestros padres viven?—Sí, señora,
He sabido que viven, y que me aman.

Sé que empeñosos me buscaron siempre,
Perdonando benévolos mi falta;
Mas la vergüenza, presentarme á ellos
Me lo ha impedido, aunque mi pecho ansiaba.

Vos los conoceréis, sin duda alguna;
Mi padre, Enrique de Muñoz se llama:
Es hombre rico, bondadoso, humano,
Aunque ya de una edad muy avanzada.

—No le conozco; pero hablar he oído
De un D. Luis de Muñoz, el cual se halla
Convaleciendo de una fuerte herida
Que recibió hace poco, por su dama.

—¿D. Luis Muñoz decís que se halla herido?
Dijo Matilde, pálida, asustada.

—No: está convaleciendo; ¿sois acaso,
Mi querida Matilde, de él hermana?

—Solo es mi primo: le dejé pequeño
Cuando yo, por mi mal, huí de casa:
Es hijo del hermano de mi padre,
Y bienes de fortuna no le faltan.

¡Cuánto, por verle, diera en este instante!
Mas en el mundo, sola, abandonada,
No tengo mas familia que mis penas,
Y los tormentos que me despedazan.

Sin padre, sin esposo, sin mis hijas...
Sin esas hijas ¡ay! de mis entrañas,
¿Qué me queda en el mundo..? ¡Ni un consuelo,
Ni un ligero placer, ni una esperanza...!

¡Oh! Dios mio, Dios mio, tú que miras
En el fondo, Señor, de nuestras almas,
Contempla mi dolor, y no permitas
Que muera de mis hijas separada...!

Deja que las contemple un solo instante;
Permíteme que escuche esa palabra:
“Madre mia, mi madre,” y que á su pecho
Las estreche esta madre desdichada.

—Venid á descansar, Matilde hermosa;
Al mirarla llorar, dijo Doña Ana,
Queriendo desterrara de su mente,
El recuerdo fatal de sus desgracias!

Venid á descansar por un momento:
Recuperad las fuerzas que os faltan,
Durmiendo, sin cuidado, hasta que asome
Por el Oriente el sol sus rojas llamas.

—Vamos, señora, contestó Matilde,
Temiendo con su llanto importunarla:
Vamos; y ambas entraron en la alcoba
En que dormía la sensible Ana.



SEGUNDO PASO.

EL AMANTE Y EL MARTIDO.

Con los que son ricos, como
Mi dinero es mi delito;
Si me lo dan lo permito.

AGUSTIN MORETO.

En ese mismo momento,
En que de contar su historia,
Que tenia en la memoria,
Matilde hermosa, acabó;
En otra casa de México,
Un hombre á su bella amante,
A quien ama delirante,
Así con afán la habló.

—Clara, creeme: yo te adoro,
Como nunca amar creía,
Y siento que cada día,
Es mi amor mas puro y fiel.
Y conozco que el destino,
A tu poder me encadena,
Y que muriera de pena
Si me olvidaras, cruel.

—Venid á descansar, Matilde hermosa;
Al mirarla llorar, dijo Doña Ana,
Queriendo desterrara de su mente,
El recuerdo fatal de sus desgracias!

Venid á descansar por un momento:
Recuperad las fuerzas que os faltan,
Durmiendo, sin cuidado, hasta que asome
Por el Oriente el sol sus rojas llamas.

—Vamos, señora, contestó Matilde,
Temiendo con su llanto importunarla:
Vamos; y ambas entraron en la alcoba
En que dormía la sensible Ana.



SEGUNDO PASO.

EL AMANTE Y EL MARTIDO.

Con los que son ricos, como
Mi dinero es mi delito;
Si me lo dan lo permito.

AGUSTIN MORETO.

En ese mismo momento,
En que de contar su historia,
Que tenia en la memoria,
Matilde hermosa, acabó;
En otra casa de México,
Un hombre á su bella amante,
A quien ama delirante,
Así con afán la habló.

—Clara, creeme: yo te adoro,
Como nunca amar creía,
Y siento que cada día,
Es mi amor mas puro y fiel.
Y conozco que el destino,
A tu poder me encadena,
Y que muriera de pena
Si me olvidaras, cruel.

— ¡Oh! no puedo persuadirme
De esa pasión ponderada,
Cuando por una criada,
Me llegastes á olvidar.
Sí, desde entonces, zelosa,
Por todas partes te sigo,
Pues que me humilles, te digo
Que nunca he de perdonar.

Sí, Lárraga, cual yo te amo,
Me has de amar precisamente:
A mí, Gil, tan solamente.
A mí, sí, constante y fiel.
A mí, que por tí he olvidado
Mis mas sagrados deberes.
Y á quien tratan las mujeres
Con escarnio el mas cruel.—

D. Gil, en cuya alma ardiente
La lujuria residía,
Mas y mas que se encendía,
Sintió su impura pasión.
Y frenético abrazando
A aquella que era su hechizo,
Mil y mil protestas la hizo
De amarla en el corazón.

— Aquel solo fué un capricho
Que pasó rápidamente,
Como el relámpago ardiente,
Como el meteoro fugaz.
Que te ofendí, bien conozco,
Mas desde entonces has visto,
Que solo para tí ecsisto,
Sin que ya turbe tu paz.

Todo es tuyo; mis riquezas,
Mis ilusiones, mi vida,
Porque esta á la tuya unida,
Está por el mismo amor.
Todo es tuyo, tú lo has visto;
Jamás nada te he negado,
Pues mi ventura he cifrado
En complacerte, en mi ardor.

Si el nombre vil de usurero
Me dan en México, Clara,
Y á premio pongo, repara,
Hasta el aire al respirar,
Es por tí, por tí, mi vida,
A quien yo quisiera un trono
Dar de mi amor en abono,
Y aun toda la tierra dar.

Soy viejo, sí, mas mi pecho
Late con la fuerza ardiente,
De la juventud, que siente
Todo el fuego del amor.
Y ama con aquella fuerza,
Que es nuestra dicha y martirio,
Y que en continuo delirio
Nos hace estar, y en dolor.

Clara, que solo anhelaba
Cautivo tener el pecho
De D. Gil, y á su albedrío
Tenerle siempre sujeto,

Sintió un placer inefable,
Satisfacción sin ejemplo,
Al escuchar sus palabras
Y sus fuertes juramentos.

No porque amor le tuviera,
No, sino porque su pecho,
De humillación se ecsaltaba
Al mas leve pensamiento.

Quería ser, por orgullo,
Ella sola el dulce objeto,
De las atenciones todas
Del que amor la juró un tiempo.

Así el corazón humano
Suele ser; ve con desprecio,
O con fría indiferencia,
A aquel que latir no le ha hecho.

Pero si véé que aquel mismo
Se acerca rendido y tierno
A otra persona, se ecsalta,
Y siente infernales zelos.

Esto sucedía en Clara:
No amaba á D. Gil, empero,
Por otra al creerse olvidada,
Sintió un terrible despecho.

Veía en Lárraga, un hombre
Lleno de achaques y viejo;
Mas esto, á pesar, sufría
De que la ultrajó, al recuerdo.

Y por eso ahora, contenta,
Al verle de amor frenético,
Goza ella del dulce encanto
Que preferidos da el vernos.

Mas ¡ah! cuánta diferencia
Había de estos afectos,
A aquellos que proporciona
Un amor casto y sincero...!

En este todo es delicia,
Estasis y arrobamiento,
Indefinibles deleites,
Iguales á los del cielo.

En aquel, todo zozobra,
Impío brutal deseo,
Que acaba pronto, y que deja
Tras de sí, remordimientos.

Pero D. Gil se juzgaba
En aquel corto momento,
El mas feliz de los hombres,
De Clara al sentir los besos.

Pero cuando mas dichosos
Se juzgaban y contentos,
Con estrépito la puerta,
Abrióse del aposento.

Y sin que para gritar
Tuvieran siquiera tiempo,
Amarrados fuertemente
Los dos amantes se vieron,

Por unos enmascarados
Que amenazándoles fieros
Con sus agudos puñales,
Les impusieron silencio.

—Dadnos al punto la llave
De la caja, do el dinero
Teneis guardado, D. Gil,
O pereceis al momento.

Vamos ya. — Por Dios, señores!
— O sois al instante muerto.
La llave pronto, la llave
De vuestra caja de hierro. —

D. Gil miraba su ruina
En darles la llave á aquellos
Que airados se la pedían
Amenazando su pecho.

Veía que iba á perder
El Dios de él, que era el dinero,
Que á fuerza de mil fatigas
Adquiriera en mucho tiempo.

Y aunque entre el perder la vida
O su capital inmenso,
Estuvo indeciso un rato
Su corazón avariento,

Al fin por dar decidióse
La llave, de pena lleno,
Y él mismo á entregar el oro
Fué á sus enemigos fieros.

Estos, á quienes ya habrá
Conocido en el momento
El lector, por los aliados
Que servían á D. Pedro,

Despues que se apoderaron
De cuanto habia en dinero,
Las alhajas y las prendas
Mas valiosas le pidieron.

Y D. Gil, que un puñal siempre
Tenia delante del pecho,
Entregándoles fuè todo,
Que le mataran temiendo.

—¿Ya no hay mas? le preguntaron.

—Nada ya, señores, tengo:
Toda la casa habeis visto,
Y las cómodas abierto.

—Está bien; por si algo queda,
Otro dia volveremos;
Pero antes de que salgamos,
Do estábais os dejaremos.—

Y á donde se hallaba Clara
Otra vez se dirigieron,
Y á ambos dejando amarrados,
De la casa se salieron.

El lector tendrá presente
El diálogo que D. Pedro
Tuvo con el vil Doctor,
Su mas leal compañero.

Y se acordará tambien
De que le encargó en secreto,
Viese á Pablo el capitán,
Sin pérdida de momento.

Y tampoco habrá olvidado
Que á las once dispusieron,
Que haria el Doctor sin falta
Lo que dispuso D. Pedro.

Y que éste, al marcharse aquel,
Fué á la calle de Plateros,
Para cojer una casa
Donde vivia un joyero.

Pues bien, los que á D. Gil Lárraga
Robaron y sorprendieron,
Cumplieron con el encargo
Que al Doctor hizo D. Pedro.

Cómo lograron subir
Sin hacer ruido ni estruendo,
Fácil es saber, pues era
De ellos aliado el portero.

Mas dejando á los aliados,
Que iban por demas' ligeros,
Volvamos á los robados,
A quienes ataron fieros.

Sentada sobre una silla,
Y atada con un pañuelo,
Está Clara, procurando
Desatarse, en su tormento.

En otra silla está Lárraga,
Atado y sin movimiento,
En frente á la cara prenda,
A quien contempla en silencio

Y entre sí reflexionando
Con afan y sin sosiego,
Que aquella muger la causa
Era de un golpe tan fiero,

Esclamó desesperado,
Brotando sus ojos fuego,
Y con los piés golpeando
La silla á que está sujeto.

—¡Maldito sea mi amor,
Que me ha hecho olvidar que debo
Cuidar de mis intereses
Sin dormirme ni un momento..!

Y sin cesar rechinaba
Los dientes de rabia lleno,
Y mordiéndose los lábios
Hasta sacar sangre de ellos.

¡Maldito sea mi amor,
Y tú tambien, vil objeto,
En el que puse mis ojos,
Porque así quiso el infierno..!—

Clara, que miró la ruina
Del infeliz usurero,
Frenética contestóle
Con mil terribles dicterios.

Mas quedaron ambos mudos
Cuando los pasos sintieron
De otra persona, que á poco
Entró á donde estaban ellos.

—¡Clara..! dijo el que hubo entrado.
—¡Hipólito..! ¡Dios eterno..!
Lárraga y Clara esclamaron
De repente en el momento.

Y á estas tan cortas palabras,
Siguió un sepulcral silencio,
Tras el cual prosiguió Hipólito,
Así con marcado acento.

—El amor, esposa ingrata,
Que tengo á mis hijos tiernos,
Y el no querer presentarles
Ni el mas leve mal ejemplo,

Causas han sido muy fuertes,
Que me han obligado ha tiempo
A disimular las faltas
Que he notado en tí en silencio.

Mas al verte en este sitio,
En tan impropio momento,
Y al lado del hombre infame
Que de infamia te ha cubierto,

Te abandono para siempre
Sin darte un castigo horrendo.
Porque ser tan despreciable,
Solo merece el desprecio.

Y vos, D. Gil, hombre inicuo,
Que la union habeis deshecho
De una familia inocente,
Y la calma de mi pecho,

Seguid la vida de infamia
Que hasta aquí seguisteis ciego:
Seguid, que pronto el castigo
Os ha de mandar el cielo.

Y sin decir mas palabras,
Abrumado con el peso
De su desgracia inaudita;
Salió de allí en el momento.

Y disimulando, amante,
El dolor de su alma acerbo,
A su vivienda al llegar,
Abrazó á sus hijos tiernos.

—¿En dónde se halla mamá?
Le preguntó el mayor de ellos.
—¡Tu mamá..! nos ha dejado..!
Ha ido á un asunto á Querétaro.

—¡Sin despedirse..! cruel...
—Sí, muy mal, muy mal ha hecho...—
Y á sus ojos se agolparon
Mil lágrimas al momento.

—¡Estais llorando, papá..!
—No... será de sentimiento...
Y el infelice las lágrimas
Procuró enjugarse luego.—

Mas á esta triste familia,
Con su hondo pesar dejemos,
Y digamos cómo entrara
A casa del usurero

El infeliz D. Hipólito,
Poco despues del momento
En que de casa de aquel
Los aliados se salieron.

Como era asaz altanera
Su esposa, y de infernal génio,
Nunca el buen hombre á su casa
Iba sin llevar dinero.

Así es que, cuando la suerte
Le abandonaba un momento,
Y no hacia corretajes
Por su desgracia y tormento,

Empeñaba alguna alhaja
Para salir del aprieto,
Alhaja que la sacaba
Si soplabá bien el viento.

Pues bien, la crítica noche
En que por dicha nos vemos,
Era una de las aciagas
En que no encontró dinero.

Noche en que él se dirigió
Á la vil casa de empeño
De D. Gil, para empeñar
Su reloj de oro selecto,

Acababan de robar,
Como ya dicho tenemos,
Los aliados, cuando Hipólito
Llegó al zaguan sin aliento.

Y al ver las puertas abiertas
Sin criado ni portero,
Subió veloz la escalera,
De todo temor ageno.

Anduvo la casa toda,
Y entró al fin al aposento,
En donde encontró á su esposa
Con el infame usurero.

Lo que despues sucedió
Ya sabe el lector benévolo,
Por lo cual en este punto
Esta historia dejaremos.



Acábalan de robar
Como se ve en los tiempos

PASO TERCERO.

¿Quién te ha dicho que las horas
Llorando pasan mejor?
R. Ruy.

Pálida y triste, y derramando llanto,
Contemplando la luna plateada,
Yace una bella, y á la vez contando,
Las largas horas que el reloj señala.

Los blancos brazos apoyados tiene
Del balcon chico de su humilde casa,
Sobre el delgado barandal de fierro,
Humedecido con sus tristes lágrimas.

Una de sebo miserable vela,
Alumbra apenas la pequeña sala
De su vivienda, donde mueble alguno
No se descubre, ni ninguna alhaja.

Contiguo un cuarto do la luz refleja
Que la vela despide, luz bien pálida,
Se encuentra donde sobre un lecho duro,
Tres niños tiernos sin dolor descansan.

La triste hermosa sus llorosos ojos
De las estrellas y la luna aparta,
Para volverlos al humilde cuarto
Donde sus hijos adorados se hallan.

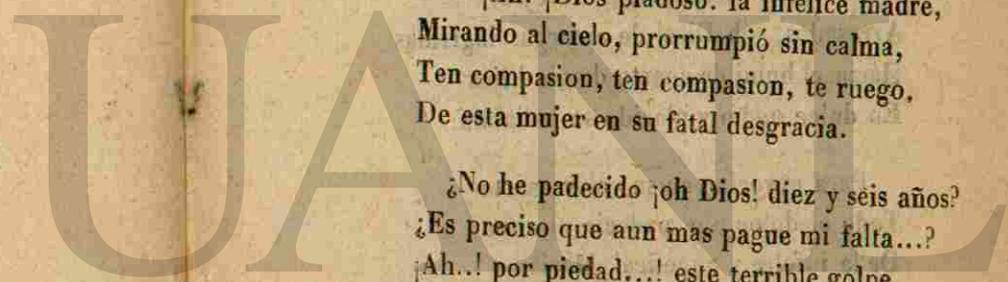
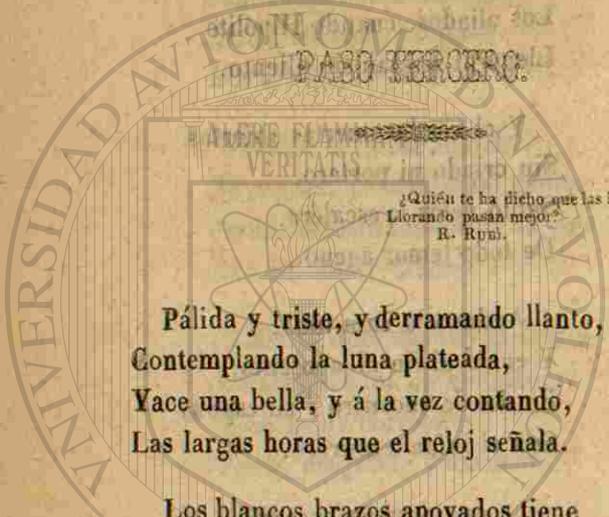
No hay otro sér en la vivienda aquella
Que la miseria mas terrible marca;
Todo revela el abandono triste
En que los séres que la habitan se hallan.

—¡Ah! ¡Dios piadoso! la infelice madre,
Mirando al cielo, prorrumpió sin calma,
Ten compasion, ten compasion, te ruego,
De esta mujer en su fatal desgracia.

¿No he padecido ¡oh Dios! diez y seis años?
¿Es preciso que aun mas pague mi falta...?
¡Ah...! por piedad...! este terrible golpe
Mi vida ha de acabar... mi vida amarga...

Ten compasion, ten compasion, ¡oh Padre!
De esta infeliz mujer y de sus lágrimas,
Y vuélvele amoroso, la hija tierna
Que malhechores viles le robaran...!

No por mí, no por mí, sino por ella,
Porque no pierda la virtud del alma:
¡Cármén...Cármén...! mi amor...hija querida,
Cuántas ¡ay! me has costado tristes lágrimas.



¡Endónde, en dónde estás! ¿dónde esos hombres
Te han escondido que ninguno te halla...?
¡Ah! si yo, hermosa, te buscara, es cierto
Que en el instante mismo te encontrara.

De una fiel madre el corazón descubre,
Si de los hijos de su amor se trata,
Aun lo más hondo, sí, lo más oculto,
Que no hay para ella, no, imposible, nada.—

Y al decir esto, dirigió los ojos,
Arrasados, ¡oh Dios! de amargas lágrimas,
Hacia el humilde cuarto de sus hijos
En dulce sueño y placido se hallaban.

Para apreciar en su valor exacto
Todo el dolor que padecía el alma
De la infeliz y angelical María,
Es preciso decir cuatro palabras.

Desde la horrenda enfermedad impía,
En que á las puertas de la tumba helada
Estuviera D. Juan, como leímos
Al principio de esta obra que se alarga;

Débil quedó, muy débil de cerebro,
Y el pesar más pequeño ya bastaba
Para que el juicio lo perdiera al punto,
Y que para cobrar, mucho costaba.

El buen lector ha de tener presente,
La que tuvo D. Juan, feliz ganancia,
Aquella noche en que el Doctor malvado,
Quiso triunfar de su consorte amada.

Pues bien, la suerte en el octavo día,
Le fué en extremo por su mal, contraria,
Y en la miseria al contemplarse hundido,
Perdió, infelice, la razón amada.

Golpe fatal para la fiel María
Fué este, sin duda, en su desdicha amarga;
Y á la hermandad de S. Vicente, buena,
Debió el sustento en su desdicha bárbara.

¡Oh! cuánto, cuánto bendecir se debe
A esos mortales de sensibles almas,
Que en socorrer se ocupan á los otros,
Y en enjugar sus infinitas lágrimas.

¿Qué hubiera sido de la fiel María,
Tímida y triste en la miseria bárbara,
Con un esposo de razón privado,
Si tales seres por su bien no hallara?

¡Ah! nadie sabe... la virtud más firme
Naufragar puede entre miseria tanta;
El hambre, el hambre cuando acosa, impía,
A los mayores crímenes arrastra.

Pero el Señor que de sus buenos hijos
Jamás se olvida, aunque sufrir les haga,
Atendió amante á la infeliz María,
Cuando todo en el mundo le faltaba.

Mientras, sin juicio, su adorado esposo
Por veinte días se encontró y sin calma,
De S. Vicente Paul lo necesario,
Los hermanos humildes le llevaban.

Y médico, y botica y alimentos,
Todo, todo, contentos, la franqueaban;
Y solo retiraron el sustento
Cuando ya la razón D. Juan cobraba.

¡Sí; la razón cobró, pero el más leve
El pesar más pequeño ya bastaba,
Para que el triste, á trastornarse al punto
Volviese por su mísera desgracia.

Estos recuerdos, al dolor unidos
Del robo impío de su Carmen, cara,
En el balcón, á la infeliz María,
En la noche en que estamos, la abrumaban.

Y tanto estaba embebecida en ellos,
Que el ruido no escuchó, ni las pisadas
De un hombre vil que, recatando el rostro,
Penetró, audaz, en la pequeña sala.

Más aquel hombre que notó que nadie
Entrar le viera en la pequeña sala,
Tras un momento de silencio, dijo,
A la que estaba en el balcón sin calma:

—Entretenida estais, bella María,
En contemplar la luna plateada.
—¡Doctor...! ¡ah! sois vos?—Sí; yo que no olvido
Nunca el objeto que idolatra el alma.

—Señor Doctor, innumerables veces
Vuestro amor os he dicho que me infama:
Dijo María, del balcón entrando
A la pequeña y desprovista sala.

—Es lástima, María, que no escuche
D. Ramiro Landía esas palabras,
Para que nunca os acusase el necio,
De inconstante, de pérfida ni ingrata.—

Quedó María, cual de un rayo, herida,
Del Doctor al oír tales palabras,
Sin encontrar respuesta en el momento,
En la sorpresa que sufrió impensada.

El efecto terrible y espantoso
Que hicieron en la esposa desdichada
Estas palabras, el Doctor impío,
Con un placer satánico observaba.

—Doctor Doctor, mentís, dijo María,
Como la muerte, la infelice, pàlida,
Despues de un largo rato de silencio:
Jamás ninguno me acusó de ingrata.

—Sin duda os olvidais en este instante
Del dia aquel de penas y de lágrimas,
En que á las puertas del sepulcro, Càrmen,
Vuestra hija tierna y misera, se hallaba.

Os olvidais de la afliccion terrible
Que de Landía en la suntuosa casa
Vuestro sensible corazon sentia
La paz perdida y la quietud y calma.

Y del secreto os olvidais, María,
Que vuestro labio allí le revelara,
Haciéndole saber que Càrmen era
El fruto de uu amor que á Dios ultraja.

—¡Por compasion, callad., dijo María,
Temblando toda de temor y pàlida:
¡Por compasion, Doctor, hablad mas bajo,
No á escuchar llegue alguno esas palabras.

—Nada temais: vuestro secreto, hermosa,
Oculto ha de ecistir dentro de mi alma:
Oculto ha de ecistir, si vos el fuego
Premiais, que el pecho y corazon me abrasa.

A esto he venido: á proponeros ahora
Paz ó guerra sin fin, ventura ó lágrimas:
De vos depende, pues, que vuestro esposo
Ignore, hermosa, vuestra horrible falta.

—Sr. Doctor, no pretendais mi muerte,
Haciendo sobre mí que el crimen caiga.
—¿No premiareis mi amor...?—Sobre mi frente
Que aparezca no quiero nueva mancha.

—Pues bien, no hablemos mas: sabrá qué esposa.
El buen D. Juan en su pasion halaga:
Sabrá al instante vuestra horrenda culpa,
Culpa inaudita que al honrado mata.

—Dios mio..! Doctor, Doctor...
Por piedad, tened la lengua....

No divulgueis, por favor,
Si os merezco algun amor,
Con mi desgracia, mi mengua.

No querais mi perdicion:
No querais que de amargura
Se inunde mi corazon:
Tened, tened compasion,
Por la Madre de Dios pura.

No hagais que el dolor aflija
 Con mas fuerza mi tierna alma:
 Permitid que esto os escija;
 Pues con el robo de mi hija,
 Me robaron ¡ay! la calma...!

— María, feliz sereis
 Si á mi deseo accedeis:
 Ninguno sabrá el secreto;
 Y al mismo tiempo os prometo
 Que á vuestra Cármen vereis.

— Doctor, ¿á mi hija...? exclamó,
 Acercándose á él María...
 ¿Sabeis do está la hija mia...?
 No me lo oculteis, ¡oh! no,
 Y os deberé mi alegría.

— Doctor, Doctor, ¡ah! yo olvido
 El mal que hasta hoy me habeis hecho:
 Pues si por vos he sufrido,
 La noticia que hais traído
 Ha consolado mi pecho.

Pero ¿es verdad, es verdad
 Que sabeis do está mi hija...?
 Respondedme, por piedad:
 No hagais que mi alma se aflija
 Con tal silencio, acabad...

— Sé donde está en este instante;
 Mas nunca os he de decir
 Do se halla vuestra hija amante,
 Si no llego antes á oír
 Que premiais mi amor constante.

Un bien por un bien os doy;
 Mas si aun así no accedeis,
 Firme y decidido estoy
 A decir á D. Juan hoy
 Que de otro una hija teneis.

— ¡Doctor, Doctor...! ¡ah...! por Dios...!
 Sed una vez generoso...
 Nada digais á mi esposo...
 Encuentre esta pobre en vos
 El anhelado reposo.

— ¡Ah! no me querais perder
 Cometiendo una imprudencia...!
 Hacedme á mi Cármen ver,
 Y no amargueis la existencia
 De esta infelice mujer...!

— ¡Oh...! no me hagais un perjuicio...
 Vos sabeis que está propenso
 Mi esposo á perder el juicio;
 Y que lo ha de perder pienso
 De mi deshonra á un indicio.

No ignorais que estuvo ha poco,
 Por perder, lo que ganado
 Hubo antes el desgraciado,
 Mas de veinte dias loco,
 Furioso y desesperado.

—Lo sé, lo se, y no he querido
 Por tanto decirle nada;
 Y ocultamente he venido,
 Por eso, mujer amada,
 A vuestras plantas, rendido.

Ceded, pues, ceded, María,
 A mi pasión ardorosa,
 Y sereis desde este día
 Vos la mujer mas dichosa
 Que ecsiste en la tierra impía.

Vereis á Cármen: podreis
 Abrazarla contra el seno;
 Y si á mi ruego accedeis,
 En mí un esclavo tendreis
 De constancia y de amor lleno.

—¿En eso insistís, Doctor...?
 —En eso, María, insisto:
 Necesito vuestro amor,
 Porque de amaros ecsisto
 Con tan indecible ardor.

Pero si con rigor fiero
 Me despreciais esta vez,
 Aquí á vuestro esposo espero,
 Y humillaré esa altivez,
 Que en ternura cambiéis quiero.

Escojed, que el tiempo corre,
 Entre el baldon y el amante;
 Elegid en el instante:
 Amándome, hareis se borre
 Vuestra falta difamante.

—¿Por piedad...! mirad mi llanto...!
 ¿Quereis, oh cielo bendito,
 Que cometa otro delito...?
 Delito que mi quebranto
 Aumentará al infinito...?

¡Piedad...! ¡piedad, buen Doctor...!
 ¡Ah...! tened piedad de mí...!
 Cometí aquel grave error
 En medio del frenesí
 Que me inspiró un ciego amor.

Mas vos habeis presenciado
 Mi eterno arrepentimiento,
 Y visto que ni un momento
 A mi deber he faltado,
 Llorando mi error cruento...!

—¿Aun resistís...? Bien, en breve
 Vuestro esposo ha de saber
 A quién tiene por mujer,
 Y vuestra conducta a leve
 Castigará á su placer.

—Dios mio...! dijo, cayendo
 De rodillas ante aquel
 Hombre bárbaro y cruel,
 Y mil lágrimas vertiendo.
 Que descendian sobre él.

—No queráis mi perdicion...!
 Pedidme otra cosa, sí,
 Que no sea mi baldon,
 Que á todo, mi corazon
 Accederá al punto aquí.

—No, María, nada quiero
 Mas que vuestro amor ahora:
 Sed mia solo una hora;
 De lo contrario, aquí espero
 A vuestro esposo, señora.

—No hay remedio, santo Dios,
 A salvarme de esta suerte...?

—No ecsiste otro para vos.

—¡El sacrificio es muy fuerte...!

—Pero queda entre los dos:

Cedeis á mi ardiente afan
 Por un instante, María,
 Ganando así el alma mia,
 Y nada sabrá D. Juan
 De vuestra conducta impía.

—¡Cuán infeliz soy, Doctor...!
 ¿Y mi hija...?—Libre estará,
 Y á la casa volverá,
 Donde lleno de dolor
 Su padre amoroso está.

—¡Mi esposo...! ¡mi hija...! ¡Dios santo!
 Su felicidad en mi
 Hallar pueden ahora...sí...
 Su ventura ó su quebranto
 Tengo á mi albedrío aquí.

—Si, teneis en tal momento
 En vuestra mano, María,
 Su desgracia y su alegría,
 Su ventura y su tormento,
 Su dicha y su pena impía.

—¡Oh...! ¡terrible situacion...!
 ¡Cuánto, cuánto á una hija se ama...!
 ¡No pagar vuestra pasion,
 Vuestra pasion que me infama,
 Es firmar su perdicion...!

—¿Admitís..? dijo afanoso
 El Doctor, que así la advierte
 Y ella exclamó, sin reposo,
 “No, no: prefiero la muerte...
 “Decidle todo á mi esposo...
 “Decidle, sí, hombre cruel,
 “A la par que amante necio,
 “Que he sido una esposa infiel:
 “Que mas que el bien vuestro, aprecio
 “La muerte que me dé él...” —

Quedó el Doctor sorprendido
 Con aquella no esperada
 Resolucion, y abatido,
 Viendo por tierra caido
 Su plan, por la desdichada.

Mas, de su sorpresa vuelto,
 Su sangre fria cobrando,
 Y aun el vencerla esperando,
 Iba ya á hablarla resuelto,
 La su falta ponderando;

Quando pasos se escucharon
 De alguien que hacía allí venia,
 Y ambos mudos se quedaron,
 Y las ansias se aumentaron
 En la infelice María.

—¡Huid...huid, por favor..!
 ¡Mi esposo es..! terrible afan..!—
 Y recelando el Doctor
 Que sospechase su amor
 El descuidado D. Juan,
 Contestó: “voy á salir
 Por complaceros, hermosa;
 Mas sabed que si á decir
 Llegais á él la menor cosa,
 Ha vuestra hija de morir.

Obrad, pues, con discrecion.”
 Y saliendo de la sala
 Ya con precipitacion,
 Se bajó por el balcon,
 De cuerda por una escala:

Pero D. Juan llegó á entrar
 En el punto que salia;
 Y que huyó llegó á notar,
 Un hombre con quien María
 Debíó grande espacio estar.

Y frenético, agarrando
 A su esposa fuertemente,
 Que le miraba temblando,
 Esclamó, en ella fijando
 Su vista resplandeciente:

¡Infame..! mujer vil.. ¿quién es ese hombre
Que acaba de salir por el balcon..?
Dime al instante el maldecido nombre
Del que me cubre de hórrido baldon.

Dime quién es: dime quién es, perjura:
Dijo, viendo la escala con afan,
Que al huir con temor y con presura,
Quitar no pudo el pérfido galan.

—¡Esposo, esposo mio..! te amo, te amo!
Soy inocente, te lo juro... sí...
Te lo juro, por Dios, que no te infamo,
Y que siempre te soy constante á tí...!

—¡Mientes..! mientes, mujer.. un hombre solo.
Estaba aquí contigo por mi mal:
Si no existia contra mi algun dolo,
¿Por qué salió por el balcon fatal?

Necesito su sangre: necesito
A pedazos romper su corazon,
Y castigar tu impúdico delito
Con una eterna ya separacion.

Sí: no pueden vivir debajo un techo.
Los tiernos hijos y la madre infiel...
Tú nuestros santos lazos has deshecho, ..
Vivirán con su padre tierno y fiel.

Haye de aquí... con tu fatal aliento
No emponzoñes los hijos de mi amor...
Hoye de aquí, María, en el momento,
Porque me inspira tu presencia horror..!

—¡Creedme, creedme por Dios, soy inocente..!
Dijo llorosa, echándose á sus piés:
Ninguna mancha impura hay en mi frente...
Para está mi alma del baldon que crees..!

—¿Intentarás negar que de aquí un hombre
Acaba de salir?—No niego, no:
Acaba de salir.—Pues bien, su nombre..
—Te juro que sin culpa me hallo yo...

—Su nombre te pregunto.—Esposo mio,
Ten compasion, ten compasion de mí..!
—Su nombre, ó teme mi furor impío...
—Mas fiel que hoy, nunca me mostré por tí...

—¡Maldecida mujer..! ah! me sofoco..!
Siento la sangre en mi cerebro hervir...
¡Oh! yo me vuelvo, yo me vuelvo loco...
Su nombre dime sin me hacer sufrir.

—¿Su nombre..? no lo sé: penetró osado,
Sin mi consentimiento, cual ladron;
Pero nada de mí, nada ha alcanzado,
Pues solo odio in ispiró á mi corazon...

Creemelo, querido Juan, que fiel te he sido,
Te juro de los astros por la luz:
Por el Eterno Ser que suspendido
Se halla, amoroso, de la santa Cruz.

—¡Hipócrita mujer..! basta; no jures
Mas y mas ofendiendo al Criador:
No que eres inocente me asegures,
Cuando has faltado á tu deber y honor:

Arruinado esta noche por el juego,
Donde todo he perdido por mi mal;
A ver tambien mi honor perdido llego.
Por una esposa vil y desleal.

¡Oh..! apártate de mí...dijo arrojando
A María en el suelo con furor:
¡Apártate de mí...! marcha, dejando
A los queridos hijos de mi amor...

—¡Ah..! sí, maltrátame, Juan: resignada
Todo á sufrir, por complacerte, estoy...
De tus rodillas estaré abrazada,
Porque fiel madre y fiel esposa soy...

Porque los amo, como á tí te amo,
Y no puedo este techo abandonar:
Porque mi bien los llamo, cual te llamo,
Y la vida, sin ellos, he de odiar...

—¡Infeliz, infeliz, huye... ó la muerte
Me barás te dé, llevado del furor...
—Dámela, dámela, que así mi suerte
Será menos terrible y mi dolor.

—¡Maldicion...! exclamó entonces,
Mirando tal resistencia,
Y huyendo de su presencia
El aflijido D. Juan.
Y apretando entre sus manos
Su ancha y abrasada frente,
Esclamó: “¡yo estoy demente...
Mi cabeza es un volcan...!”

Y luego, fuego brotando
Por sus espantados ojos,
Por la ardiente sangre rojos,
Empezó á andar con furor;
Y despues miró á María,
Que estaba llanto vertiendo,
Y á su alcoba entró corriendo,
Dando un grito aterrador.

— ¡Está loco...! exclamó entonces
 La triste esposa, aterrada,
 Que aun seguía arrodillada,
 Sin de allá atreverse á alzar.
 ¡Está loco...! sí, está loco...!
 Ese grito, suerte impía,
 El mismo es que el otro día
 Dió, sin su juicio al quedar.

PASO CUARTO.

PROYECTOS.

Y aunque estaba tan inquieto,
 Fácil era deducir
 De aquel continuo latir
 Cuál era el único objeto.
 Ruaf.

Ya mas adelante vimos
 Cómo consiguió D. Pedro
 Que le alquilasen la casa
 En la calle de Plateros.

La casa que daba encima
 De la tienda del joyero,
 A quien despojar queria
 De cuanto tuviese dentro.

Bien dispuesto el plan estaba,
 Porque ninguno viviendo
 En la tienda, era muy fácil
 Bajar por el entresuelo,

— ¡Está loco...! exclamó entonces
 La triste esposa, aterrada,
 Que aun seguía arrodillada,
 Sin de allá atreverse á alzar.
 ¡Está loco...! sí, está loco...!
 Ese grito, suerte impía,
 El mismo es que el otro día
 Dió, sin su juicio al quedar.

PASO CUARTO.

PROYECTOS.

Y aunque estaba tan inquieto,
 Fácil era deducir
 De aquel continuo latir
 Cuál era el único objeto.
 Ruaf.

Ya mas adelante vimos
 Cómo consiguió D. Pedro
 Que le alquilaran la casa
 En la calle de Plateros.

La casa que daba encima
 De la tienda del joyero,
 A quien despojar queria
 De cuanto tuviese dentro.

Bien dispuesto el plan estaba,
 Porque ninguno viviendo
 En la tienda, era muy fácil
 Bajar por el entresuelo,

Practicando sobre el piso
Un espacioso agujero,
Que era el plan que concebido
Había el feroz D. Pedro.

Tan lisonjera noticia
Comunicó en el momento
Al Doctor, en cuyos ojos
Brilló el plácido contento.

Solo faltaba elegir
Los aliados mas perversos
Que finjieran ser criados
Del que cojió el entresuelo.

Los que de asear la casa,
Con el salvador pretesto,
Debían ir, y en el piso
Practicar un agujero.

—Supuesto que tan buen golpe
Se prepara, por bien nuestro,
Dijo el Doctor en la víspera
De cojer el entresuelo,

Me parece que sería
De imponderable provecho,
El dar á nuestros aliados
Todo un dia de contento.

Muy poco ha que en Santa Anita
Empezaron los paseos,
Y muchos de los aliados
Aun no han disfrutado de ellos.

Y ya sabeis que no hay cosa
Que les dé tanto contento,
Como esas fiestas do beben,
Cantan y bailan serenos.

Y sabeis tambien cuán gratos
Soleis tenerles con esto,
Y con cuánto mas placer
Os sirven, y vivo celo.

—Decís bien, Doctor: mañana
Que es domingo, les daremos
Ese dia de placer,
Con que han de quedar contentos.

Id, pues á decir á todos,
En este mismo momento,
Que mañana por la tarde
A ese Santa Anita iremos.—

Partió el Doctor al instante,
Y sin pérdida de tiempo,
Comunicó á los aliados
Las noticias de D. Pedro.

PASO QUINTO.

DICHAS LEPEROCRATICAS.

Hay ladrones, gariteros.
Hay gente de la marina,
Tramposos, pillos, fulleros,
Chulos y contrabandistas.
Rumi.

De Venecia las góndolas y naves
Otros celebren con placer y encanto,
Y el dulce soplo de las auras suaves,
Y de mil gondoleros dulce el canto.

Sus máscaras, sus bailes, su alegría,
Sus intrigas de amor canten ansiosos,
Y de sus bellas la alta bazarria,
En agradables versos cadenciosos.

Que yo dejando las pintadas proas
De las góndolas mil que alaban tanto,
Quiero ensalzar por siempre las caoas
De la preciosa México, en mi canto.

Quiero cantar la plácida laguna,
Donde los buques de Cortés surcaron,
Y las cosas pintar, una por una,
Que atónitos mis ojos contemplaron.

Y de un pueblo, cantar son mis deseos,
Sus costumbres, sus dichos, sus canciones,
Sus pependencias, sus bailes, sus paseos,
Sus músicas alegres y pasiones.

Es la Viga un verjel, lindo paseo
Que se extiende á larguísima distancia,
Una calle rectísima formando
De árboles altos, de sonantes ramas.

Do se ven coches de elegante hechura,
Que en infinito número y con gracia,
Uno tras otro, sin turbar el orden,
Del paseo al redor por siempre marchan.

Allí tras una, sin igual carroza,
A quien dos brutos rápidos arrastran,
Un pesado *simon* de hechura gótica,
De color enigmático la caja,

Do parece mas bien que va la gente
Los cielos á escalar dentro de un arca,
Segun la altura colosal del mueble,
Cuya puerta, del suelo está á seis varas,

Se ve tirado de dos mansas bestias,
De transparentes mulas tan delgadas,
Que á los del sol caballos se parecen.
En que no comen, aunque sí trabajan.

Buenos jinetes, porque en esto acaso
Nadie escede á los hijos del Anáhuac,
En corceles muy dóciles al freno,
En varios grupos por el medio pasan.

Mas á la izquierda del paseo véense
Por do los coches ni caballos marchan,
Pues es un punto destinado, solo
Para la gente que en sus piés cabalga,

Véense, repito, vendedoras muchas,
Que ni un instante de gritar descansan,
Pregonando cada una lo que vende
A grito en cuello con empeño y ansia.

- Pasen á merendar, por aquí gritan:
- Al buen pulque de piña, allá otro esclama.
- ¿Tomarán pato grande? otra repone.
- *Aquí hay envueltos*, mas allá otra esclama.

Y con voz chillona y seca

Gritan algunas sin calma

Ni reposo:

Aquí hay tamales, mi alma,

De chile, de dulce y de manteca,

Donoso.

Y todo animacion, y todo fiesta,
Y todo gresca y alegria plácida,
Es el paseo de la Viga hermoso,
Que al extranjero y nacional encantan.

En el canal es el gentio inmenso,
Que con afan y sin cesar se embarca,
En las muchas canoas que en la orilla,
Con tres remeros cada una se hallan.

Canoas donde suena la armonía
De un bandolon viejísimo y una arpa,
Cuya música pagan los remeros
Por que la gente á sus canoas vaya.

— A dos por medio á Santa Anita, gritan:
A dos por medio; vamos, que se larga.
Y un confuso tropel en la canoa
Entra de gente atroz, leperocrática.

Y suena el bandolon en el instante,
Y empieza al punto que se escucha el arpa
La gente dentro ya de la canoa
A bailar un jarabe con gran gracia.

Y animados tambien los buenos músicos,
Con el canto la música acompañan,
Y versos dan al viento como este,
Que celebran con grandes carcajadas.

A una monja enamore
Por tener amor bendito;
La monja se condenó,
Y á mí me faltó un cachito:
Qué susto tenia yo
Sentado en un rinconcito.

— Perfectamente, bien, gritan algunos;
Y á lo lejos se escucha la algazara
De otros muchos, tambien, que van cantando
Y bailando á la vez dentro otras barcas.

Al borde del canal número inmenso
De personas se ven, de pié y sentadas,
Que se divierten en ver á las que alegres
A Santa Anita corren embarcadas.

Y otro número grande á pié camina
Al mismo Santa Anita, apresurada,
Donde á juntarse llegan al fin todas,
Como se juntan en el mar las aguas.

Por donde quiera que los ojos miren,
Dicha descubren, y alegría y calma;
Y los oidos de escuchar no cesan
Música y gritos y canciones plácidas.

El ruido de los coches por un lado,
Que unos tras otros á lo largo pasan,
Y por otro las rápidas canoas,
Y los que en ellas placenteros marchan;

Y la gente de á pié que todo mira,
Y de aquí para allí gira sin calma,
Y los gritos de tantas vendedoras
De plátanos, de coco y de naranjas,

Y los relinchos de corceles tantos,
Donde los jóvenes con afán cabalgan,
A las ancas llevando del caballo
La muy temida y corrediza reata,

Inundan de placer al que concurre
A ese paseo, cuya vista encanta;
A ese paseo donde el pecho olvida,
Por un momento, la querida pátria.

Sí: yo que acaso como nadie tengo
Siempre en mi mente y corazón á España;
Y por Bilbao, donde rodó mi cuna,
En fanatismo mi pasión ya raya:

Yo, en ese instante, de mi sér me olvido,
Y arrebatada de placer el alma,
Bendice tierna á la opulenta México,
Porque es, sin duda, mi segunda patria.

Pero dejemos digresiones ahora,
Y á la historia volvamos comenzada;
Y á hablar de las canoas y la gente,
Y del *jarabe* que enloquece el alma.

Mirad, mirad, la numerosa gente
Que cruza en el canal, y sube y baja;
Parte que alegre marcha á Santa Anita,
Y otra que vuelve de la fiesta grata.

Allí de flores de colores varios
Vienen muchas mujeres coronadas;
Pues todas las que van á Santa Anita,
Es costumbre que vuelvan enfloradas.

Mas ya al pueblo llegamos de la fiesta;
Saltemos para ver lo que en él pasa,
Pues soy curioso, y estudiar costumbres
Mucho me gusta, aunque no sé pintarlas.

Toda es gente del *bronce* la que miro,
Que no piensa jamas en el mañana:
Gente devota (separando alguna)
De las cosas del prójimo á quien ama.

Aquí bebiendo pulque sin recelo,
Y sin temor del qué dirán se embriagan:
Allá sentados sobre el verde suelo,
Meriendan agradables *enchiladas*.

Mas allá se columpian fuertemente,
Después de haber mojado las gargantas,
Personas de ambos secos, en columpios
Que por do quiera colocados se hallan.

En otra parte vendedoras véense,
De envueltos, de tamales y *hojarascas*;
Y mas allá vendiendo y pregonando
El buen pulque compuesto de naranja.

No hay un solo rincon en Santa Anita,
Que apretado no esté de gente varia;
Y de los indios los *jacales* todos
Resuenan con la grito y algazara.

—Aquí hay pato, aquí hay pato, do quier se oye:
—*Pastelitos calientes y empanadas*:
—Agua de limon fresco:—Buenos cocos:
—¿Quién se refresca? por allí otro esclama.

Pero dejemos los terribles gritos,
Y entremos de unos indios á la casa,
Donde apiñada está gente bastante,
Viendo bailar á algunos que allí se hallan.

—Le entelije usted don Rito,
Ese *bailado* me encanta,
Y bien lo *chirimitea*
Tambien el que toca el arpa.

—Mil gracias, don Margarito:
Le contestó al que alababa,
El que pulsaba las cuerdas
De la animadora arpa.

—Beba usted, *ña* Bernardita, (1)
Un vasito del *Tlamapa*, (2)
O del compuesto de piña,
Añadió, otro vaso dándola.

—Eche un verso, don Dolores,
De aquellos que á mi me *cuadran*.

—Don Pilar, con mucho gusto:
Y al punto este verso canta.

(1) Por doña, dicen ña.

(2) Pulque.

“Ya no te *quero* pelona,
Dueña de carbonería,
¿Cómo *quieres* que me meta
A *padre de agua fria*? (1)

—¡Huy! comadre, me condeno
Si mas prosigo mirándola;
Dijo uno mal encarado
A una de las que bailaban.

—¿Pues qué le *pica* compadre?
—Me pica un fuego que abrasa.
—Cuidadito; y si se quema,
Echarse un poquito de agua.

—Mejor será refrescarme
Con catalan, prenda amada,
Y beban los bueyes solo
El buen sorbete de ranas.—

Y acercó sus gruesos lábios
Al fuerte licor de España,
Y le dió tan largo beso
En su pasión estremada,

(1) Apolo insultante que dan á los guardas diurnos.

Que vació de la botella,
Sin que una gota dejara,
Todo el licor á su vientre
Que ya hecho bodega estaba.

Y caliente con el vino,
Y con la razon turbada,
Con desenfado acercose
A una de las que miraban.

—Bien *haiga* quien le dió vida
Y *quen* la parió bien haiga,
Paro consuelo de penas
Y *refrijerio* de mi alma.—

Y la agarró del rebozo
Al decir estas palabras,
Sin advertir que á la jóven
Un lépero (1) acompañaba.

—¿Por qué no agarra á su madre? (2)
Dijo este último con calma.

—A la *suya*, (3) contestóle,
Cojeré si es *bonifacia*. (4)

- (1) Gente desalmada de la plebe. que no se sabe de qué vive.
(2) Este el mayor insulto entre la gente baja.
(3) Contestación segura que dan al insulto.
(4) Buena, bonita.

—¿Qué es eso? dijo don Rito,
Dejando á la que bailaba,
Y acercándose resuelto
A los dos que disputaban.

—Este tal, *jijo* de un diablo,
Contestó el que se embriagara,
Que viene echándola de hombre,
Cuando llevar debe enaguas.

—Soy *puro* hombre, dijo el otro;
Y el que *quera* ver, que salga.
—Aquí estoy yo, dijo alzándose
Uno que embozado estaba.

—¡El Zurdo! exclamaron todos;
Y el Zurdo que allí se hallaba
Con todos sus compañeros
Y la linda Federacha,

Recojió en el brazo izquierdo
Al momento la frazada,
Y el largo puñal sacando,
Se puso al instante en guardia.

—*Haiga* paz, dijo la Tangos,
Poniéndose entre las dagas,
Y agarrando el brazo al Zurdo
Que ya á herir se preparaba.

—Sí, paz, paz; dijeron todos:
Y agarrando al que se hallaba
Con la jóven, le obligaron
A que de allí se marchara.

Y así cesó la contienda
Que tan mal se presentaba;
Y el baile empezó de nuevo,
Y á sonar de nuevo el arpa.

Mas ya que en paz estan todos,
Recorramos lo que falta,
Para volver á embarcarnos,
Que ya la tarde se acaba.

Sentémonos un momento
En frente á do desembarcan,
Pues vienen llenas de gente
Las canoas, y enfloradas.

¡Qué animacion por do quiera...!
¡Flores por do quiera cuántas...!
¡Qué alegría en todas partes...!
¡Cuánto gusto y cuánta danza...!

Pero nada mas hermoso
Que el canal. Sobre las aguas
Cuánta chalupa y canoa
Que cruzan por las chinampas,

Mas ya noto que la gente
Hácia México se embarca,
Porque á gran paso la noche
Con sus sombras se adelanta.

Y será tambien prudente
Que el lector conmigo vaya
Al lugar de do salimos,
Si andar conmigo le agrada.

¡Bien corre nuestra canoa...!
Mil veces feliz quien viaja
Con un poeta: momentos
Tan solo en sus viajes pasa.

Mas esperemos un poco,
Que gente leperocrática
Viene atras, y oigo que suena
El bandolon, y que cantan.

Ya se acerca la canoa
Despacio surcando el agua:
Ya se halla junto á nosotros;
Observemos lo que pasa.

—Otro versito, compadre.
—Allá va este que me *cuadra*.
Y con voz aguardientosa
Aqueste *perverso* cantan.

No *vites*, no *vites* al gavilan,
 Cuando se, cuando se llevó á la liebre,
 Y en el ai, y en el *aigre* la decia,
 Si te suel, si te suelto quiero *jiebre*.
 Palomito y palomó.

—Bravo, bravo, don Dolores.

—Victor, á la Federacha,
 Dijo uno abriendo los ojos
 Que el pulque se los cerraba.

—Buen dia, don Margarito,
 Hemos pasado á Dios gracias;
 Dijo otro que en la canoa
 De aquí á allá se bamboleaba.

—Bueno, pero el capitan
 No se ha divertido nada.

—Bastante, contestó aqúeste
 Con aparente cachaza.

—Pues no lo habeis demostrado.

—Estoy, replicó en voz baja,
 Reflecionando en el écsito
 De la joyería amada.

—Dejad eso por ahora,
 Capitan, dijo con calma
 La Tangos, que de él al lado
 Alegrementé marchaba.

¿Quereis bailar un cachito
 Conmigo?—No'tengo ganas;
 Pero por no desairaros
 Bailaré.—Pues *vaiga* en gracia.

—Que toquen la Pasadita,
 Pues le *entelije* el que baila.
 La pasadita á don Pablo
 Y á la Tangos, que me pasma.

Y la alegre Pasadita
 Suená al momento en el arpa,
 Y los músicos lisiados
 Al punto este verso cantan.

Un yankee á una dijo,

¿Tú quieres por mí?

Y si no, *fandanga*

Yo te daré aquí.

Ella le responde,

Muy bueno que está;

Y de pasadita...

Tararirará.

— Otro versito; compadre.
— Bien, valedor, suene el arpa;
Y los músicos contentos
Este otro perverso cantan.

Quando á entrar llegaron
A la capital,
Con las *margaritas*
Iban al portal,
A la Bella Union
Iban á bailar,
Y de pasadita....
Tararirará.

— Don Dolores, ese verso
Es siempre el que mas me *cuadra*;
Dijo erutando aguardiente
El Tiburon, con cachaza.

Y se acostó en la canoa
Sin poder sufrir la carga
Del aguardiente que dentro
De su estómago llevaba.

Así llegó hasta la Viga,
Do todos desembarcaran,
Y juntos se retiraron
Hacia el barrio de la Palma.

PASO SESTO.



UN DEPENDIENTE Y SU PRINCIPAL.

No sabe mas que querer,
Y querer con demasia.
TOMAS H. RUIZ.

Es una sala hermosa,
Con gran lujo alhajada,
Y buen gusto adornada,
En casa Braulio Flan.
Donde este, pensativo
Se encuentra en este instante,
Mostrando en su semblante
De su alma el duro afan.

Recorre á largos pasos
La estancia, silencioso,
Sin paz y sin reposo,
Y el rostro sin color;
Y ya ahora deteniéndose,
Hora impaciente andando,
Al mundo revelando
De su alma está el dolor.

— Otro versito; compadre.
— Bien, valedor, suene el arpa;
Y los músicos contentos
Este otro perverso cantan.

Cuando á entrar llegaron
A la capital,
Con las *margaritas*
Iban al portal,
A la Bella Union
Iban á bailar,
Y de pasadita....
Tararirará.

— Don Dolores, ese verso
Es siempre el que mas me *cuadra*;
Dijo erutando aguardiente
El Tiburon, con cachaza.

Y se acostó en la canoa
Sin poder sufrir la carga
Del aguardiente que dentro
De su estómago llevaba.

Así llegó hasta la Viga,
Do todos desembarcaran,
Y juntos se retiraron
Hacia el barrio de la Palma.

PASO SESTO.



UN DEPENDIENTE Y SU PRINCIPAL.

No sabe mas que querer,
Y querer con demasia.
TOMAS H. RUIZ.

Es una sala hermosa,
Con gran lujo alhajada,
Y buen gusto adornada,
En casa Braulio Flan.
Donde este, pensativo
Se encuentra en este instante,
Mostrando en su semblante
De su alma el duro afan.

Recorre á largos pasos
La estancia, silencioso,
Sin paz y sin reposo,
Y el rostro sin color;
Y ya ahora deteniéndose,
Hora impaciente andando,
Al mundo revelando
De su alma está el dolor.

¡Ah, Soledad...! esclama,
 Al fin en su tristura:
 No sé tu imagen pura
 Qué tiene para mí:
 No sé; pero al mirarte
 Tu rostro me sedujo,
 Y un poderoso influjo
 Ejerces sobre mí.

¡Oh hermosa! si supieras
 Mi alma cuanto te adora....
 Si el fuego que devora
 Vieras, mi corazón....
 Mas conocer no puedes
 Esta pasión inmensa:
 Aquesta llama intensa
 Que turba mi razón.

No: porque de mis labios,
 Hermosa, no has oído,
 Que vivo á tí rendido,
 Que te amo con ardor.
 Pues tu presencia angelica
 Respeto tal me infunde,
 Que callo aunque me inunde
 El fuego del amor.

Y todas las protestas
 que hacer suelo en tu ausencia,
 A tierra en tu presencia
 Vienen, á mi pesar.
 ¡Ah! sí, que el amor mio
 Es respetuoso y tierno,
 Puro, infinito, eterno,
 Y púdico á la par.

Mas hoy preciso es sepas
 Que en tí se abrasa el alma,
 Y que por tí sin calma
 Vivo en el mundo, sí.
 Sí; á Felix, á ese primo
 Y amigo predilecto,
 Voile ahora mi proyecto
 A revelarle aquí.

El es el hombre único
 Que puede en tal momento,
 Hacer que mi tormento
 Se torne en dicha: él,
 Sí, una palabra suya
 Que en mi favor pronuncie,
 Hará que no renuncie
 Su prima á mi amor fiel.

Diréle que por ella
Siento un ardiente fuego:
Que vivo sin sosiego
Por ella, y sin placer:
Y en fin, que la amo tanto,
Que me hallo decidido,
Si soy correspondido,
A hacerla mi muger.

Y él, que la estima y ama,
Placer sentirá inmenso,
En ver que feliz pienso
Hacerla al punto yo.
Y no bien acababa
De pronunciar aquesto,
Cuando con paso presto
Don Félix allí entró.

—Don Braulio, he aprovechado
El momento sin que hacer,
Para venir á saber
Para qué me habeis llamado.

—Muy bien, Félix, sois discreto,
Y por lo tanto á vos solo,
Pues desconoceis el dolo,
Revelar quiero un secreto.

— Esa distincion, señor,
Me honra como no merezco;
Mas serviros os ofrezco
Sin olvidar tal favor.

— Así lo espero de vos;
Y por tanto en este instante,
Lo que hay mas interesante
Para mí, os diré por Dios.

— Hablad, don Braulio, que escuchó.
— Sin duda habreis observado
Que la casa he descuidado....
— Con dolor lo he visto mucho.
— Pues bien, aqueste descuido,
Esta indiferencia fria
Con que mira el alma mia
Las riquezas que he adquirido....

Este terrible tormento
Que ven todos sorprendidos ...
Aqueste de los sentidos
Fatal adormecimiento....

Todo esto, Félix no tiene,
Por origen otra cosa,
Que una pasion ardorosa
Que mi corazon contiene....

Una pasion que me abruma....
 Pasion que me abrasa el alma....
 Pasion que roba mi calma....
 Pasion frenética en suma.

Y esta pasion sin igual
 Que me devora inclemente,
 Me ha inspirado, de repente,
 Una mujer celestial.

—Pero cualquiera mujer
 Que sea de vos amada,
 Creo ha de juzgarse honrada,
 Y os ha de corresponder.

La buena reputacion
 Que ha tiempo adquirido habeis,
 Las riquezas que teneis,
 Y un tan noble corazon,

Motivos son que ninguna
 Mujer á de despreciar:
 La que ameis, os ha de amar,
 Pues verá en vos su fortuna.

—No abrigo yo esta esperanza...
 La mujer que amo es tan bella,
 Que me creo nada ante ella,
 Y vivo sin confianza....

—Más, don Braulio, vos sin duda
 El objeto hais olvidado
 Para que he sido llamado
 A este sitio en vuestra ayuda.

Me abris vuestro corazon
 Tal vez, señor, sin querer,
 Pues nada tengo que hacer
 Yo con la vuestra pasion.

—Don Felix, os engañais:
 Os he llamado ha un instante,
 Para que el amor constante
 Que me devora sepais.

—¿Pero qué tengo que ver
 Yo con vuestra pasion pura?
 —Mas de lo que se os figura
 Teneis en ella que hacer.

—Deseo, señor, ya oír
 Vuestras palabras al punto.
 —Escuchad, pues, que el asunto
 Os lo voy pronto á decir.

La muger á quien adoro
 Y en quien cifro mi ventura,
 Es modelo de hermosura,
 Cual de pureza tesoro.

Joven, llena de candor,
Risueña, descolorida,
Hermosa, como es la vida
Cuando principia el amor.

Mas aunque el pecho me impulsa
Hacia ella constantemente,
La callo mi amor ardiente
Por temor de una repulsa.

Pero hoy que mi corazon
Está en tanto afan envuelto,
El declararla he resuelto
Tan poderosa pasion.

Pero quiero que seáis,
Vos, don Félix, quien la cuente
Que la amo constantemente,
Como persuadido estais.—

El rostro se le encendió
A don Félix, que humillado
Se creyera; y enojado
De esta suerte contestó.

—Señor Flan, ¿en qué concepto
Me habreis tenido hasta ahora?
Comision que me desdora,
Jamás, don Braulio, la acepto.

Jamás hubiera creído
Que tantas pruebas de aprecio,
Borrarais con el desprecio
Que de vos he recibido.

¿Habeis, don Braulio, pensado
Que obrara tan bajamente...?
No; si es pobre el dependiente,
Su corazon es honrado.

Es, sí, rico de honradez,
Y por nada se mancilla;
Y aunque pobre, no se humilla,
Antes muestra su altivez.

—Tranquilizaos: mi intento,
Don Félix, no es ultrajaros:
Antes una muestra daros
Quiero de estima al momento.

No pretendo mancillar
Vuestro honor en este instante,
Ni comision degradante
Ha sido mi intento os dar.

No: que en más que eso os estimo;
Y en prueba de que no miento,
En nombre de ella al momento
Os diré, pues no me escimo.

Sí, Félix, esa beldad
Que tanto mi pecho ama...
Esa mujer que me inflama...
Se llama, sí, Soledad...!

—Soledad...! cómo...! exclamó,
De tal nombre sorprendido.

—Sí, vuestra prima ha encendido
Mi pecho que nunca amó.

—Os prestareis ya contento
A revelarla mi amor,
O quereis que este favor
A otro pida en tal momento?

—Ah! no, D. Braulio; seré
Vuestro intercesor aquí,
Esclamó fuera de sí
Félix: yo todo lo haré.

Yo sin reparo me presto
A cuanto queráis, señor;
Sí, la pintaré ese amor,
Para que entre ambos quede esto.

Mas, don Braulio, yo os suplico
Que antes que ella amor os cobre,
Reflexioneis que es muy pobre
Y vos en extremo rico.

Y que esta desigualdad
Jamás conveniros puede,
Y que ya en amor se escede
Vuestro pecho, y en bondad.

—No, Félix; he consultado
Conmigo mismo bastante,
Y he visto que ni un instante
Puedo vivir separado.

He visto que Soledad
Es un angel de hermosura,
Y que ella hará mi ventura
Y eterna felicidad.

Que ella es la única mujer,
Cuya celestial presencia,
Amar me hace la existencia
Y me inunda de placer.

Nada importa que riqueza
No tenga en el mundo odioso,
Pues para vivir dichoso.
Me sobra con su belleza.

Los tesoros que poseo
Son suficientes á hacer
Que vivamos con placer
En los lazos de Himeneo.

—Este hombre, dijo entre sí
Don Félix, asesinarme
Se ha propuesto, y condenarme
A un eterno frenesí.

Y siguió diciendo luego
En alta voz con afán,
Queriendo apagar en Flan
De su ardiente amor el fuego.

“Pero ¿es posible, señor,
Que en vos tal pasión exista...?
Haced vuestra alma desista
Para siempre de este amor.

—No, jamás... antes la muerte...
La amo con ardor profundo,
Y no habrá nada en el mundo
Que apague pasión tan fuerte...

Nada hay que considerar:
Si me ama seré dichoso,
Y á ser al punto su esposo
Resuelto estoy: no hay que hablar.

—No hay de convencerle modo,
Dijo Félix para sí:
Casarse intenta, ¡ay de mí!
Con mi esposa, contra todo....

—Y vos, que solo anhelais
Ver á Soledad dichosa,
Que la elija para esposa
Espero que bendigais.

—¡Oh...! sí, señor, ¿cómo nó?
Me es mucho... muy halagüeño...
¡Oh...! sí...sí... tengo un empeño...
Ya veis... pues... al cabo yo...

—Habeis de ser el padrino,
Vos, Félix, de casamiento.
—(Esto mas, ¡oh yo reviento!)
Dijo en voz baja y sin tino.

—Vereis cuan felices, cuanto
Vamos á vivir los dos;
Y cuando nos ceda Dios,
Tengamos hijos... ¡qué encanto..!

—“¡Oh! sí... se supone... pues...”
Dijo Félix conteniéndose,
Y los sus lábios mordiéndose,
“Hijos... si posible es...”

—¿Estais, don Félix en vos...?
¿Cómo, si es posible...? ¡vaya!
Yo espero lo menos que haya
Cada año, sin duda dos.

Pero si no me equivoco
Hacia aquí viene la bella:
Os dejo solo con ella:
Decidla lo que hablé ha poco.

— Ah! no: quedaos aquí,
Que este es el modo mejor
De declararla el amor
Y de que ella os ame, sí.

Que yo con vos estaré,
Y haré porque ella... — Corriente:
Si lo juzgais conveniente,
Con vos, Félix, quedaré —

Y radiante de hermosura
Llegó hacia ellos Soledad,
Como tras la tempestad
Brilla mas la estrella pura.

Y con voz encantadora,
De esta suerte les habló,
Después que les saludó
Con su gracia seductora.

— ¿Qué feliz casualidad
Me proporciona el placer
De llegaros aquí á ver,
Mostrándome tal bondad?

— Querida prima, esta ha sido
Casualidad meditada,
Y en que estás interesada,
Si acaso mal no he entendido.

— ¿Cómo así? — Te lo diré:
El Sr. Flan se ha empeñado
Tanto en mostrarme su agrado
Y benevolencia, que...

— Ya te entiendo: habrá querido
Darte alguna nueva prueba
De su aprecio, que él lo lleva
Al extremo no creído....

— Pues... sí... sí... eso viene á ser...
Pretende, pues me agasaja...
Y luego añadió en voz baja,
Hoy quitarme mi mujer.

— Y yo las gracias le doy
Por favor tan manifiesto.
— (¡Solo me faltaba esto...!
Vamos, pues lucido estoy...)

Br. — El objeto (¡oh ansia impía!)
Que á esta sala me ha traído,
Me interesa... — Y he entendido
Que á tí también, prima mía.

Don Félix interrumpió
Sin dejarle concluir;
Me lo acaba de decir,
Porque uno somos tú y yo.

— No comprendo... contestó ella.
— Sentémonos, Soledad,
Dijo Braulio, y escuchad,
Mostrando siempre alma bella.—

Y don Braulio se sentó
De la jóven tierna al lado,
Y Félix triste y parado
Detras de ellos se quedó,

Fél. — (Nunca, no, en lance tan crítico
Cielos, me he llegado á ver;
Presenciar que á su mujer
La amen, es antipolítico.)

Br. — Al creer que mi confesion
Tal vez podrá disgustaros,
Recelo manifestaros
Lo que anhela el corazon.

Sol. — Al oiros así hablar,
Cualquiera, señor, creeria
Que alguna maldad impía
Me íbais ahora á revelar.

Fél. — (¿Y qué mayor puede haber,
Dijo Félix entre sí,
Que codiciar, ¡ay de mí!
Del prójimo la mujer...?)

Br. — Quizá sea para vos
El secreto, bien querido,
Que hasta hoy ha estado escondido
Entre este mortal y Dios.

Sol. — Don Braulio, me haceis temblar:
Pero por grande que fuera
El delito, lo absolviera
Yo al momento de escuchar.

Br. — Esas palabras valor
A mi corazon infunden.

Fél. — (¡Ay! y en el mio difunden
Un miedo desgarrador...)

Br. — Me acuerdo que os prometí,
Cuando os llegué á conocer,
Por vuestra fortuna ver
Cual lo pudiera por mí.

Y que anhelando el reposo
De vuestra alma tierna y pia,
Dije que os buscaria
Un digno y amable esposo.

Pues bien, el día ha llegado:
El hombre hallé, Soledad,
Que hará la felicidad
Vuestra, si no me he engañado. —

Quedó Soledad estática
A don Braulio al escuchar,
Sin saber qué contestar,
Ni como seguir tal plática.

Pero anhelando salir
Del laberinto fatal,
En que estaba por su mal,
Llegó á don Braulio á decir.

— Os agradezco en el alma
Cuanto haceis por mi ventura,
Por mí, triste criatura
Que antes vivía sin calma.

Mas, señor, si mi presencia
No llega á desagradaros,
Permitid llegue á rogaros
Que pase aquí mi existencia.

Pues mas quiero, no os asombre,
Vivir siempre á vuestro lado,
Y con mi primo adorado,
Que ser esposo de otro hombre.

Fél. — (¡Qué conversacion tan grata,
Don Félix dijo entre sí:
Yo no respondo de mí
Si esta escena se dilata!)

Br. — Me agrada mucho, en extremo
Vuestro modo de pensar;
Y al oiros así hablar,
Menos un desaire temo.

Mi objeto al proporcionaros
Un esposo fiel, rendido,
Creedme, Soledad; no ha sido
El de mi casa alejaros.

Vuestra ausencia, no, jamas;
Antes con aquesta union
Pretende mi corazon
Atraeros mas y mas.

Fél. — (Pues, señor, estoy lucido.
Si mi rostro ahora confronto,
Lo debo tener de tonto,
Pero de tonto marido.)

— El hombre que anhele tanto
Que á vos se una en este instante,
Le conoceis vos bastante,
Y de él sois el dulce encanto.

Es uno á quien apreciáis
Y á quien tratais con cariño:
Hombre con alma de niño,
Y á quien con amor tratais.

En una palabra, un hombre
Que no se halla muy distante
De vos en aqueste instante,
Y vive aquí, no os asombre.

Fél. — (Estoy haciendo un papel
De marido de comedia;
Si el Señor no lo remedia,
Embisto á este hombre cruel.)

Sol. — ¡Gran Dios! qué rayo de luz...!
Si de mi primo será
De quien hablándome está...

Fél. — (Estoy hecho un avestruz.)

Br. — Vuestro primo, Soledad,
Podrá deciros lo mucho
Que sois amada. — ¡Qué escucho...!

Br. — Félix, decid, ¿no es verdad..?

Fél. — ¡Oh! sí, mucho.. (Y yo le abogo..
¡Oh! con mis tormentos lidio...
Hoy cometo un Braulicidio...
Pues si esto dura le ahogo.)

Sol. — (De mi primo habla, no hay duda.)

Br. — (No sé cómo proseguir.)

Fél. — (Hoy este hombre va á morir
Si Dios no viene en su ayuda.)

Sol. — (Aun no me descubre el nombre.)

Br. — (Y bien, bella Soledad.)

Sol. — (Y bien, don Braulio. — *Fél.* — (Piedad
Dadme, Señor, para este hombre.)

Braulio.

¿Nada me decís, hermosa?

Soledad.

Vos sois el que ha de decir.

Braulio.

Mas, sí....

Soledad.

Mas, no...

Félix.

Resistir

No puede mi alma afanosa.

Braulio.

Vuestro parecer aguardo.

Soledad.

Yo espero que me espliqueis...

Braulio.

¿Aun quién es no comprendéis...?

Soledad.

Si no me decís...

Félix.

(¡Yo ardo...!)

Braulio.

Pues ya que hablar es preciso,
Todo á esplicaros voy yo,
Bella Soledad.

Soledad.

¡Ah...!

Félix.

(¡Oh...!)

Braulio.

Oid, pues vuestra alma quiso.

Cuando os ví por vez primera,
Y una relacion cumplida
Me hicísteis de vuestra vida,
Sentí una amistad sincera.

Sentí dentro el corazon
Un afecto indefinible,
Cual de un hermano sensible
Que ama con tierna pasion.

Creí solo profesaros
Un cariño fraternal;
Puro, tierno, celestial,
Imposible de esplicaros.

Pero desde que he podido
Veros tan bella á mi lado,
A otra vida trasportado,
Jóven pura, me he creído.

Mi corazon, Soledad,
Que os idolatraba tanto,
Via una vida de encanto,
De eterna felicidad.

Mas esta pasion que mi alma
No acertaba á definir,
Es amor que ya á sufrir
Me obliga sin paz ni calma.

Sí, Soledad, es amor;
Pero un amor impetuoso
A la vez que respetuoso,
Que me abraza con ardor.

¡Ah! Soledad, si apreciáis
Mi vida en algo, yo os pido
Aquí á vuestros piés rendido,
Que pronuncieis que me amais.—

Don Félix que arrodillado
 Vió á don Braulio, demudóse,
 Y al punto sobre el lanzóse,
 Por la rabia arrebatado.

—¿Qué haceis, señor...? levantad:
 Alzad, le dijo, al instante:

Esa postura humillante
 Os degrada, á la verdad.

—Pero á vos, ¿qué os importa,
 Contestó Flan, mi postura...?

Félix.

(¡Oh! no sé tanta amargura
 Cómo el corazón soporta.)

—Por Dios, señor Flan, alzad:
 La jóven dijo asustada.

Braulio.

No me hará de aquí alzar nada
 Sino un fiel sí, Soledad.

Félix.

(No sé cómo me contengo
 Sin romperle la cabeza.)
 Don Braulio alzad con presteza,
 Que yo un buen fin os prevengo.

Braulio.

¿Cómo...?—Sí; dejadme aquí
 Que yo le arreglaré todo.

Braulio.

De esa suerte me acomodo,
 Dijo, alzándose de allí.

—El Doctor, dijo un criado
 Que llegó entonces á entrar;
 Dice que os tiene que hablar
 De un asunto reservado.

—Decidle que vosle á ver,
 Dijo Flan con mal humor.

Félix.

(¡Si también querrá el Doctor
 Casarse con mi mujer...!)

—Don Félix, siguió diciendo
 Don Braulio, de aquí me alejo,
 Y con vuestra prima os dejo,
 Cuyo amor lograr pretendo.

Vuestra promesa reclamo:
 Decidla que me ame, sí:
 Que ella es todo para mí,
 Y que ardientemente la amo.—

Y sin aguardar respuesta,
Ni creer en su suerte mala,
Salió al punto de la sala
Con planta por demas presta.

Y don Félix, al mirarse
Solo y lleno de dolor,
Empezó con gran furor
Y sin quietud á pasearse.

—¡Oh! Dios mio.... esto es terrible...
Empezó á decir á gritos:
¡Oh...! malditos, sí, malditos...!
¡Vivir así no es posible...!

—Félix... ¡ah...! de penas baste...
¿Qué tienes...? di, ¿qué te pasa...?
—¡Que no se caiga la casa
Para que á todos aplaste...!

Sin libertad, sin ducados...
Sirviendo á un misero ente...
La vida de un dependiente
Es vida de condenados...

—¿No me haces caso, mi amor...?
—¡Oh! que esta casa no se hunda,
Para que al punto confunda
A tí, á mí, á Flan y al Doctor...!

No solo pretende ser
Don Braulio dueño de mí,
Sino, ¡oh ciego frenesí!
Tambien hoy de mi mujer....

—Tú me haces, Félix, llorar...
¿Ya no me amas...? ¿no me quieres...?
¿Indiferente ya eres
Con la que te sabe amar...?

¿No eres tú todo el bien mio...?
¿No estás siempre en mi memoria...?
¿No eres tú el mundo y mi gloria,
Y el dueño de mi albedrío?

—¡Ah! Soledad, Soledad....
Dijo Félix con ternura,
Recobrando su dulzura
Y tierna amabilidad.

¡Perdóname...! te he ofendido
Haciéndote verter llanto....!
¡Ah! perdona...! te amo tanto....
Y tanto, tanto he sufrido.....

¡Que si no te amo preguntas...!
¡Que si no te amo, alma mía,
Cuando por tu amor daría
Todas las delicias juntas...!

—Ahora, sí, que eres mi esposo,
Mi Félix... mi amante tierno...
El hombre que el Ser Eterno
Mandó para mi reposo...

¡Oh! tú me amas, ¿no es verdad...?
Me amas con tierna pasión.
—¿Dudas de mi corazón
Mi adorada Soledad?

—¿Dudar...? ¡oh! no, Félix, no:
¿Y tú, dí, dudas de mí...?
—¿Dudar, hermosa de ti...!
Sería un infame yo.

Ha sido un delirio mío:
Un delirio de mi mente;
Mas Braulio, con alma ardiente
Te ama, y temo un mal impío.

—Hay mas que evitar su vista,
Esta casa abandonando,
Y un cuarto humilde alquilando
Donde yo tranquila ecsista?

¿De qué sirve, ¡oh Dios! vivir,
Sin estar de nada falto,
Si en continuo sobresalto
Le obligan á uno á ecsistir!

Tranquila allí viviré
Sin estas ansias impías,
Y libre cada ocho días
Cual antes, sí, te veré.

Y te podré en mi pasión
Hablarle sin temer nada;
Y tú estrechar á tu amada
A tu amante corazón.

—No, Soledad, no: jamás
Permitiré que por mí
Te prives del bien que aquí
Gozando al presente estás.

Aquí en la abundancia vives:
Aquí de nada careces;
Y tienes cuanto apeteces,
Y agasajos mil recibes.

Allí de todo privada,
Sola, triste y afligida,
Pasarias la tu vida
En llanto amargo anegada.

He sido yo un insensato
En martirizarte ha poco:
Perdóname, estaba loco;
Fué de furia un arrebató.

¿Qué nos importa que Flan
Te ame por siempre rendido,
Cuando yo estoy persuadido
De que es inútil su afán?

Suframos algo; y si un día
Es preciso, le diremos
Los lazos que ambos tenemos,
Y que eres la esposa mía.

Y tal vez entonces él
Viendo lo que hemos sufrido,
Bendiga, reconocido,
Amor tan puro y tan fiel.—

En este instante iba á entrar
Don Braulio, mas se detuvo,
Y tras de la puerta estuvo
Por saber qué iban á hablar.

Sol. —Voy á seguir tu consejo,
No hay por qué perder la calma.
Don Braulio es de noble alma;
No, ya de aquí no me alejo.

—Bien, dijo con alegría
Don Braulio siempre escondido:
Los consejos ha seguido
Del primo; vamos, ya es mía.

Fél. —Te encargo la discrecion.
Br. Vamos, la encarga la calma,
Y que no muestre del alma
La frenética pasion.

Sol. —Vive, Félix, descuidado:
Manejarme sabré bien.

Br. —¡Hola! ¡hola! ella tambien...
Soy un hombre afortunado.

Fél. —Descanso en tal confianza.

Sol. —¡Conque estás seguro ya
De que mi alma te amará,
Porque en tí su dicha alcanza?—

Don Braulio Flan sorprendióse
Tal palabra al escuchar,
Y creyó soñando estar,
Y su rostro demudóse.

Fél —Sí hermosa mia, yo creo
Que me amas ardientemente,
Con la pasion vehemente
Con que amado ser deseo.

Con esa pasion que inflama
El corazon sensitivo,
Con aque se fuego activo
Que tiene el pecho del que ama.

—Pues fresco he quedado ¡oh Dios!

Dijo Braulio confundido:

Los he á mi casa traído
Para que se amen los dos.

Sol. —¿Y quién tiene, dí, derecho
A poseer mi corazón,
Sino tú, cuya pasión
Inflamó mi tierno pecho?....

¿Quién sino tú, cuyo aliento
Hace que aliente mi alma?....
¿Quién sino tú que sin calma
Vives y en crudo tormento?....

—Pues lucido estoy quedando,
Dijo Braulio con furor;
Y conteniendo el dolor
Quedó otro instante escuchando.

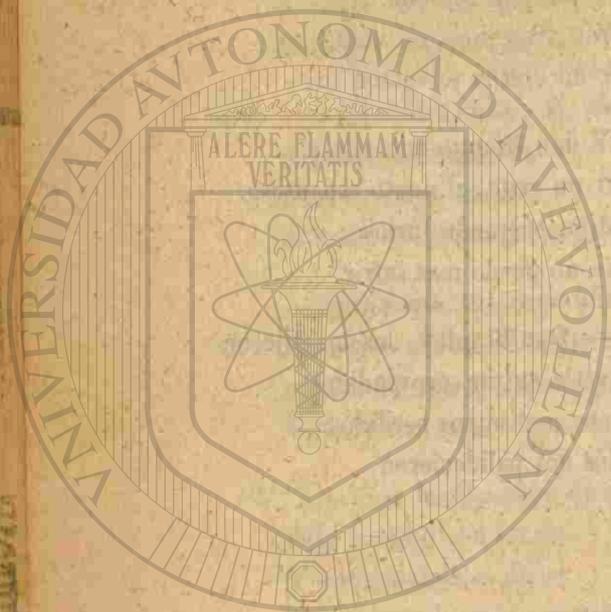
Fél —Los ángeles en el cielo
Gozan solo tal ventura....
Nadie, no, tanta dulzura
Ha conocido en el suelo...

¡Ah! Soledad, por favor,
Jura, cual te juro á tí,
Amar solamente á mí
Con inestinguible ardor.—

Y Soledad, con pasión
Abrazándole rendida,
Dijo: “Lo juro, mi vida,
Por mi eterna salvación”....

Y don Braulio esto al oír,
Dió un grito al punto espantoso;
Y dijo, entrando furioso,
“Ya no puedo mas sufrir”....

—¡Don Braulio... los dos dijeron
Al verle entrar sorprendidos:
Somos ¡ay! somos perdidos;
Y los dos palidieron.



PARTE SEPTIMA.

LA HISTORIA DE UNA MUJER.

Lisonjeras caricias amorosas
Me trajo con su ardor la juventud:
Yo las oí, caricias engañosas
Que llenaron mi pecho de inquietud.

G. GUTIERREZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PASO PRIMERO.

SER VIRTUOSA EN LA DESHONRA.



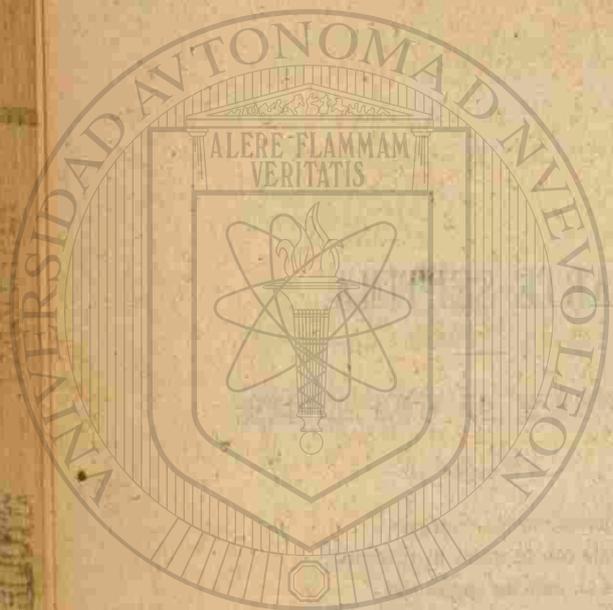
Nací dichosa y en hidalga cuna,
Y hermosas envidiaron mi beldad.

G. GUTIERREZ.

Después de haber sufrido penas muchas,
Y miserias y bárbaros tormentos,
De la Acordada lúgubre y sombría
Salió Luisa, marchito el rostro anjélico.

Encerrada entre aquellas cuya vida
Le inspiraba ya horror y menosprecio,
Vida á la que entregada estuvo ella,
Y que temblaba á su fatal recuerdo.

¡Ay! la infeliz sufría: sí, sufría,
Porque á la virtud santa abrió su pecho,
Y á su pesar veíase obligada
A escuchar horribles juramentos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y de Luz se acordaba: de la jóven
De faz hermosa y candoroso seno:
De la amiga infeliz á quien amaba,
Y temia no verla en este suelo.

“Pobre de mí... esclamaba por la noche!”
Inundada de llanto el mas acerbo:

“¡Pobre de mí, que abandonada jimo
“Sin mi amiga mas pura en este encierro...!”

“Ella será feliz... ella en los brazos
“Se encontrará ahora de sus padres tiernos,
“Y tal vez se ha olvidado de esta pobre
“Con quien vertiera llanto en otro tiempo!...”

“Tal vez creerá que pérfida he olvidado
“Sus saludables plácidos consejos...
“Y vendiendo caricias á hombres viles
“Tal vez me juzga, mi dolor no viendo!...”

“No: nunca olvidaré, querida amiga,
“Tus palabras de amor que tanto aprecio,
“No: tú me hiciste ver la gloria eterna
“Y bajo de mis piés el negro infierno....”

“Tú me enseñaste á aborrecer el crimen
“Tú me hiciste saber cuánto á Dios debo;
“Y borrar las ofensas infinitas
“Con nueva vida de virtudes quiero.

“Como una espacion de mis pecados
“Recibo los presentes sufrimientos....
“Y por eso gustosa los soporto,
“Desagraviar ansiando á Ser tan bueno.

“¿Qué me importa se mofen de mis lágrimas
“Esas otras mugeres cuando rezo?...
“Delante de ellas ofendí al Altísimo,
“Y bendecirle ahora ante ellas quiero.

“¿Por qué rubor me ha de causar amarle
“Y acatarle do quier con pecho tierno,
“Y he de hacer gala de los vicios todos
“Que debiera ocultar con noble empeño?”..

Y de rodillas con fervor entonces,
Elevaba su voz hasta el Eterno,
En medio de las risas y sarcasmos
De las otras mujeres sin respeto.

Asi pasaba la ecsistencia mísera
En aquel triste y maldecido encierro,
Orando siempre y conservando tierna
A su amiga solícita un recuerdo.

Pero el dolor y las amargas penas
Destrozando iban su sensible pecho,
Y su salud robando poco á poco,
Y aniquilando su gallardo cuerpo.

En la miseria allí con un petate
Asqueroso que sírvela de lecho,
Pues petates las camas son que ponen
A las presas lo mismo que á los presos.

Agregado del cuarto á lo mal sano
Y á los malos y escasos alimentos,
La salud quebrataron de la jóven
Y á la muerte miróse á poco tiempo.

Un médico fué entonces á curarla
Viéndola en el peligro mas estremo;
Don Juan de B... de cuya bondad suma
Hablado largamente ya antes hemos.

Poco este sabio y fiel facultativo
En conocer tardó los sentimientos,
De aquella jóven, y en saber la causa
De todos sus terribles sufrimientos.

Ella le abrió su corazon sencillo,
De seguir la virtud mostró su empeño,
Y el médico don Juan al ver sus lágrimas,
De salvarla trató con noble esfuerzo.

—Os daré la salud: díjola un día,
Y á mas la libertad al mismo tiempo:
Los pasos necesarios tengo dados,
Y pronto estareis libre: os lo prometo.

—¡Ah!... sois mi protector...dijo la jóven,
Dios ha escuchado mis fervientes ruegos,
Y á vos os manda como un ángel santo
Que me saque del sucio inmundo cieno.

—He buscado ademas un cuarto alegre,
Prosiguió don Juan B... con dulce acento,
Do vivireis en tanto que consiga
Volvais, ¡oh jóven! al paterno techo.

De San Vicente Paul me han los hermanos
Prometido, sin falta, socorremos;
Y yo ademas una criada honrada
Pagaré que os sirva con respeto.—

Con abundantes lágrimas Luisa
Que arrojaron sus ojos al momento,
Manifestó de su alma sensitiva
El puro y noble reconocimiento.

Poco tiempo despues miró cumplidas,
Las promesas que le hizo el sabio médico;
Y desde entonces en la casa vive
Que le buscara aquel con tierno afecto.

Es un cuarto bonito, alegre y limpio
Donde se nota escrupuloso aseo,
Y cuya entrada mírase adornada
De macetas que cuida con esmero.

Las vecinas que viven en los cuartos
Que al de ella están contiguos, por modelo
La ponen de virtud y de modestia,
Y la hablan y la tratan con respeto.

Un jóven artesano cuya madre
De la sensible Luisa amiga se ha hecho,
Del trabajo al venir todas las noches
La visita y la muestra un tierno afecto.

Vive este jóven en la misma casa,
Mas en el primer piso ó entresuelo,
Lo que hace que le tengan las vecinas
Por hombre que guardar sabe el dinero.

Era Mamerto un jóven de buen rostro,
De elevada estatura y alto pecho,
De modales muy finos, y entre sastres
El oficial mejor y mas lijero.

Luisa notó las lánguidas miradas
Que sin cesar mandábala el maucebo,
Y se asustó, porque notó tenían
Un hechizo para ella y un veneno.

Mil veces quiso desterrar su imájen
De su sensible y amoroso pecho;
Mas cuando mas ansiaba el olvidarle,
Con mas fuerza latia su albo seno.

“¡Ah!...¿qué tiene ese joven, dijo un dia,
‘Cuya mirada resistir no puedo?...
‘Le amaré acaso?...¿amarle!...y tembló toda;
Que verdad fuera la infeliz temiendo.

“‘¿Amarle!... ¿y cómo mi alma se atreviera,
‘A abrigar ese noble sentimiento
‘Hacia un jóven honrado á quien mi vida
‘Le causaria horror y vil desprecio?...

“‘Ah!... no: le olvidaré: ya indiferente
‘Sus palabras oiré y su dulce acento....
‘Yo soy muy criminal, y él inocente....
‘Amarle fuera un loco devaneo...!”

Y desde entonces procuró apartarse
Lo que posible fuera de Mamerto;
Pero este siempre con afan ardiente
Sentábase á su lado afable y tierno,

—¿Os he ofendido, Luisa?...preguntóla
Una noche con triste sentimiento.
¿Os he ofendido para que afanosa
Huyais así de mí que os aprecio?...

—¿Ofenderme!...¡ah!... no: no: dijo la jóven:
Antes yo soy quien teme el ofenderos:
¡Ah!... soy muy desgraciada... y que á vos pase
Esta misma desgracia teme el pecho.—

Y de lágrimas puras á sus ojos
Un raudal se asomó, que con empeño
De ocultarlas trató; pero notólas
Correr en abundancia el fiel mancebo.

—¿Llorais, Luisa, llorais?... ¡ah! cuánto diera
Por saber el motivo verdadero,
Que causa vuestro llanto, bella Luisa,
Para poner á vuestro mal remedio!....

—No lo tienen mis penas: no lo tienen....
Yo vine al mundo á padecer tormentos....
Yo vine á padecer... y hasta la tumba
He de llegar sin disfrutar consuelo!....

—¿Y no me las direis á mí que tanto
Por vuestro bien constante me intereso?...
¡Ah! Luisa, no ocultéis á un fiel amigo,
Lo que sufre vuestra alma en tal momento....

—Es un secreto que á mis padres mismos
No revelara, no; jamás mi pecho.

—¿Y á un amante?... --Tampoco.--¿Y á un esposo?
Quedóse Luisa en sepulcral silencio.

—Luisa, Luisa, callais?... ¡ah!... yo os amo
Con todo el corazón!.... siguió diciendo
El jóven, estrechando entre las suyas
La mano de la hermosa con anhelo.

Si no me despreciáis.... si algun cariño
He logrado alcanzar en vuestro pecho....
No desecheis mi amor... no, amadme, amadme...
Y un ministro nos una del Eterno....

—¿Qué respondeis?... ¿qué respondeis hermosa?...
Miradme á vuestros piés rendido y ciego...
Miradme á vuestros piés!... ¿me amais?... --Os amo!
—¡Ah! bendita seais!... ya nada temo....

—Mas vuestra esposa ser no puedo nunca.
—¡Nunca!... gran Dios, qué escucho! habeis mi
(pecho

Llenado de placer para que sienta
Mas terribles despues ¡ay! los tormentos!

Me habeis llevado cariñosa y tierna
Hasta las puertas del brillante cielo,
Para hacerme caer desde su altura
A lo mas hondo del profundo averno!....

—¡Ah!... Luisa, Luisa, por piedad, decidme
Ese que me ocultais fatal secreto....
Vuestros modales, ¡ay! vuestro lenguaje,
Me muestran que no sois mujer del pueblo!... ®

—Si, sí: yo lo conozco: os he escuchado
Muchas veces absorto y aun suspenso;
Y he temido acercarme á vos, hermosa,
Porque muy inferior á vos me creo.

No lo temais decir: si el infortunio
Y las desgracias y los contra tiempos,
Reducido os han Luisa á tal estado,
Vuestro dolor respetaré yo ciego.

Un artesano soy, sí; un artesano
De humilde y aun de oscuro nacimiento,
Mas que latir un corazón honrado
Siente debajo de un robusto pecho.

“Os amo” me habeis dicho, bella Luisa,
“Os amo” me habeis dicho hace un momento,
Pues bien, si vuestros labios no han mentido,
No hagais que dude de la verdad de ellos...

Si vuestro esposo, Luisa, á ser alcanzo,
En agradaros solo tendré empeño,
Y en desterrar de vos esa tristeza
Que siempre en vuestro rostro la estoy viendo.

¿Temeis que yo publique vuestras penas?...
¡Ah!...Luisa, si leyeráis dentro el pecho
De este hombre que os adora como á un ángel,
Con él no guardaríais tal silencio....

Si verdad fuera que le amais, señora,
La reserva dejaríais al momento;
Y las desgracias todas le contaríais,
Que siempre en el contar se halla consuelo....

—¡Mamerto!...por piedad...dijo la jóven:
No queráis penetrar, no, mis secretos:
¡Ay!....entonces tal vez me aborrecierais...
Y os amo....y me matara ya un desprecio!....

—¿Yo despreciaros?...nunca!..siempre, siem-
(pre
Os he de amar como ahora...os lo prometo;
Y cualquiera que fuese vuestra falta,
Fuera el mismo con vos, Luisa creedlo....

¿Y quién podrá decir que no ha faltado
Jamás á su deber en este suelo?...
Yo veo lo que sois: os he observado;
Y de virtud he visto sois ejemplo.

Nada me importa, no, de lo pasado:
Lo presente tan solo en mi alma peso:
Os amo y vos me amais: pues bien, ¿qué falta
Para naivir felices en el suelo?....

—¿Prometeis perdonarme los errores
Que pesan sobre mí, por mi tormento,
Cualesquiera que sean, y guardarme
En lo que yo os confie un fiel secreto?....

—Os lo prometo, Luisa, dijo el jóven
Estrechando las manos de su dueño:
Hablad, hablad: que el ánima pendiente
De vuestros labios sonrosados tengo.

— Pues bien: os voy á hacer depositario
De todos mis trabajos y tormentos,
De todos mis pesares y mis culpas
En prueba del amor que os profeso.

Os voy á dar un libro, donde escrita
Está toda mi vida con esmero;
Pero no lo leais de mí delante,
Sino á solas, mi bien... de aquí muy lejos.—

Y sacó de un cajon un cuadernito
Con letra clara escrito y con esmero,
Que pálida y temblando, puso en manos
Del impaciente por demas, Mamerto.

— Nunca, Mamerto, maldigais mi nombre,
Si hallais en este libro que os entrego
Algunas líneas que perder me hagan
Ese en que me teneis alto concepto.

No: no me maldigais... compadecedme...
Compadecedme, por piedad, os ruego...
No aspiro ya de esposa al dulce título
Sino á que me guardéis algun aprecio....—

Y dos lágrimas puras y brillantes
Rodaron de sus ojos grandes, negros,
Y conmovido, pero amor jurándola,
El jóven de la estancia salió presto.

Y en cuanto solo se miró en su casa,
El manuscrito abrió, con fuerte anhelo,
Y se puso á leer atentamente
Estas palabras sin perder momento,



“Si escribo mi triste vida,
“Es solo con el intento,
“De que tú, mi Luz querida,
“De quien mi alma no se olvida,
“Sepas todo lo que siento.

“Porque sepas, si algun dia
“Llegase á tí esto que escribo,
“Que para Dios solo vivo;
“Que la virtud es mi guia
“Donde mi gloria percibo.

“Porque quiero hacer patente
“El infinito favor
“Que á tí debo solamente,
“Pues me sacaste clemente
“De la senda del error.

“A tí que viste mi llanto
“Tras el pecado correr:
“A tí que viste mi espanto
“Y mi dolor y quebranto
“Al faltar á mi deber.

“A tí que tierna y benigna
 “Me hablaste de la virtud
 “En medio de tu inquietud,
 “Y no me juzgaste indigna
 “De tu amor, por mi quietud.

“A tí que en el cieno inmundo
 “Al mirarme abandonada
 “Y al crimen vil entregada,
 “Viendo mi dolor profundo,
 “No me creiste malvada.”—

De Mamerto aquí el semblante
 Su color nácar perdió,
 Y detúvose un instante;
 Pero despues prosiguió
 Leyendo mas adelante.

“Ya sabes que la ecsistencia
 “Debo á padres opulentos,
 “A quienes guardé obediencia,
 “Hasta que con indemencia
 “Me trataron y tormentos.

“Tambien sabes que un traidor
 “Me hizo mi casa dejar
 “Mostrándome eterno amor;
 “Mas no te llegué á contar
 “Que decíale *El doctor*.

“Doctor feroz é inhumano,
 “A quien crédula y sencilla,
 “Seguí juzgándole humano,
 “Y que perjuro y tirano
 “¡Ay! me cubrió de mancilla.”

Ha amado á otro, ¡maldicion!...
 Dijo Mamerto abatido,
 Viendo rota su ilusion,
 Por que él habia creído
 Ser su primera pasion.

¡Ha amado á otro; y su inocencia
 Perdió su casa al dejar...
 A otro ha llegado á abrazar
 Y amor eterno á jurar...
 Su amor ¡ay! que es mi ecsistencia....

Y un ¡ay! del alma ecshalando
 Que revelaba el dolor
 Que la estaba devorando,
 La lectura continuando
 Siguió, lleno de temor.

“Hombre fatal que seguí
 “Porque infiel, me prometió,
 “Unirse al momento á mí,
 “Y que despues me dejó
 Sola en medio el mundo, sí....

“¡Sola! ¡ay Dios, abandonada!...
 “¡Sola con mi desventura!....
 “De mis padres detestada,
 “Y á la miseria entregada,
 “Y al hambre y á la amargura!....

“Entonces por no morir
 “De necesidad fatal,
 “Busqué casa do servir,
 “Mas ninguno recibir
 “Me quiso ¡ay Dios! por mi mal!...

“Ninguno, no: y yo moria
 “De hambre, de hambre destructora,
 “Y pan á todos pedia;
 “Y ninguno me creia
 “Tan pobre ¡pena traidora!

“¿Por qué pedís, jóven bella?....
 “Me dijo al fin una anciana:
 “Si la suerte os atropella,
 “Venid á mi casa: en ella
 “La hambre aplacareis tirana.

“Y yo la seguí mirando
 “En ella mi salvacion;
 “Y gracias al Señor dando
 “Con todo mi corazon,
 “Mientras tras ella iba andando.

“Entrad, me dijo, al llegar
 “A una casa miserable;
 “Y al punto llegué yo á entrar,
 “Creiendo dentro encontrar
 “El alimento envidiable.

“Mas ¡cuál mi sorpresa fué
 “Al ver dentro otras mujeres,
 “Que ocupadas las ballé
 “En ilícitos placeres
 “Con hombres que allí miré!....

“¡Ah!...yo me cubrí de horror!....
 “Quise salir al instante;
 “Pero con ciego furor
 “Me detuvo, y con valor
 “La vil anciana anhelante.

“¿A dónde quereis salir
 “Me dijo, pobre mujer?....
 “Aquí teneis que comer;
 “Y fuera vais á morir
 “Como un miserable sér.

“¿En medio de vuestro afan,
 “Hallásteis un ser humano
 “Que os tendiera la mano,
 “Cuando un pedazo de pan
 “Pediais al inhumano?....

"Aquí todo en abundancia
 "Tendreis, que al fin sois hermosa,
 "Vestireis con elegancia,
 "Y alcanzareis con constancia
 "Hacer fortuna cuantiosa.

"Venid, venid á comer,
 "Y dejad todo tormento;
 "Y aquella infame mujer
 "Sació mi hambre en el momento,
 "Y su esclava me hizo ser.

"Ah! Luz querida, perdon....
 "El hambre, el hambre fatal
 "Causara mi perdicion;
 "Y entré en la vida del mal,
 "Y manché mi corazon....

"Vendí caricias sin cuento
 "A hombres impuros, malvados,
 "A los vicios entregados,
 "Hombres, por mí, detestados,
 "Que eran mi horrible tormento....

"Ah!... con ellos yo reia,
 "Poniendo alegre semblante;
 "Y sola despues vertia,
 "Llena de melancolía,
 "Lloro amargo y abundante...

"Me cubria de baldon
 "Mostrando cariño tierno
 "Que me inspiraba el infierno,
 "Y despues al Sér Eterno
 "Le demandaba perdon...."

Creyó Mamerto morir
 Aquí al llegar del papel:
 Fijó los ojos en él;
 Y tras un rato crüel,
 Llegó triste á proseguir.

"Sí, tú miraste correr
 "Mis lágrimas, Luz hermosa,
 "Y ante la imájen preciosa
 "De la Virgen amorosa,
 "Mis culpas aborrecer.

"Tú me viste noche y dia,
 "Despues ¡ay! de á mi pesar
 "Ofenderla el alma mia,
 "Ante sus plantas orar,
 "Porque su enojo temia.

"Yo detestaba la suerte
 "Que á estar allí me obligaba;
 "Mas del hombre me acordaba
 "Que fuera ¡ay Dios! me aguardaba
 "Y no fui á sufrirla fuerte.

"No trato de disculpar
 "Mis delitos de este modo:
 "No: no bastaba llorar,
 "Sino preferir á todo
 "La honra, Luz, sin la empañar.

"Hacer lo que hice, querida,
 "Desde que te conocí,
 "Que aunque me he visto afligida,
 "No he vuelto á empañar mi vida,
 "Pues la muerte preferí.

"¡Luz mia!.... cuánto te debo....
 "Por tí del crimen inmundo
 "Salí en que viví en el mundo,
 "Y de haber pecado llevo
 "Un sentimiento profundo....

"Tú, como yo, desgraciada,
 "Perseguida por un hombre,
 "Te vistes allí llevada,
 "Do jemias encerrada
 "De Dios invocando el nombre.

"Pero tú mas noble y fuerte,
 "No faltaste á la virtud;
 "Y en medio de tu inquietud,
 "Preferiste con quietud,
 "A tu deshonor la muerte.

"Y Dios premió, amiga mia,
 "Ese sentimiento tierno;
 "Y en una noche sombría
 "De la casa os sacó impía,
 "Un ministro del Eterno.

"Y yo procuré os seguir
 "En medio la confusion;
 "Mas no pude conseguir,
 "Pues condenado á sufrir
 "Estaba mi corazón.

"La casa vióse cercada
 "No bien habiais huido,
 "De serenos; y á un herido
 "Viendo á la puerta tendido,
 "La pusieron mas guardada.

"Y á todos sin distincion,
 "Sin que atendieran á nada,
 "Nos llevaron ¡oh baldon,
 "Luego á la diputacion,
 "Y despues á la Acordada!...."

¡Esto mas!.... clamó Mamerto....
 ¡Esto mas!.... cielo divino!...
 ¡Cuán terrible es mi destino....
 Y á pesar de que esto es cierto,
 Yo la amo.... yo la amo fino!...

"Allí me miré encerrada
 "Con las impuras mugeres
 "Que aman inmundos placeres:
 "Viles, despreciables séres
 "De quienes yo ya era odiada.

"Mas aun allí la amargura
 "Fuéme á perseguir fatal
 "Por mi eterna desventura,
 "Y el alcaide, por mi mal,
 "Se prendó de mi hermosura.

"Y al juzgarme una mujer
 "Sin virtud y sin pudor,
 "Un gusto satisfacer
 "Quiso; pero yo á su amor
 "No quise corresponder.

"Esto le irritó al malvado,
 "Y vengarse me juró;
 "Y su palabra cumplió,
 "Pues que alargasen logró
 "Mi prision el despiadado.

"Pero yo al cielo rogué;
 "Y el cielo mi ruego oyó
 "Que yo rendida imploré;
 "Y el libertarme logró
 "El médico don Juan B....

"A este hombre virtuoso y santo
 "La vida y la libertad
 "Debo y fin de mi quebranto,
 "Y á su jenerosidad
 "Esta casa que es mi encanto.

"Aquí vivo retirada
 "Sin que carezca de nada;
 "Pues de Paúl la hermandad,
 "Me manda por caridad,
 "La comida deseada.

"Pero ¡ah Luz!... cuando creía
 "Que iba felice á vivir....
 "Perdóname, amiga mia....
 "Perdona si á descubrir
 "Te llego otra pena impía....

"¡Yo amo!... yo amo!... amiga tierna:..!
 "Compadécete de mí....
 "Amo con pasion interna:
 "Con ardiente frenesi
 "Que hará mi desgracia eterna...

"Amo á un joven en quien miro
 "Honradez, y un corazon
 "De cuya virtud me admiro:
 "Un joven con quien deliro
 "En medio de mi pasion.

“Y él me ama también... él me ama ...
 “Que en sus ojos he leído
 “El fuego que su alma inflama,
 “Aunque procura la llama
 “Ocultar que en sí ha sentido.

“Y esto me causa temor;
 “Pues si al fin á declarar
 “Me llega su tierno amor,
 “Le tendré que despreciar,
 “Y no burlar su candor....

“Si; fingiré que no le amo
 “Sin abusar de su fé;
 “Y este lloro que derramo,
 “Por siempre le ocultaré,
 “Porque amándole le infamo.

“Si; sufriré eternamente,
 “Porque es preciso sufrir:
 “Su pasión pura es y ardiente;
 “Y yo sabré antes morir
 “Que no engañarle vilmente....

“¡Engañar!... no... le adoro--
 “Mucho ¡ay Dios! para engañar
 “Al hombre que es mi tesoro....
 “De él ocultaré este lloro
 “Que ahora llego á derramar....

“¡Mamerto... Mamerto... sí:
 “No es un desprecio cruel
 “El que recibes de mí,
 “Sino el afecto mas fiel
 “Que consagrar puedo á tí....”

Aquí dió fin la lectura
 Del manuscrito cuaderno;
 Y Mamerto con tristura,
 Pensó ya en la criatura
 Que amaba con pecho tierno.

Mas no pudiendo sufrir
 Tantas penas dentro el pecho,
 Quiso un momento dormir;
 Pero no encontró en el lecho
 La calma á tanto sentir.

Y también Luisa sufría....
 También en continua vela
 Pasó ella la noche fría,
 De sus penas centinela
 Y de su melancolía....

Temía ver su pasión
 Despreciada por el hombre
 Que era su dulce ilusión;

Y temía que su nombre
Lo ultrajara con baldon.

Y así pasó la noche
En eternal quebranto,
Vertiendo amargo llanto,
Sin dicha disfrutar.
Y así la halló la antorcha
Del sol bello y radiante,
Sin que su tierno amante
La fuera á consolar....

Y así pasóse el día,
Y así la noche fiera,
Y en vano ve que espera
Al que ama con ardor....
Y teme su desprecio
Cuando por cuatro auroras,
Miró pasar las horas
Ausente de su amor....

Pero la hermosa siempre
Le ve entrar en su casa,
Y que ligero pasa,
Por frente, sin la ver....
Y la infeliz mirando
Que el joven de ella huía,

Piedad á Dios pedia
De tanto padecer.

“¿Por qué, por qué, exclamaba,
“Le dí á leer mi historia?...
“Acaso mi memoria
“Le inspira solo horror....
“Juzguéle jeneroso
“Porque le amaba el alma....
“Mas me dejó sin calma
“É hizo mi mal mayor”....

Así se lamentaba
En su dolor tan cierto,
Cuando miró á Mamerto
A donde estaba entrar;
Y que á sus plantas luego
Echándose rendido,
Llególa enternecido
De esta manera á hablar.

¡Ah!.. perdonadme, Luisa, si he podido
Vivir sin veros en mi ausencia larga;
Pero ¡ah! sabed que os amo como nunca
Des que llegué á leer vuestras desgracias.

El fin de vuestro libro ha sido un bálsamo
Que cerró las heridas que en mi alma
Abrieran del principio algunas líneas
Con el dolor mas horrible trazadas.

Me habeis hecho feliz: sereis mi esposa
Dentro tal vez de muy pocas semanas:
Sí: todo lo he arreglado; y esta ha sido
De no veros hasta hoy, Luisa, la causa.

— Cuán jeneroso sois.... señor Mamerto!...
Mi corazón ¡ay Dios! no me engañaba
Al juzgaros virtuoso como nadie....
Y aun mas de lo que yo me imaginara....

Y de la hermosa á los brillantes ojos
Se asomaron dulcísimas dos lágrimas,
Que á la mano cayeron de alabastro
Que el joven con delirio la besaba....

Ambos eran felices: para amarse
Vinieron á la tierra aquellas almas,
Y embriagados de amor y de delicias
Entre sus brazos tiernos se estrechaban

Y desde aquel instante así amorosos,
Las horas de la noche juntos pasan,
Y esperan con ahinco el feliz día
En que deben unirse sus dos almas.

SEGUNDO PASO.

¡ESTÁ LOGO!....

Son delirios de mi mente.
G. GUTIERREZ.

Rodeada de sus tres hijos
En un estrecho aposento,
Está la hermosa Maria
Con semblante macilento.

Con ambas manos esconde
Su lindo rostro y anjélico,
Para ocultar á sus hijos
El llanto que está vertiendo.

Sentada está en una silla,
Y á los piés de ella están ellos
Agrupados, y guardando,
Triste al verla, gran silencio.

El fin de vuestro libro ha sido un bálsamo
Que cerró las heridas que en mi alma
Abrieran del principio algunas líneas
Con el dolor mas horrible trazadas.

Me habeis hecho feliz: sereis mi esposa
Dentro tal vez de muy pocas semanas:
Sí: todo lo he arreglado; y esta ha sido
De no veros hasta hoy, Luisa, la causa.

— Cuán jeneroso sois.... señor Mamerto!...
Mi corazón ¡ay Dios! no me engañaba
Al juzgaros virtuoso como nadie....
Y aun mas de lo que yo me imaginara....

Y de la hermosa á los brillantes ojos
Se asomaron dulcísimas dos lágrimas,
Que á la mano cayeron de alabastro
Que el joven con delirio la besaba....

Ambos eran felices: para amarse
Vinieron á la tierra aquellas almas,
Y embriagados de amor y de delicias
Entre sus brazos tiernos se estrechaban

Y desde aquel instante así amorosos,
Las horas de la noche juntos pasan,
Y esperan con ahinco el feliz día
En que deben unirse sus dos almas.

SEGUNDO PASO.

¡ESTÁ LOGO!....

Son delirios de mi mente.
G. GUTIERREZ.

Rodeada de sus tres hijos
En un estrecho aposento,
Está la hermosa Maria
Con semblante macilento.

Con ambas manos esconde
Su lindo rostro y anjélico,
Para ocultar á sus hijos
El llanto que está vertiendo.

Sentada está en una silla,
Y á los piés de ella están ellos
Agrupados, y guardando,
Triste al verla, gran silencio.

Un hombre con fijos ojos,
Por los que despide fuego,
Desde un rincón á los cuatro
Observa sin movimiento.

Amarillo tiene el rostro,
Y en desórden el cabello,
Que lácio y largo le cae
Dándole un horrible aspecto.

Desgarrada la camisa
Tiene y desgarrado el cuello,
Y los tirantes caidos,
Y sin cerrar el chaleco.

Está cruzado de brazos,
Como dos canillas secos,
Y de pie como una estatua
Se le ve parado, quieto.

Largo rato hace que están
Los cinco en este silencio,
Dando á entender que están vivos
Solo al respirar su aliento.

“Me es perjura... me ha engañado!”
Dijo al fin con rudo acento,
Dando una patada el hombre
Desesperado en el suelo.

“Pero yo he venido oculto
“A aquí para sorprenderlos....
“Yo sabré quién es... ya que ella
Su nombre guarda en su pecho...”

Y llegando á largos pasos
Hasta Maria al momento,
La dijo, del brazo asiéndola,
En voz baja y con misterio:

“¿Conoces, dime, á mi esposa?...
“¿Ah!... es perjura y yo la quiero....
“La verás... es muy hermosa...
“Va á venir dentro un momento....

“No se lo digas á nadie;
“A nadie... te lo prevengo....
“Porque voy á asesinarla...
“Vengo á matarla resuelto....

“Tiene un amante... ¡un amante...!
“¡Ah!... pero en tanto juguemos;
“¿Sabes jugar?... ¡ah! por ella
“He perdido cuanto tengo!....

“Juguemos, si, amigo mio:
“¡Ay! es mi existencia el juego...
“La sota!.... otra vez la sota...
“¡Oh! es carta que la detesto! ...

—¡Juan, Juan! .. por piedad... ¡oh! escu-
(cha...

Escucha mi triste acento:
Tu mujer te ama ... te adora....
Lo sé, lo sé á punto cierto.

Es muy infeliz ... sí; mucho,
Porque mira tus tormentos:
Tú y sus hijos sois su encanto,
Y es inocente su pecho....

—¿Y tú quién eres, que así
La defiendes con empeño?....

—¡Ah! soy una amiga suya
A quien cuenta sus tormentos!...

Una amiga á quien ha dicho
De do dimanar tus celos,
Y que presencié la escena
Que infelices os ha hecho.

—¿Tú presenciaste la escena
Cuando de la sala huyendo,
Por el balcon salió un hombre
Muy mas que el aire ligero?...

—Yo la presencié.—¿Do estabas?...
—De la misma sala dentro.

—Pues ¿cómo no te ví yo!...
—Porque la ira te hizo ciego.

—¿Y oíste de lo que hablaron?
—Todo lo oí sin recelo.
—¿Y entró él á fuerza hasta allí?
—Entró sin consentimiento.

—¿Dices la verdad?—Lo juro
Ante ese Sér sempiterno.
—¿Cuál es el nombre de ese hombre?...
—Lo ignoro; y esto es lo cierto.

—¡Oh gran Dios! del corazon
Se me ha quitado un gran peso,
Que me oprimia cual losa
Del sepulcro triste, horrendo.

—El entró de ella á pesar;
Mas solo alcanzó desprecios,
Y palabras que irritaron
Al atrevido mancebo.

Y cuande sintió tus pasos,
El balcon abrió ligero,
Y salió por él sin dar
A que le alcanzaras tiempo.—

Pareció quedar tranquilo
Don Juan al escuchar esto,
Y que la calma volvía
A su destrozado pecho.

Mas fijando de repente
Los ojos con aire fiero
En su esposa que le hablaba,
Esclamó con fuerte acento:

— ¡Mentís!... mentís!... miserable!...
Tú me engañas... sí... lo veo...
¡Oh! sí... su muerte es preciso...
Lo mataré sin remedio ...

¿Y estos niños de quién son?...
Dijo acercándose á ellos
Y miránolos furioso,
Y á su esposa sacudiendo.

— ¡Ah!... no los conoces, Juan?...
¿No los conoces?... ¡oh cielos!...
¡Cada día está peor...
¡Cada día!... no hay remedio!...

— Pero ¿quiénes son? .. responde.
Responde ¡infame! ó te pego...
— ¡Papá!... papá!... los tres niños
Asustados respondieron.

No la pegueis... no, papá...—
Y á defenderla corrieron,
Mientras la infeliz Maria
“Son, dijo, tus hijos tiernos.”

— ¡Mis hijos?... ¡ah!... son mis hijos!...
Sí... sí... les conozco... es cierto...
E imprimió de cada uno
En la frente un dulce beso.

Y en sus rodillas sentólos,
El sentándose en el suelo,
Y esta cancion de Zorrilla
Entonó con tosco acento:

“Bailemos, bebámos,
“La vida es muy corta;
“Tal vez nos importa
“Pasarla feliz;
“Y si al fin perdida
“Se llora la vida,
“Gozando se olvida
“Tan lúgubre fin.”

Pero cesó de repente
De dar sus ecos al viento,
Y de pié volvió á ponerse,
Como herido de un recuerdo.

—¿Y á qué habeis venido aquí?...

Dijo despues de un momento,
Mordiendo hasta hacerse sangre,
Los labios pálidos, secos.

Esta es casa prohibida....
Si... es una casa de juego...
¡La sota!... ¡maldita sota!...
¡Me han ganado!... ¡nada tengo!...—

En la pieza entró á este punto
El doctor con paso lento,
Y don Juan precipitado
Sobre él se arrojó al momento.

—Mira: este es, dijo, el infame
Que mi honor puro ha deshecho:
¿Le conoces?... ¡desdichada!...
El mismo te ha descubierto!...—

Miró el doctor á María
Con un semblante severo,
Por ver si habia á don Juan
Sus amores descubierto.

Pero á una seña que ella hizo
Quedó pronto satisfecho,
Y contestó así tranquilo
A don Juan en el momento.

—¿Qué estais hablando, don Juan?...:

¿Qué, no conocéis mi acento?...
Soy el doctor, vuestro amigo,
Que á saber cómo estais vengo.—

Calmóse don Juan entonces;
Y llevándole á un extremo,
Le dijo: “¿vienen por fin?”
Hace gran rato que espero.

No supo el doctor de que
Le hablaba aquel hombre; pero
Contestó el humor llevándole:
“Sí; vendrán... os lo prometo.”

—Pues bien voy hácia la sala:
Dijo don Juan en secreto.
Decidles que ahí los aguardo,
Y fué á la sala lijero.

Al verse libre el doctor
Del esposo de su dueño,
Se acercó á María, afable,
Y con el rostro risueño.

—¿Qué habeis, hermosa María,
La preguntó, al fin resuelto?...
¿Quereis ver á vuestra hija,
O aun despreciais mi amor tierno?...

— ¡Ah! doctor, no habéis de amor
En estos tristes momentos...
No habéis de amor cuando veis
Mi dolor crudo y acerbo!

No; no insultéis mis desdichas
Hablándome de contentos:
No me habéis de vuestro amor
Cuando á él mis pesares debo...

Quando por él ha perdido
El juicio mi esposo tierno,
Y cuando tantas miserias
Por él y desgracias tengo....

Tened compasión si quiera
De estos ángeles sinceros...
De estos de mi corazón
Pedazos que amo en extremo.

¡Ah! doctor, ¿por qué teneis
En que os ame tanto empeño?...
Mirad: mi rostro está ajado
Ya por tantos sufrimientos....

He vertido tantas lágrimas,
Que ya hondos surcos han hecho
En mis mejillas, que pálidas
Revelan mis sufrimientos.

— No, María: mas hermosa
Os miro á cada momento;
Y vuestra melancolía
Hace mas hermosa veros.

Estais pálida, es verdad;
Pero es palidez del cielo:
Palidez de un anjel puro
Entre mil nubes de incienso.

Palidez que da mas realce
A vuestros contornos bellos,
Como es mas bella la Virgen
Pálida al pié del madero.

¡Ah! sí, no puedo pintaros
Cuán hermosa yo os contemplo!
Ni cuánto al veros tan pura,
Os ama mi ardiente pecho!

Amadme, amadme, por Dios....
Amadme por un momento,
Y sucedan á las penas
La ventura y el contento.

Y Carmen tambien, la jóven
Que padece ha tanto tiempo,
A este amor deba su dicha,
A este amor que tanto anhelo.

—¡Ah! doctor, rogais en vano:
No pediros me he propuesto
Por esa hija que tanto amo,
Por que ser fiel he resuelto.

Y porque sé que es inútil
Mostraros mis sufrimientos,
Porque nunca jeneroso
Sereis conmigo en el suelo.

Quereis mi virtud por Carmen....
Me la entregais á este precio....
Paes bien: disponed de mi hija....
A ese cambio no la quiero....

Muera ella jóven con honra:
Sufra como yo sin miedo,
Que si no en la tierra impía,
En la gloria nos veremos.

Esta es mi resolucion:
Estos son mis sentimientos:
Elejid lo que os convenga;
Mas que no me hableis os ruego.—

Quedó el doctor sorprendido
Tales palabras oyendo,
Dudando si era verdad
O algun horroroso sueño.

—Y sabed que si seguís
Persiguiéndome mas tiempo,
Contaré á mi esposo todo,
Y hasta mi crimen horrendo.

Sí: ya basta de bajezas:
Ya basta de sufrimientos;
Porque al colmo han ya llegado,
Y resistir mas no puedo.

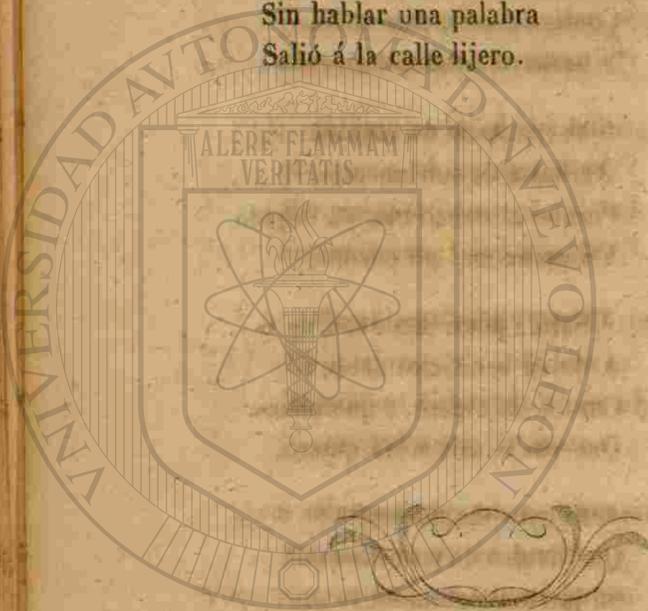
Salid, pues; don Juan de B....
A quien beneficios debo,
Cura á mi esposo, y que piense
Que vos le asistís no quiero.

El ayer me aseguró
Que dentro de poco tiempo
Su juicio recobrará
Perfectamente el enfermo.

Y como el veros seria
Darle á entender que no tengo
Confianza en él, doctor,
Que de aquí salgais os ruego.—

Los ojos del vil amante
Despidieron vivo fuego,
Al verse así despedido,
Pero ocultó su despecho.

Y meditando vengarse
De un modo atroz y sangriento,
Sin hablar una palabra
Salió á la calle lijero.



PASO TERCERO.

LOS ARTESANOS.

Pláceme historias pasadas.
J. AROLAS.

Hemos llegado á los terribles días
De agitacion y de terribles ansias
En que en Méjico los jóvenes y ancianos
Vuelan al grito de la madre patria.

En que ambiciosos pérfidos vecinos,
Que libertad por donde quier proclaman,
El terror esparciendo y el espanto
A otra nacion hacer quieren su esclava.

Pero no cuando fuertes los sus hijos
La defienden unidos porque la aman,
Sino cuando en mil bandos divididos
Sin compasion el seno la desgarran.

No de otra suerte el débil y cobarde
Que teme del contrario la pujanza,
Cuando enfermo le mira, flojo, y triste,
Villanamente le asesina y mata.

Pero aun hay hombres que anhelando fuertes
De su suelo natal la gloria y fama,
Al rededor del pabellon que adoran,
Se reunen valientes, sin tardanza.

Y uno de estos patriotas es don Lúcas.
Un honrado artesano de noble alma,
Que latir siente un corazon de fuego
Bajo el hielo que muestran las sus canas.

Es sastre, y su obrador es visitado
De aquellos elegantes de mas fama,
Y tiene un capital considerable
Y una hija tierna de hermosura y gracia.

A la voz del peligro él fué el primero
Que impertérrito el grito dió de "al arma,"
Y el que á sus oficiales infundiera
De luchar un deseo por la patria.

Así es que en el taller del buen don Lúcas
Solo de guerra y esterminio hablaban,
Y el anciano sentia por sus venas
Correr la sangre con mayor pujanza.

—Señores, dijo un dia en que el peligro
Ya muy cercano y fiero se miraba,
Sera esposo de Elisa, mi hermosa hija,
El que mas valor muestre en las batallas.

Sí, de mis oficiales el mas fuerte,
El que muestre en las lides mas constancia,
Ese ha de ser su esposo, sí, sin duda,
Yo lo aseguro bajo mi palabra."

En los rostros de todos la alegría
Mas viva se pintó y extraordinaria,
Al escuchar que el premio al valor era
La mas linda y mas cándida muchacha.

Así es que cada cual sintió en su pecho
El corazon latir con la esperanza;
Y todos el momento de la lucha
Con indecible anhelo ya esperaban.

—¿Y entran vuestros amigos en el número
De los que al premio aspiran con el alma?
Preguntó un jóven de agradable porte
Que era un buen parroquiano de la casa.

—Por supuesto, don Diego: contestóle
El patriota don Lúcas sin tardanza;
Y en la faz de don Diego retratóse
La señal del valor y la esperanza.

--Yo, dijo un elegante jovencito
Mirándose á un espejo de dos varas,
No soporto el olor de la vil pólvora
Que desde lejos me provoca á basca.--

Y acercóse algo mas hácia el espejo
Y el lazo se arregló de la corbata,
Y retiróse luego, sin la vista
De la luna apartar do se miraba.

Si fuera entrar en lid, en lid de modas
Do se luciera el garbo y la elegancia,
Gustoso aceptaria, bien seguro
De alcanzar al momento yo la palma.

Mas meterse á maton un elegante
Que tratar solo sabe con las damas,
Fuera el mayor absurdo y el delito
Mayor del hombre que las modas ama.

--Pues yo creí que amábais á mi hija.
--Y la adoro sin duda con el alma,
Y prueba mas mi grado de ternura
El horror á la pólvora y las balas.

---¿Os chanceáis, don Arcadio? dijo Diego
Tantas al escuchar necias palabras:
No hay corazon mas noble que el del hombre
Que morir sabe por su madre patria.

---Tiene razon, tiene razon dijeron
A una voz todos con enojo y rabia;
Mas don Arcadio, sin hacerles caso
Volvió el lazo á arreglar de la corbata.

Solo entre aquel bullicio y movimiento,
A un hombre taciturno se miraba,
Detras del mostrador, sin tomar parte
En la conversacion tan animada.

El primer cortador de Lúcas era,
Y en cortar se ocupaba una casaca
En aquellos momentos, para Arcadio,
Que en frente del espejo se paraba.

---¿ Y vos no decís nada don Mamerto?...
Hoy estais muy callado, ¡vaya!... ¡vaya!...!
Dijo don Lúcas: olvidad un rato
A esa linda Lúisa que os abrasa.

Cuando se habla de lides, el primero
Soleis ser vos que toma la palabra,
Mostrando ese ardoroso patriotismo
Que sabeis me enajena y que me pasma.

---Es verdad; mas hay ratos en la vida
En que el dolor al hombre le avasalla,
Y en que su pensamiento, de un objeto,
Aunque procure separar, no aparta.

Vos lo habeis dicho ya: sí, yo amo á Luisa,
Y por eso he callado cuando hablaban
Del premio que alcanzar debe aquel hombre
Que se porte mejor en las batallas.

Y á quedarse volvió triste y callado,
Y prosiguió cortando la casaca;
Y los otros signieron disputando,
Respecto de las modas y las balas.

Han cuatro dias pasado
De aquesta conversacion,
En que don Lúcas su hija
Al mas bravo prometió.

Pero es preciso sepámos
Si de Elisa el corazon,
Era ó no era indiferente
Por entonces al amor.

Sepámos si dentro el pecho
Oculta alguna pasion,
Que la haga vivir inquieta
Por el hombre que adoró.

Entremos, pues, si os parece
A do vive, buen lector,
Si deseais conocerla
Como lo deseo yo.

Pero ¡ah! feliz coyuntura:
En la sala veo á dos
Criados que hablan de Elisa,
Prestemos, pues, atencion.

PASO CUARTO.

Corazon que no has amado,
Tú no sabes el dolor
De un corazon acosado,
Carcomido y desgarrado
Por amarguras de amor.

J. ZORRILLA.

Criado.

Ya deseo llegue el día
En que Elisa esposo y dueño
A elegir llegue, Tomasa,
Y libres ambos quedemos,

De servir á enamorados,
Que son los entes mas necios
Que Dios mandara á la tierra,
Y mas si no dan dinero.

Tomasa.

No menos que tú, Toribio,
Quiero llegue ese momento;

Pero la cosa va larga,
Porque su padre ha dispuesto,

Que hasta que no pase el sitio
Que van á poner á Méjico
Los americanos, nadie
Le hable de asunto tan serio.

—Pues no está, como tú piensas,
Si es así, el día muy lejos;
Porque, segun he oido,
Hemos de escuchar muy luego

Del cañon el estallido,
Que es la señal que el gobierno
Da para que sepan todos
Que se acerca el yankee fiero.

¿Y quién recelas que llegue
A ser su esposo?... Yo creo
Que no será D. Arcadio,
Ese mono bien compuesto.

—¿Quién, el que pasa los días
Mirándose en el espejo?
¿Ese fátuo que cual otro
Narciso, con pecho tierno

Se enamora de sí mismo
Y se juzga tan perfecto,
Que dice que no hay hermosa
Que no se enamore al verlo?...

No es tan tonta mi señora
Que dé la mano á un jumento
Disfrazado, como hay muchos,
En traje de caballero.

—Pienso cual tú: puede acaso
Que se incline á don Mamerto,
Que hace las veces del amo,
Y es patriota verdadero.

—Tampoco; porque aunque es jóven,
Cual dicen, de honra y provecho,
No es propio para marido
Sino para guerrillero.

Siempre pensando en los yankees,
Siempre clamando contra ellos,
Aunque lo veo algo triste
Desde hace muy poco tiempo.

—Pero es valiente el muchacho,
Y á mí me agrada por eso.
Yo de mujer prefiriera
Un hombre aunque fuese feo,

Siendo valiente, á un Adonis
Que huye del agua y del viento,
Y del frio y del calor,
De la niebla y del sereno.

¿Y cuándo mas falta que ahora
Hombres patriotas han hecho?...
Jamás, pues el egoísmo
Hoy reina en todos los pechos.

—Pero todo extremo es malo,
Y debe buscarse un medio:
Un hombre urbano y amable,
Y valiente al mismo tiempo.

—¿Y dónde existe ese hombre?...
¿Le conoces?...—Sí; es don Diego:
Jóven, fino, valeroso,
A la vez que de talento.

Y según noto, mi ama
Le tiene bastante afecto,
Y que será el preferido
Sin duda ninguna espero.

—Sí; porque el tal don Arcadio
Es un fátuo.... mas, silencio,
Que él llega.---Al ruii de Roma
En nombrando asoma luego.---

Y don Arcadio á la sala
Entró en el mismo momento,
Vestido elegantemente,
Y habló al punto en estos términos.

— ¿Está visible, Tomasa,
La bella y sensible Elisa,
O se halla ausente de casa?...
¿Podré mirar su sonrisa
Que en ardiente amor me abrasa?..

— Visible se halla, señor,
Hace larga ya una hora.
— Avisala, por favor,
Que anhelo, pues es mi aurora,
Ver su bello resplandor.

Que salga cual sale el día
Rasgando la niebla oscura,
A dar luz á el alma mia,
Disipando mi tristura
Y mortal melancolía.

— Avisaréla al momento;
Y ven Toribio, conmigo,
Al instante. — Ya te sigo,

Que es servirte mi contento,
Y á darte gusto me obligo.

Y ambos criados al punto
De la sala se salieron,
A á avisar á doña Elisa
Que la esperaba aquel necio.

Y don Arcadio entre tanto
Se puso á verse á un espejo;
Y mientras se componia
Habló entre sí en estos términos.

Bien el negro corbatin
Contrasta con mi blancura:
¿Podrá ninguna hermosura
Resistir á esta figura
Bella, cual de serafin?...

Estos dorados cabellos
Que caen en lijeros rizos
Son tan suaves y bellos,
Y ocultan tantos hechizos,
Que hay mil cautivas de ellos.

¿A esta presencia arrogante
Habrá mujer que resista,
Ni á mi vestido elegante?...
¿Quién al fuego de mi vista
No se rinde en el instante?...

Hermosas conozco mil
Que al mirarme de perfil
Me amaron con desenfreno:
¿Pues qué harán las que de lleno
Mirea mi cuerpo gentil?...

¡Oh! yo espero que mi Elisa
Me ha de elegir para esposo;
Pues no ha de estar indecisa
En preferir este airoso
Jóven de grata sonrisa.

Mas antes que salga á acá,
Peinémonos el cabello:
Con gracia rizado está:
¿Que bien dice mi mamá,
Que soy el jóven mas bello!...

La muchacha es un tesoro
Y es de sentimientos puros:
Y yo con el alma adoro,
Si no á ella, que es como el oro,
Sí mucho á sus pesos duros.

Mas, ¿qué miro?... mis propicias
Esperanzas y delicias
Sale aquí á turbar mi suegro:
Cual si me ahorcaran me alegro:
Vendrá á hablarme de noticias.

Y don Lúcas impaciente
Llegó á la sala afanoso;
Y con afan vehemente,
Hablóle así presuroso
Secándose la ancha frente.

— ¡Oh, amigo Arcadio! bendicen
Mis labios veros aquí;
Vos que venís por ahí
¿Qué es lo que de Taylor dicen?...

— No sé nada. — ¿Estais sin juicio?
— Como no leo el diario...
---Afirma el extraordinario
Las noticias del Simplicio.

Y dice que en la Angostura
A los del Norte tan diestros,
Cuatro cañones los nuestros
Les quitaron con bravura.

Y aunque no es parte oficial,
 Juzgo estos rumores ciertos:
 Mil quinientos son los muertos:
 ¡Oh ventura sin igual!...

Por tal noticia, en mis brazos
 Quiero estrecharos aprisa.
 ---Soltad, por Dios, la camisa
 Me estais haciendo pedazos.

---No cuideis ya vuestras galas
 Ni esa luenga cabellera,
 Que hacen falta en la lid fiera,
 No perfumes, sino balas.

El fuego patrio ahora brote
 En su pecho juvenil:
 Cojed cual yo hago un fusil:
 Desde hoy me dejo el bigote.

Y al yankee vil que triunfante
 Baja talando la tierra,
 Salgamos á darle guerra
 Con el acero tajante.

Y corramos á él derechos
 Despreciando la metralla,
 Que la mas fuerte muralla
 Es la que forman los pechos.

---¿Yo el estruendo del cañon
 Cómo he de escuchar con gusto,
 Cuando me hieló y me asusto
 De cualquier detonacion?...

Mátese quien quiera allá:
 Que á mí me ha criado el cielo,
 Para dar vida y consuelo
 A las jóvenes acá.

---La sangre de oiros arde
 En las venas de este anciano.
 ¿Y os teneis por mejicano?...
 No lo sois, pues sois cobarde.

Y de un cobarde cual vos
 Mi hija nunca será esposa:
 Primero muerte espantosa
 Yo la diera, vive Dios.

Y no mi furia os asombre;
 Mas Elisa no ha de ser
 La esposa de una mujer,
 Sino la mujer de un hombre. ®

---Hombre soy; mas lo confieso,
 No nací para la guerra:
 Amor solo en mí se encierra:
 Soy un hombre cariñoso.

Mi dicha en la paz está
Y en vivir siempre en la corte,
Porque del fiero Mavorte
Que huya, me dice mamá.

--De vuestro temor alarde
Jamás hagais, os lo esijo,
Porque me exalto y me alijo
Al ver un hombre cobarde.

--No soy cobarde, eso no;
Mas si Dios me hizo perfecto,
¿Quereis que salga imperfecto
De alguna batalla yo?...

¿He de perder de un balazo
Medio carrillo ó un ojo?...
¿Yo tan bello, he de andar cojo
Y quizá sin pierna y brazo?

De pensarlo, el corazón
Triste y conmovido está:
¿Yo dejar á mi mamá!...
No tengo entrañas de León.

--Callad, que inspirais desprecio
Con vuestra vil cobardía:
Juzgué que haber no podría
Jamás un hombre tan necio.

Pero con Dios os quedad,
Que yo con mis años mil,
Llevo arrogante un fusil
Por salvar la libertad...-

Y salió de allí furioso
Mostrando su descontento;
Y exclamó Arcadio al momento
Al mirarle ir, sin reposo.

¿Es acaso ya mi suegro...?

Vaya un negro
Y terrible proceder.
Mate quien quiera á su hermano,
Que yo humano,
No he su sangre de verter.

Mas don Lucas con su abrazo,

Este lazo
Desbizo del corbatín.
¡Hombre inicuo!... ¡fatal viejo!..
Al espejo.
Compongámonos en fin.

Pero viendo su camisa
Arrugada y aun el cuello,
Perdió el color y furioso
Dió una patada en el suelo.

¡Oh! me ha hecho infeliz don Lucas!....

Esclamó al fin sin sosiego:
¡Ah!... que me vea así Elisa
De ninguna suerte quiero!....

Volveré dentro de un rato:
Paciencia, paciencia, cielos,
Y salió desesperado
De aquella sala y corriendo.

Y Elisa que todo estaba
Escuchando en tal momento,
Al verle salir, contenta
Salió á la sala sin miedo.

Y sola al mirarse allí,
Y sin importunos necios,
Esclamó de esta manera,
Rompiendo al fin el silencio.

— ¡Ah! ya feliz me juzgo,
Pues que salir le miro....

El alma mia cuánto
Esperando se fuera, ahora ha sufrido!...

Mi mano, ¡oh Dios piadoso!
Sin ver si es mi albedrío,
Cede mi padre al hombre
Que en la lid mas valor muestre y mas brío.

Mis lágrimas son de uno
Y de uno los suspiros,
Que lanza el pecho amante
Entre penas y amores sumerjido.

¡Mi Diego!... Diego tierno!...
¿Do estás que al punto, fino,
A consolar no vienes
Mi tierno corazon de amor herido?...

Y Diego aparecióse
Galante y bien vestido,
Y la mano besando
De su adorada hermosa, así la dijo:

¡Angel de amor!...— Sin sosiego
Esperando me has tenido.
— Perdonas; pues no he podido
A tu lado antes venir.

Que el enemigo se acerca;
Y en arreglar ocupado
Mis arreos de soldado,
No pude hasta ahora salir.

---Gran Dios!... ¿Conque el enemigo
Está ya cerca?... ¿qué escucho!...
--Sí; y no tardará ya mucho
En tronar fuerte el cañon.
A cuyo estallido, todos,
Soldados y nacionales,
Acudiremos leales
A defender la nacion.

---¡Ah!... no se por qué al oírte
Tiembra de temor el alma,
Y de ella la dulce calma
Huye.---Desecha el temor,
Que la victoria es segura.

--¡Gran Dios!... ¿qué es esto?... ¿Has oído?...

--Bravo... sí; es el estallido
Del cañon.---¡Cielos!... ¿qué horror!...

Y el cañon tronó terrible
De armas en la plaza hermosa,
Y toda la gente, ansiosa,
Gritaba "guerra" do quier.
Y las músicas marciales
Por las calles se cruzaron,

Y el entusiasmo aumentaron
De todo viviente sér.

Y las cajas y los gritos
Que asombraban á la tierra,
A la voz de ¡guerra! ¡guerra!
Y de muera el yankee vil,
Por todas partes se oían;
Y en tan terribles instantes,
El valor en los semblantes
Se veía de hombres mil.

Y don Diego entusiasmado,
Al escuchar el estruendo
Del cañon duro y tremendo
Y la música marcial,
Salió al balcon; y á su amada
Que allí pálida yacía,
Estas palabras decia
Con un ardor sin igual.

--Los tambores y cornetas
Van tocando jenerala:
Nada á mi placer iguala:
Asómate por piedad.
Mira en los rostros pintado
El entusiasmo de gloria
Que precede á la victoria:
¡Oh!... ¡viva la libertad!...

—“¡Viva!” contestó don Lúcas
 Que en aquel instante entrara,
 Porque la tienda cerrára
 En cuanto tronó el cañon.
 “Viva, sí; y mueran los yankees...”
 Y de sus sastres cercado
 Que marchaban á su lado,
 A gritar corrió al balcon.
 Y á don Diego dirijiéndose
 Que hácia la calle miraba
 Para ver lo que pasaba,
 Lo llegó tierno á abrazar;
 Y entusiasmado á los gritos,
 Y de guerra al duro acento,
 Lleno de dicha y contento
 Así llególe allí á hablar.

—“Don Diego.”—Señor don Lúcas.

—Ya está cerca el enemigo:

De gusto enloquezco, amigo:
 Marchémonos al cuartel.

—Sí, vamos.—Antes, Elisa,

Manda traer copas y vino,
 Que aquí por la patria fino
 Quiero ahora brindar yo fiel.—

Y Elisa salió al instante;
 Y á poco con seis botellas

Entró un criado, y con ellas
 Seis copas trajo tambien.
 Y á beber todos pusiéronse,
 Y lleno de patrio fuego
 Don Lúcas, dijo á don Diego:
 Brindad, para nuestro bien.

“Sí, brindad: dijeron todos:
 Brindad, don Diego, al instante,
 Vos que habeis siempre constante
 Deseado en lid entrar.”
 Y don Diego las seis copas
 Llenando, dijo al momento,
 Voy á hacerlo con contento;
 Y así se le escuchó hablar.

En alto alzá las copas,
 Valientes nacionales;
 Y firmes y leales
 Digamos con valor:
 Que vivan nuestras bellas:
 Que viva la milicia:
 Que viva la justicia:
 Que muera el invasor.

Y todos repitieron
 Lo mismo que él dijera:
 Los vivas y aquel muera,
 Mostrando noble ardor;
 Mas luego dijo Diego,
 "Don Lúcas falta ahora;"
 Y todos sin demora
 Dijeron sin temor:

"Sí, sí, don Lúcas brinde;
 Y contestó él: "corriente:
 Mi voz intercadente
 Constante ha de decir:
 Al yankee fementido
 Que invade nuestra tierra,
 Hagamos cruda guerra:
 Ser libres ó morir. —

Pero salgamos pronto,
 Que el parche ya nos llama,
 Y el corazón se inflama
 Su ruido al escuchar.
 Mas entonemos antes
 El himno aquí guerrero;"
 Y con acento fiero
 Pusieronse á cantar.



HIMNO GUERRERO.



CORO.

*Corred, mejicanos,
 A la lid volad,
 De sangre enemiga
 Los campos regad.*

I.

A la lid volemos
 Que el cañon estalla,
 Y en ella se halla
 Renombre inmortal.
 Volemos, y audaces
 La muerte sembrando
 Iremos, dejando
 De sangre un raudal.

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

Y todos repitieron
 Lo mismo que él dijera:
 Los vivas y aquel muera,
 Mostrando noble ardor;
 Mas luego dijo Diego,
 "Don Lúcas falta ahora;"
 Y todos sin demora
 Dijeron sin temor:

"Sí, sí, don Lúcas brinde;
 Y contestó él: "corriente:
 Mi voz intercadente
 Constante ha de decir:
 Al yankee fementido
 Que invade nuestra tierra,
 Hagamos cruda guerra:
 Ser libres ó morir. —

Pero salgamos pronto,
 Que el parche ya nos llama,
 Y el corazón se inflama
 Su ruido al escuchar.
 Mas entonemos antes
 El himno aquí guerrero;"
 Y con acento fiero
 Pusieronse á cantar.



HIMNO GUERRERO.



CORO.

*Corred, mejicanos,
 A la lid volad,
 De sangre enemiga
 Los campos regad.*

I.

A la lid volemos
 Que el cañon estalla,
 Y en ella se halla
 Renombre inmortal.
 Volemos, y audaces
 La muerte sembrando
 Iremos, dejando
 De sangre un raudal.

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

II.

Volemos, valientes,
 Que el parche resnena;
 Volemos; ya truena
 Con furia el cañon;
 Y un muro formemos
 Con nuestros fusiles,
 Do encuentren los viles
 Su muerte y baldon.

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

III.

Mirad del Anáhuac
 Las hijas hermosas:
 Mirad cuán gozosas
 Os miran partir.
 ¿Quién hay de nosotros
 Que al verlas serenas,
 No sienta en sus venas
 La sangre ya hervir?

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

IV.

Que murais os dicen
 De mil y mil tiros,

Antes que rendiros
 Al tirano vil.
 ¡Cuánto mas no vale
 Morir de contado,
 Que jemir atado
 Al yugo servil!

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

V.

Corramos y alcemos
 La nuestra bandera,
 Do vese altanera
 El águila estar.
 Bandera que nunca
 Miremos hollada,
 Si queda una espada
 Que aun pueda matar.

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

VI.

Guardándola, fieles,
 El acero insano
 Con fornida mano
 Debemos blándir.
 Y en la negra sangre
 De enemiga jente,

Con furia inclemente
La su hoja teñir.

Coro:

Corred, mejicanos, etc.

VII,

Juremos, patriotas,
Morir como bravos:
Morir sin que esclavos
Lleguemos á ser.
La muerte es la vida
Del hombre audaz, fuerte,
La vida es la muerte
La patria al perder.

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

VIII.

Si un tiempo la tierra
Nos vió divididos,
A todos unidos
Nos llegue á mirar;
Y absorta hoy admire
Que el débil y el fuerte,
Se arroja á la muerte,
La patria á salvar.

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

PASO QUINTO.

UN CARCELERO SENSIBLE.

Así pasan por la vida
Una tras otra ilusion.
G. GUTIERREZ.

En una húmeda pieza oscura y fria
Del resto de la casa separada,
Yace una hermosa jóven encerrada
Sola con su mortal melancolía.

Apoyada en la mano su alba frente,
Pálida un poco, que el pesar revela,
Llorando pasa y en continua vela
Los dias y las noches tristemente.

Mas en medio el dolor, de su honda pena,
Y en medio de las lágrimas que vierte,
La virtud en su faz pura se advierte,
Y la quietud del criminal ajena.

Con furia inclemente
La su hoja teñir.

Coro:

Corred, mejicanos, etc.

VII,

Juremos, patriotas,
Morir como bravos:
Morir sin que esclavos
Lleguemos á ser.
La muerte es la vida
Del hombre audaz, fuerte,
La vida es la muerte
La patria al perder.

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

VIII.

Si un tiempo la tierra
Nos vió divididos,
A todos unidos
Nos llegue á mirar;
Y absorta hoy admire
Que el débil y el fuerte,
Se arroja á la muerte,
La patria á salvar.

Coro.

Corred, mejicanos, ect.

PASO QUINTO.

UN CARCELERO SENSIBLE.

Así pasan por la vida
Una tras otra ilusion.
G. GUTIERREZ.

En una húmeda pieza oscura y fria
Del resto de la casa separada,
Yace una hermosa jóven encerrada
Sola con su mortal melancolía.

Apoyada en la mano su alba frente,
Pálida un poco, que el pesar revela,
Llorando pasa y en continua vela
Los dias y las noches tristemente.

Mas en medio el dolor, de su honda pena,
Y en medio de las lágrimas que vierte,
La virtud en su faz pura se advierte,
Y la quietud del criminal ajena.

Sus bellos ojos, donde brilla el llanto,
Ni un instante la triste los aparta,
De una que besa cariñosa carta
Y cuyas letras calman su quebranto.

Del cuarto en un rincón se encuentra un lecho
Do suele descansar la triste presa,
Y á otro extremo del cuarto hay una mesa,
Que el sitio adornan lúgubre y estrecho.

“Oh, Carlos, Carlos!... sin cesar mis lágrimas
Riegan tus letras que dictó el amor,
Pues ellas son en mi prisión el bálsamo,
Único bien en mi cruel dolor.

Cada palabra, cada letra plácida
Un suspiro le arranca al corazón;
Y mil besos y mil mis labios púdicos
Imprimen en cada una con pasión.

¡Oh, Carlos, Carlos!... si á tu Carmen mísera
La miraras sufrir y padecer....

Si la vieras vivir por siempre amándote
Sin gozar un instante de placer....

Si la vieras, ¡oh Carlos! triste y pálida,
Anhelando la muerte como un bien,
Como anhela llegar el pobre náufrago
Al bello puerto que sus ojos ven....

¡Ay! entonces correrías tú solícito
A consolar á esta infeliz mujer,
Y á libertarla de las penas hórridas,
Y de tanta amargura y padecer....

Vinieras á arrancarla de esta lúgubre,
De esta terrible é infernal prisión,
Do tu memoria ¡oh Dios! es el bien único
Que consuela su triste corazón....

¡Oh!... cuantas de dolor horas sin número
Han pasado de ausencia para mí....
¡Cuántas desde el instante, Carlos, último
En que pasé una noche junto á tí!....

¡Ay! desde entonces las desgracias inferas
Me han perseguido sin tener piedad....
Me han arrancado del hogar pacífico
Donde hoy mi padre vive en ansiedad.

Del lugar de placer do mi Ana célica
Tal vez sucumbe al bárbaro dolor,
De haber perdido á la que fuera su ídolo,
Y á la que siempre la mostró su amor....

Esta es la vida, la existencia tétrica
Que Dios destina á la infeliz mujer....
De penas hondas y dolor un cúmulo....
Ni una ventura... ni un feliz placer....

Baldon, desdichas, por do quiera cécenla,
Tiranía do quier, do quier maldad;
Y aun del amor, sí, del amor anjélico
La privan en el mundo sin piedad....

Es una flor, es una rosa cándida
Plantada solo para hacer gozar,
Pero que puede con dolor satánico,
Cualquiera de su pétalo arrancar.

Puesta al capricho en el pensil florífero
Para el primero que la llega á ver,
Que todos gozan de su olor balsámico,
Cuando solo para ella no hay placer....

¡Mujer!.... ¡pobre mujer!.... tu pecho crédulo
No cree del hombre en la maldad crüel,
No crees su faz afable que es la máscara
Bajo la cual oculta un alma infiel....

No crees que oculta un corazón impúdico
Bajo agradable y plácido exterior,
Ni un alma negra por demas y tábida,
Bajo modales propios de un señor....

¡Pobre mujer!... por eso eres la víctima:
Por eso desdichada eres aquí:
Tuyo del mundo siempre es lo mas árido,
Aunque todos un anjel ven en tí.

¡Cárlas, Cárlas!... ¡por qué mi pecho présago
Que temia un terrible y fiero mal,
No te impidió salir ¡oh Dios! de Méjico,
Do quedaba tu Carmen y un rival!....

¿Por que creistes en el sér malévoló
A quien la vida perdonaste aquí?....
¡Oh!... él engañarte supó, que era un pérfido,
Y descargó su furia contra mí....

Contra mí que te adoro fidelísima:
Contra mí que desprecio de él su amor:
Contra mí que en tí piensa mi alma férvida:
Contra mí que le miro con horror!....

Mas ¡ah!.. se engaña, sí: se engaña el bárbaro
Si cree manchar al cabo mi virtud:
No: antes contenta he de bajar al tûmulo
Donde descansé en eternal quietud.

El corazón de la mujer rectísimo
No logrará infamar ese hombre vil,
Aunque lo mire ante mis ojos rábido
Amenazar mi vida veces mil.

Hallará en este ser de pecho mórbido,
Que el hombre, débil, llámale en su ardor,
Una constancia do su pasión sórdida
Se estrelle sin lograr jamás su amor.

Sí; y tú, ¡oh mi Dios! que desde el cielo nítido,
Cuidas del triste que padece aquí,
Tú que del sucio me sacaste légamo,
Y criaste una gloria para mí:

Tú que siempre cual padre el mas benévolo
Tienes piedad del misero mortal,
Tú me defenderás, tú, Sér Altísimo,
Del hombre que me acosa por mi mal.

Yo que siempre al cerrar mis flojos párpados
Cansados en el día de llorar,
Tu nombre invoco como el bien mas óptimo,
Tu consuelo que imploro he de alcanzar.

Mas si en tu alto saber, Padre amantísimo,
Has decretado que yo muera aquí,
Venga la muerte, que será dulcísima,
Si la recibo por tu agrado, sí.

Y allí del cielo en las celestes bóvedas
Al subir á gozar de tu esplendor,
Una mirada de cariño, lánguida
Mandaré al hombre á quien le dí mi amor...

Y esto al decir volvió á besar ternísima
La carta escrita por su amante fiel;

Y vertiendo quedóse llanto ubérrimo
Sobre las letras que escribiera él.



En esto abriéndose
La puerta sólida,
De aquel cuarto húmedo,
Un hombre entró:
Un hombre rústico
De cuerpo atlético,
De vista fúljida
Que á ella miró.

La jóven célica
Alzóse trémula,
Mirando atónita
A un hombre entrar
Mas conociéndole
Volvió del tétano,
Y en calma plácida
Volvió á quedar.



—Señora, duro tormento
Sufro al veros padecer,
Y quisiera no tener

La obligacion de traer
Para vos el alimento.—

Dijo, en la mesa poniendo
La comida que llevaba,
Y á la jóven que lloraba
Con dulce cariño viendo,
Que con su faz contrastaba.

Sorprendióse al escuchar
Carmen á su carcelero
De aquella mabera hablar,
Y de un alma noble hallar
Bajo un aspecto tan fiero.

Siempre habia en él notado
Cierta consideracion
Que la habia á ella admirado,
Aunque siempre muy callado
Cumplió con su obligacion.

Era, pues, la vez primera
Que hablar á aquel hombre oia;
Y así que se sorprendiera
Estraño sin duda no era,
Cuando mudo le creia.

—Os agradezco en el alma
Vuestra tierna compasion,

Y siempre, si, en su oracion,
Por vuestra ventura y calma
Rogará mi corazon.

—¡Ah, señora!... desde el dia
En que llegasteis aquí,
Sentí dentro el alma mia
Un sentimiento que en mí
Era estraño en su porfia.

Tierna al veros é inocente
Y al capricho de otro ser,
Me acordé de la mujer
Que me echó al mundo inclemente
A llorar y á padecer.

Sí: como á vos, le arrancaron
De la casa paternal;
Y en un cuarto la encerraron,
Donde quitarla alcanzaron
Su pureza virjinal.

Y yo soy el fruto inmundo
De aquella accion fementida
Que nunca mi pecho olvida,
Y de vergüenza la vida
Perdió ella al venir yo al mundo.

Por eso en mi pensamiento
 Concebí la noble idea
 De evitaros tal tormento,
 De que otro hombre no se vea
 Cual yo infeliz ni un momento.

Tal vez no fuera un malvado
 Como soy en este instante:
 Tal vez fuera un hombre honrado,
 Si crimen tan degradante
 Vida no me hubiera dado.

—¿Con que me teneis piedad,
 Y hariais por libertarme?...
 —Cuanto vos querais mandarme,
 Aunque pudiera costarme
 La vida ó la libertad.

Quiero á mi madre vengar
 En el hombre maldecido
 A quien por mi mal me he unido;
 Y mi objeto he de alcanzar
 Porque á ello estoy decidido.

—¡Ah! vos sois mi salvador!...
 Dijo Carmen con placer:
 Sois un ángel que el Señor,
 Al contemplar mi dolor
 Ha hecho aquí comparecer.

¿A don Ramiro Landía
 Conoceis?—Mucho, señora.
 —Pues él hoy mi ausencia llora,
 Porque su alma noble y pia,
 Como á hija suya me adora.

—¿Y qué quereis...?—Que corrais
 A decirle cuanto pasa:
 Que al punto acá le traigais,
 Para que de aquesta casa
 Me saque, y con él vengais.

Despues nada os faltará:
 Sereis dueño de un tesoro:
 Vuestra vida otra será,
 Pues en abundancia el oro
 Mi protector os dará.

—Esta noche á un padre tierno
 Abrazareis, jóven pura.
 Pedid en tanto al Eterno,
 Con un sentimiento interno,
 Fin ponga á vuestra amargura.—

El aliado el alimento
 Sobre la mesa dejó;
 Y del lúgubre aposento
 En el instante salió
 Sin detenerse un momento.

Mas ¡ah! llegó la noche
 Cubriendo con su manto,
 Esta mansion del llanto,
 De penas y dolor.
 Y Carmen con anhelo
 Espera el dulce instante,
 En que á su padre amante
 Conduzca á allí el Señor.

Y tierna no separa
 Los ojos de la puerta,
 Que cada rato abierta
 La juzga en su alto afan;
 Y cuenta los momentos
 Que de esperar le quedan;
 Y así las horas ruedan
 Que llegan y se van.

Mas viendo es media noche,
 Aplica ella el oído
 Por ver si escucha ruido
 Fuera de su mansion;
 Mas todo está en silencio
 E inalterable calma;
 Y siente dentro el alma
 Terrífica afliccion.

Y espera nuevamente
 Con pena dentro el pecho,
 Sentada sobre el lecho,
 Al padre de su amor.
 Mas este no parece;
 Y la infeliz suspira,
 Y á todas partes mira
 Temblando de pavor.

“¡Oh Dios!... dijo cayendo
 Al punto arrodillada:
 De esta hija infortunada,
 Ten dulce compasion.
 Tú que oyes la plegaria
 Del triste desvalido,
 Consuela mi aflijido,
 Mi amante corazon.

Permite que mi padre
 De esta prision oscura,
 Do jimo sin ventura,
 Me saque, Eterno Sér.
 Permite, sí, permíte
 Me estreche entre sus brazos,
 Y al hombre haga pedazos
 Que me hace padecer.”—

Y en esto de la puerta
 Corrieron los cerrojos,
 Y hácia ella los sus ojos
 Volvió con vivo afán.
 Y viendo que ya la abren,
 Hácia ella se abalanza,
 Con plácida esperanza
 De que á salvarla van.

Mas retrocedió al punto
 Con pálido semblante,
 Al ver de ella delante
 Un hombre vil, feroz,
 Que sin decir palabra
 Ni ver de ella la pena,
 Dejóla allí la cena
 Y se salió veloz.

Y detras de él cetrinos
 Dos hombres mas llegaron,
 Que al cuarto penetraron
 Llevando un atahud;
 Y en medio de la pieza
 Dejándolo, salieron;
 Y á ella á encerrar volvieron
 Sin ver la su inquietud.

— ¡Qué es esto que me pasa!...
 ¡Gran Dios!... qué ha sucedido!...
 Sin duda me ha vendido
 El carcelero, sí.
 ¡Ah! ya no hay esperanza...
 No la hay, cielo divino...
 Terrible es mi destino...
 Ten, ten piedad de mí!...

¡Un atahud!... yo tiemblo!...
 La muerte ¡ay! él me anuncia...
 Don Pedro no renuncia
 A su proyecto vil.
 ¡La muerte me prepara!...
 Pues bien, la muerte quiero:
 Que al deshonor prefiero
 La muerte veces mil.—

Por vez segunda entonces
 Se oyó ruido en la puerta;
 Y á poco vióse abierta,
 Y á un hombre al cuarto entrar;
 Y Carmen asustada
 Gritó: “¡don Pedro!... ¡oh cielo!...”
 Y pálida cual yelo
 Llegó al punto á quedar.

—Carmen bella, celestial,
No mi presencia os asuste:
Dejad el temor fatal,
Y no el mirarme os disguste,
Lleno de amor, por mi mal.

Por mi mal, sí: que á Dios plugo
Darme un alma para amaros;
Y cuando anhebo agradaros,
Vos me tomáis por verdugo
Y logro solo enojaros.

Carmen, si solo dolor
Os he causado profundo,
El mío ha sido mayor,
Al mirar que, con mi amor,
Sufrir os hago en el mundo.

Al ver que estoy obligado,
Para no morir de pena
De vos viviendo apartado,
A teneros, despiadado,
Encerrada y de ansias llena.

A pasar continuamente
Las horas tras de esa puerta,
Para observar diligente,
Si el carcelero clemente
Dejar os la quiere abierta.

A no perder ni un acento
De lo que él os hable aquí,
Por si salvar es su intento
A la mujer ¡ay de mí!
Que es mi solo pensamiento....

—¡Ah! ¿luego habeis escuchado,
Dijo Carmen asustada,
Lo que con él he tratado?....
—No he perdido, Carmen, nada
De cuanto aquí habeis hablado.

—¿Y dónde está?... Por el cielo
Decidme do está.—Señora,
Os causará desconsuelo;
Mas su alma en el cielo mora,
Y su cuerpo bajo el suelo.

—¿Le asesinasteis?... ¡Gran Dios!...
¡Ah!... ¡sois un vil asesino!...

—La culpa la teneis vos;
Ser crüel es mi destino
Mientras este no una á los dos.

—¿Yo unirme á vos?... ¡oh!... ¡apartad!...
Apartad, hombre villano:
Sangre tiene vuestra mano:
Sangre que vuestra impiedad
Hoy ha derramado en vano.

—Carmen, Carmen, la virtud
Solo por vos la he perdido;
Y en mi terrible inquietud,
A que elijais he venido
Entre mí y ese atahud.

Sí; pues mi mal os divierte
Y me tratais con rigor,
Daré dolor por dolor;
Elejid entre mi amor
Y vuestra terrible muerte.—

Y Carmen viendo serena
Al que causa su inquietud
Y al atahud que la apena,
Contestó de altivez llena,
Señalando el atahud.

—“Mirad ahí, hombre crüel,
El objeto que he elejido:
Vos que al borde me hais traído,
Abrídmelo ya atrevido,
Para sepultarme en él.

Pensábais que cedería,
Infundiéndome terror!...
¡Qué mal conocéis, señor,
El temple del alma mía...
De mi alma llena de amor!...

He perdido la salud
En esta prision oscura;
Y me ofreceis la ventura...
Ved, prefiero el atahud
A vuestra horrible ternura.

No anhela mi corazon
Mas que bajar á la tumba
Donde acaba la afliccion:
Haced ya, pues, que sucumba,
Que el sepulcro es mi eleccion.

—¿Preferís á mi amor tierno
La muerte con tal quietud?...
—Sí; vuestro amor es mi infierno,
Y puerta del cielo eterno,
Es el lúgubre atahud.

—Vuestro lenguaje me ofende
Como á un villano, señora;
Mas vuestra faz seductora
De mi rigor os defiende,
Porque mi pecho os adora.

Despertado hais mi furor
Con tanto atroz vilipendio;
Pero ha sido á él superior
De mi ardiente y puro amor,
El devorador incendio.

En vos está el que yo sea
 Un virtuoso ó un malvado:
 Un hombre vil ó un honrado:
 Un angel ó un condenado
 Que en hacer mal se recrea.

Por eso ahora decidido
 Vengo á ser lo que queráis:
 Un honrado si me amais,
 O un verdugo maldecido
 Si mi pasión despreciais.

Vengo á brindaros, señora,
 Con la vida y con la muerte:
 Con la buena y mala suerte:
 Con la dicha encantadora
 Y con el dolor mas fuerte.

—Hecha tengo mi eleccion.

Entre mi honra y mi vida,
 Aquella es la preferida:
 La muerte no le intimida
 Al justo de corazón.

—Pensadlo bien, Carmen bella.

—Pensado lo tengo ha mucho,
 Y desprecio esa querella
 Que de vuestra boca escucho,
 Porque me insultais con ella.

—Veo es mi afán infinito
 Para salvaros, en vano,
 Cuando ese Dios soberano
 Tiene por su propia mano,
 Vuestro fin, Carmen, escrito.

En buena hora vuestro pecho
 Elija la tumba triste
 Al nupcial y rico lecho,
 Y mi enojo y mi despecho
 A cuanto amor en mí existe.

En buena hora, si; que ya
 No iré tras de vuestro amor
 Como un necio sin honor:
 Desde hoy mi alma os pagará
 Vuestro furor, con furor.

Si, Carmen: de aquí á un momento
 He de venir á saber
 Vuestro último parecer.
 A daros un fin saugriento
 O á llenaros de placer.

Reflecionadlo, señora,
 Mientras vuelvo á hablar con vos.—
 Y salió sin mas demora

De la prision do ella mora
Y do ruela tierna á Dios.

Mas no bien salió del cuarto
Desesperado, don Pedro,
Quando se halló con un indio
Que aguardaba con un pliego.

—¿Qué hay, José? le preguntó.
—Señor, á entregaros vengo
Esta carta del teniente
Don Severiano Romero.

—¡Ah! ¿es de Puebla?—Si señor.
—A ver; dámela al momento.
Y abriéndola vió que estaba
Concebida en estos términos.

“Señor D. Pedro: El no haber recibido con oportunidad la carta de vd. donde me daba vd. las señas particulares de don Cárlos, ha sido la causa de que este jóven pintor, no haya perecido en el camino, como vd. me ordena, pues él pasó un día antes de que la carta á que me refiero me fuera entregada, y probablemente debe haber llegado ya á esa capital.

Mucho siento este contratiempo; pero deseo que vd. quede íntimamente persuadido, de que la culpa no ha sido mia; pues mi mayor satisfaccion se cifra en dejar cumplidos los deseos de vd., á quien debo todo cuanto tengo y cuanto soy.”

SEVERIANO ROMERO.

La rabia se vió pintada
En el rostro de don Pedro,
La esperanza al ver fallida
Que conservaba en su pecho.

—A ese hombre le favorece
Seguramente el infierno,
Esclamó al fin; pues se burla
De mis mejores proyectos.

Pero yo haré que perezca:
Yo haré, sí, que por mas tiempo
No se sustraiga á mi furia
Y que muera sin remedio.”—

Esta noticia fué á Carmen
Favorable y de provecho,
Pues hizo que se olvidara
De ella un instante don Pedro.

Don Pedro que ardiendo en ira
Corrió en el mismo momento,
A casa de don Ramiro
Por saber si estaba en Méjico

Don Carlos, á quien odiaba;
Y sin pérdida de tiempo,
Mandando poner el coche,
Partió á San Cosme lijero.

PARTE OCTAVA.

AVENTURAS.

Pero si queda vencido,
Arbitro entonces seré,
Del sello de vuestras caras,
Del grillo de vuestros pies.

GERARDO LOBO.

PRIMER PASO.

FORTUNA Y DESGRACIA.

Confieso que para amigos
 Son excelentes algunos;
 Para amantes casi todos,
 Para esposos... ¡abrenuncio!
 M. BRETON DE LOS HERREROS.

En un gran salon reunidos
 Multitud de hombres se hallan,
 Agrupados á una mesa
 Do de jugar no descansan.

Dos mil onzas hay en ella
 Que la ambicion despertaban
 De aquellos que todo pierden,
 Porque desean llevarlas.

Retirados y cesantes
 De raquíticas casacas,
 Y de grasientos sombreros,
 Abundan mucho en la sala.

En pié detras de los otros
Que visten con elegancia,
Y que á la mesa sentados
Juegan sin hablar palabra,

Parecen caricaturas
De algun retablò escapadas,
O esqueletos que han huido
De las tumbas solitarias.

—¿Qué tal le han tratado á vd?
Es la general palabra
Que se dirijen los dichos
De las ya dichas casacas.

—“Me la han arrancado, chico:
No me han dejado ni blanca.”
Es la respuesta que se oye
De aquellas figuras lánguidas.

—Don Juan, sí, que está de suerte:
Dijo uno de cara larga
Y piramidal sombrero
De ala angosta y copa ancha.

—Bien lo necesita el pobre:
Porque en su enfermedad larga
Cuanto ha tenido ha gastado,
Y dé, á que está vivo, gracias.

—¿Y de qué se volvió loco?
—Por su pobreza estremada,
Como nosotros tal vez
Nos veremos si no pagan.

La fortuna que es Maria
Su bella esposa, una santa,
A cuyos cuidados debe
Don Juan la vida y el alma.

De lo contrario hace tiempo
Que en la tumba descansara,
Unico lugar seguro
A donde el hambre no alcanza.

Pero ved, ved el albur
Que de ganar ahora acaba:
Acerquémonos á él
Porque es nuestro camarada.—

Y era cierto que don Juan
No perdía ni una carta,
Aunque sin regla ninguna
Aquella noche jugaba.

Cerca de quinientas onzas
A su frente se miraban
Perteneientes á él,
Todas de entonces ganancia.

El doctor está á su lado
Mal conteniendo su rabia,
Porque tan grande fortuna
Sus planes los desbarata.

Así es que para que pierda
Al fin cuanto allí ganara,
Le hace apostar grandes sumas
Por ver si yerra una carta.

Mas la suerte le protege
A don Juan, y solo alcanza
El doctor aconsejándole,
Que mas poderoso se haga.

Esto mas y mas le irrita,
Y esto mas y mas le arrastra
A hacer apostar al otro,
Y así á que don Juan ganara.

Viendo, pues, que era imposible
Lograr lo que él anhelaba,
Y que don Juan á marchar
Se disponia á su casa,

Levantóse el vil doctor
De su asiento sin tardanza,
Diciendo á don Juan tenia
Un asunto de importancia.

Mas no era asunto ninguno
El que de allí le obligaba
A salir precipitado,
Como don Juan lo pensaba.

Sino el infame proyecto
Con que se inflamó su alma,
De asesinar á su amigo,
Cuando fuera hácia su casa.

Así es que salió lijero
Aun mas rápido que el águila,
Sin que nadie le detenga
El paso en su veloz marcha.

“¡Oh!... su muerte... sí: su muerte
Ésme ahora necesaria!”
Iba el doctor murmurando
Por las calles en voz baja.

Sí, sí, su muerte es preciso;
Y despues de consumarla,
Sin temor que me sorprenda
Iré esta noche á su casa.

Y esa pérfida Maria,
Sin defensa ni esperanza,
Será mia, aunque preciso
Sea al cabo el amarrarla.”

Así iba el doctor hablando
Sin temer á Dios su alma,
Cuando llegó á un callejon
Oscuro cual sus entrañas.

Un hombre de rostro fiero
Envuelto en una frazada,
Bajo un farol que no alumbra
Con una mujer se halla.

Al mirarlos se detuvo
Y sus pistolas prepara,
Por si acaso es mala jente
Que vive de lo que agarra.

Y á poco miró otro hombre
Que hácia los dos se acercaba,
Y que se detuvo un rato
A observar á los que hablaban.

Este nuevo personaje
Iba embozado en su manga,
Sin dejar ver de su faz
Sino dos ojos que abrasan.

La sospecha del doctor
Aumentó tal circunstancia;
Pero pronto vió su engaño
Escuchando estas palabras.

El que allí con la mujer
Bajo el farol se encontraba,
Fué quien dirigió al segundo
Arrogante estas palabras.

—¿Por qué me mira usted tanto?
¿Le cuadro á usted, camarada?
—¿Cuadrarme usted? no por cierto,
Que tiene usted mala cara.

Miraba á vuestra pichona
Que tiene la cara blanca,
Y un piesecito tan mono
Y un pelo largo que encanta.

—¿Y el pelo, diga, compadre,
No le gusta de mis barbas?
—No: que para eso es preciso
Que la ablandeis en la carda.

—Parece es usted muy hombre
A juzgar por las palabras.
—*Su madre* podrá decirlo
Si con mi dicho no basta.

—*La suya:* contestó el otro
Desenvainando la daga,
Y recojiendo en el brazo
Al iostante su frazada.

—Compadre, de usted la vida
Cargo bajo de mi manga.
Repuso el recién llegado
Sacando una gran navaja.—

La mujer así al mirarlos
Con las relucientes armas,
Se puso en medio impidiendo
Que se hirieran ó mataran.

“Marchad por vuestro camino,
Caballero; fué una chanza,”
Dijo al uno; y luego al otro;
Cálmate, por Dios, mi alma.”

Mas ellos no hicieron caso;
Y ciegos los dos de rabia,
Hasta el medio de la calle
Bajaron, sola dejándola.

Y sin temor á la muerte,
Y sin pronunciar palabra,
Furiosos se acometieron,
Alzando en alto las dagas.

Diestros son en el manejo
Los dos de la corta arma;
Y bien los golpes se quitan
Con la frazada y la manga.

El doctor que interrumpida
Por la riña, vió su marcha,
Y temia que don Juan
Huyera en tanto él llegaba,

Acercóse á separarles,
Cuandó uno de ellos, sin alma
Caía al suelo, echhalando
Un ¡ay! que al espirar lanza.

Al verle caer, dió un grito
La mujer muy asustada,
Porque el que cayó sin vida
Era el hombre á quien amaba.

“¡Doctor!...” exclamó el valiente
Que en la cruda lid triunfara,
Al verle el rostro á la luz
Del farol que agonizaba.

—¡Capitan Pablo!... aquel dijo,
Conociendo al que le hablaba.
¿Sois vos?... á buscaros iba
Ahora mismo á vuestra casa.

—Pues os ahorrasteis camino.
Decid para qué hago falta.
Pero huyamos de este sitio
Antes de que llegue el guarda.

—Decís bien: en el camino
Os diré de qué se trata.—
Y ambos de allí se alejaron
En silencio y veloz planta.

No irían del callejón
A cien varas de distancia,
Cuando al sitio de la riña
Acudió corriendo el guarda.

Porque tan prudentes son
Y están con tal vigilancia,
Que nunca saben las cosas
Sino después de que pasan.

—¿Quién ha matado á este hombre
Sobre el cual derramais lágrimas?
Le preguntó á la mujer
Que junto al muerto lloraba.

Y á responder la infeliz
Iba al que le preguntaba,
Cuando lanzaron un grito
Al mirarse ella y el guarda.

—¿Qué ve!... dijo él suspenso.
¿Eres tú?... ¿tú, infame Clara?...
—¡Don Gill!... dijo ella.— Sí; impía:
El usurero es hoy guarda.

Mientras me halagó la suerte
Finjiste tú que me amabas,
Y la atroz noche del robo
Te reías de mis ansias.

Te alzaste del lodo inmundo
Hasta la esfera mas alta,
Y á caer al lodo has vuelto,
Porque es el centro de tu alma.

Tú te burlabas de mí
La noche de mi desgracia:
Tú te burlabas en tanto
Que yo amarrado gritaba.

Pues bien, ahora han cambiado
Los papeles, mujer falsa:
Tú lloras mientras rebosa
La alegría dentro mi alma.—

Y esto al decir tocó el pito;
Y vinieron sin tardanza
Al sitio do estaban ellos,
Fatigados otros guardas.

Y al muerto y á la mujer,
Sin que á esta última escucharan,
Los llevaron; y á ella presa
La pusieron cual malvada.

Esto mientras en la calle
Públicamente pasaba,
Don Juan con seiscientas onzas,
Del juego iba hácia su casa.

Libre de todo temor
Y contento caminaba,
Pensando poner en jiro
Tan apreciable ganancia,

Cuando al torcer una esquina
De una calle solitaria,
Dos hombres le acometieron,
Y le enterraron las dagas.

—¡Ay!... dijo don Juan cayendo
Sin fuerza al suelo de espaldas;
Y los hombres, sin robarle,
Huyeron con veloz planta.

—Y ahora qué hacemos, doctor?
¿Nos vamos hácia su casa?...
—No, capitan; porque temo
Tener de sangre una mancha.

Y podrian descubrir
Si tal cosa en mí notaran,
Que hemos sido los autores
De esta muerte extraordinaria.

No hagamos que las sospechas
Sobre nosotros recaigan.
No: tiempo tendré otro dia
Para vencer á la ingrata.—

Y el capitan y el doctor
Sin temer los molestaran,
Se dirijieron tranquilos
Del segundo á la morada.

SEGUNDO PASO.

LA VIRTUD A PRUEBA.

Y solo ardientes suspiros
 Eran allí su consuelo
 Suspiros que el aura al cielo
 Llevó en invisibles jiros.
 T. R. Rubí.

Han cuatro días pasado
 Desde que á don Juan mataran,
 Y en la calle le encontraran
 Asesinado á traicion.
 Cuatro dias en que en llanto
 Anegada está Maria,
 Sin poder la pena impía
 Sufrir de su corazon.

Es la noche: el sol apenas
 Ocultado tras la cumbre
 Ha su esplendorosa lumbré
 Con nobleza y majestad.

Y á su brillo refulgente
 Le suceden densas nieblas,
 Que cruzan en las tinieblas
 Y aumentan la oscuridad.

En un cuarto reducido,
 Mas con esmero amueblado
 Y muy limpio y aseado,
 Llorando está una mujer;
 Y junto de ella está un hombre,
 Que sin pena ni quebranto,
 Mira su abundante llanto
 Por sus mejillas correr.

Parece ella tan hermosa
 En medio su desconsuelo,
 Un ángel puro del cielo
 Que llora por el mortal.
 Y él en cuya faz se nota
 Un ceño feroz y adusto,
 Semeja al ser que un Dios justo
 Mandó al infierno fatal.

Tierna ella, descolorida,
 Con el rubor en la frente,
 Él encendido, impaciente,
 Lleno de impúdico amor:

Ella pura, él sin pudencia,
Ella cándida, él malvado,
Parece se han enlazado
La ternura y el furor.

— Si en vez de llanto, Luz bella,
Una palabra preciosa
De vuestros labios de rosa
La llegase yo á escuchar;
Feliz seriais, y fuera
Yo tambien, cual vos, dichoso;
Y ambos de amor y reposo
Llegáramos á gozar.

Mas vos os habeis propuesto
Despreciarme y maldecirme,
Y en el dolor sumerjirme
Sin tener piedad de mí.
Y yo me he visto obligado,
Porque á vos, señora, os plugo,
A ser un vil, un verdugo,
En mi ciego frenesí.

Luz, de una palabra vuestra
Está pendiente mi vida,
Y vuestra honra suspendida
De otra mia llega á estar.

Un "sí" vuestro, mi alma toda
Inundará de alegría,
Y una órden terrible mia
Puede vuestra honra manchar.

— ¡Ah!... no sereis tan malvado:
No lo sereis ciertamente
Con esta pobre inocente
A quien destruye el dolor.
Nó lo sereis: que eso fuera
De la infamia el colmo, ¡oh cielo!...
Condenarme en este suelo
A maldeciros, doctor.

Si con la que amais, Dios mio,
Tal delito cometiérais,
¿Qué hicierais, doctor, qué hicierais
Con quien llegáseis á odiar?...
No: lo sé: es una amenaza:
Una amenaza vertida,
Para ver si así rendida
Me llegais hoy á mirar.

— No, Luz: la verdad tan solo
De mi boca habeis oido,
Porque me hallo decidido
Todo obstáculo á vencer.

Y os vereis á una palabra
Que pronuncie, desdichada,
Al momento maniatada,
Sin poderos defender.

Resuelto estoy: sí, resuelto
A obrar de aquesta manera,
Si aun persistís altanera
Mi cariño en despreciar.
Nada hay ya que me detenga
En la carrera del crimen:
Otros la virtud estimen:
Lo que yo anhelo es gozar.

La convicción, pues, Luz mia,
En vuestro pecho hoy ejerza,
Y antes que á la horrible fuerza,
Ceded por la voluntad.

Ceded, sí, ceded, sumisa,
Sin mostrar rigor impío,
Y el ídolo seréis mio,
Si teneis de mí piedad.

— Doctor, os he repetido
Que es inútil tal porfía;
Y que por voluntad mia
No premiaré vuestro amor.

Y si consigue mi ruina
La horrorosa violencia,
Libre estará mi conciencia,
Aunque me mate el dolor.

Habrá la fuerza satánica
Mi tranquilidad robado;
Mas yo no me habré infamado
Correspondiendo á ese amor.
Seré víctima; mas nunca
Una mujer degradada;
Y entre vil ó desdichada,
Ser desdichada es mejor.

— Eso me es indiferente:
Sí, indiferente, Luz mia.
Contestó con sangre fria
El inhumano doctor.
Si he querido persuadiros,
Ha sido por vos, señora,
Pues, Luz, sin remedio ahora,
Teneis que premiar mi amor.

— Antes la muerte. — Imposible:
Porque aprecio vuestra vida,
Y quiero veros rendida
Primero á mi ciego ardor.

—¡Doctor!..—¿Cedeis?..—Nunca, nunca...
—Pues bien: sufrid resignada;—

Y dió una fuerte palmada
En el instante el doctor.

Y á esta seña cuatro aliados
En el aposento entraron,
Y á la infeliz agarraron,
Sin que tuvieran piedad.
Luz gritaba y resistía,
Furiosa, desesperada;
Pero pronto sujetada
Se vió sin su voluntad.

Pareca que ya dispuestos
Esperaban la tal órden,
Porque entraron sin desórden
Y sin nada preguntar.
Y con un ceñidor fuerte
A la jóven amarraron,
Y en el sofá la dejaron
Sin defensa en su pesar.

—Idos ya: dejadme solo:
Les dijo el doctor, con ella;
Y un grito de horror la bella
Dió con él al verse allí.

Y el malvado, sin cuidarse
De su terrible tormento,
Cerró la puerta al momento,
En su ciego frenesí.—

Mas dejemos encerrados
Al doctor y á la infelice,
Que al hombre impuro maldice
Que hácia ella le ve marchar,
Y pasemos á la casa
De don Pedro en este instante,
A donde un hombre, anhelante,
Acaba de penetrar.

—¡Señor!...—¿Qué hay capitan Pablo?
—He estado de centinela
De San Cosme en la plazuela,
Cual me lo ordenásteis vos.
—¿Y bien?—Don Cárlos ha entrado,
Y está en casa de Landía.
—Bien: hoy fin á mi ansia impía
He de poner, vive Dios.

Corred, corred sin demora
Del alférez en su busca,
Porque á Cárlos muerte brusea
Le tenemos hoy que dar.

Corred, corred al instante;
Que yo allí dentro un momento
Iré tambien, pues mi intento
Es su muerte presenciár.

Ya el lugar en que esperarle
Debeis, os tengo marcado.

— Sí señor: nada he olvidado:
Allí le hemos de ásaltar.

— Nada tengo que advertiros:
De vos depende mi suerte.

— Hoy es segura su muerte
Porque yo se la he de dar.

Y salió sin detenerse
El capitán muy lijero,
En busca del compañero
Que debía con él ir.
Y don Pedro entró en su cuarto,
Mejor dicho, el hombre-plaga,
Y cojiendo una ancha daga
Llegó tambien á salir.

PASO TERCERO.

UN ENCUENTRO.

No hay ningún hombre de bien.
T. R. Rubí.

Dos hombres de almas feroces,
En sus jorongos envueltos,
A alguna empresa resueltos
Hablan, sin alzar las voces.

De la Santa Veracruz
En la plazuela se miran;
Y con afán se retiran
A do todo está sin luz.

De diez varas á distancia
Un hombre inmóvil, parado,
En larga capa embozado
Parece está en vigilancia.

Corred, corred al instante;
Que yo allí dentro un momento
Iré tambien, pues mi intento
Es su muerte presenciár.

Ya el lugar en que esperarle
Debeis, os tengo marcado.

— Sí señor: nada he olvidado:
Allí le hemos de ásaltar.

— Nada tengo que advertiros:
De vos depende mi suerte.

— Hoy es segura su muerte
Porque yo se la he de dar.

Y salió sin detenerse
El capitan muy lijero,
En busca del compañero
Que debia con él ir.
Y don Pedro entró en su cuarto,
Mejor dicho, el hombre-plaga,
Y cojiendo una ancha daga
Llegó tambien á salir.

PASO TERCERO.

UN ENCUENTRO.

No hay ningun hombre de bien:
T. R. RUBÍ.

Dos hombres de almas feroces,
En sus jorongos envueltos,
A alguna empresa resueltos
Hablan, sin alzar las voces.

De la Santa Veracruz
En la plazuela se miran;
Y con afán se retiran
A do todo está sin luz.

De diez varas á distancia
Un hombre inmóvil, parado,
En larga capa embozado
Parece está en vigilancia.

Mas de una hora hace que están
Allí los dos sin moverse,
Aunque puede conocerse
En sus rostros su alto afán.

— Que por un hombre cualquiera,
A quien hemos de matar,
Tengamos aquí que estar,
Capitan, me desespera.

Dijo el uno de los dos
De los que ocultos están.
Si Carlos le causa afán,
Con uno sebra, por Dios.

— Ten paciencia, que la paga
Ya sabes que nunca es corta:
Si entre dos que muera importa,
Que su santo gusto se haga.

Obedecer ciegamente
Solo á nosotros nos toca:
Puñalada y punto en boca,
Y que arda Troya, Vicente.

— Tienes razon: soy de cedro.
Ya no digo una palabra:
Pues si él nuestra suerte labra,
Labrémos la de don Pedro. —

Mientras los dos de esta suerte
Hablan en la oscuridad,
El otro con ansiedad
Al lejos un bulto advierte.

Y atentamente mirando,
Quién es para conocer,
Descubre es una mujer
Que á San Antonio está orando.

Una mujer que aflijida
Ante la imájen del santo,
Está derramando llanto
Y rezando enternecida.

Y á la débil claridad
Que la lámpara derrama,
Don Pedro mira en la dama
Una marchita beldad.

Mas procurando alejarla
De aquel sitio do una muerte
Iba á consumarse fuerte,
Al punto se acercó á hablarla.

— Señora, qué haceis aquí
De noche y en tal momento?
— Ruego, porque mi tormento
Dios calme pronto ¡ay de mí!

—De día fuera mejor
Que le rogáseis, señora,
Y que en vuestra casa ahora
Estuviéseis sin temor.

—En mi casa!... no la tengo!...
Vivo de la caridad;
Y por eso la piedad
De Dios aquí á implorar vengo...

Soy una pobre mujer
Que una casa do servir
No he podido conseguir;
Que seria mi placer.

En vano sin descansar
De una casa en otra corro;
Me dan un corto socorro,
Pero sin me destinar. —

Don Pedro que en alejarla
De allí un empeño tenia,
Finjiendo se conmovia,
Así llegó á contestarla.

— Pues Dios á escuchar, señora,
Ha llegado vuestro ruego;
Y á que yo os vuelva el sosiego
Me manda sin duda ahora.

Alzad de ahí en el instante
Y esperadme en San Andrés,
A donde yo iré despues,
Que ahora voy á aquí adelante.

Esta onza tened en tanto,
Y esperadme con paciencia,
Pues que la alta Providencia
Quiere enjague vuestro llanto. —

La humilde mujer se alzó
Del suelo reconocida,
Despues que gracias, rendida,
A Dios por tal dicha dió.

Mas la limosna al cojer,
Los dos los rostros se vieron,
Y los dos un grito dieron
Sin poderse contener.

— ¡Don Pedro! — ¡Matilde!... Cielos!...
— Sí; la mujer desdichada
Que dejaste abandonada
A padecer en el suelo!... ®

La desgraciada mujer
A quien amor la jurasteis
Y á quien despues la dejásteis,
Condenada á padecer.

Aquella mujer que vos
Sedujisteis, hombre impío,
Y que en su atroz desvarío
Faltó á su virtud y á Dios.

La mujer envilecida
Que al ver que madre iba á ser,
Tuvo que huir sin placer
De su familia querida.

Y la que en su mal profundo
Lejos del lugar paterno,
Dió con sentimiento interno
Dos tiernas niñas al mundo.

— Dos niñas, ¿y dónde están?...
¿De ellas, decid, qué habeis hecho?...
Con inquietud en el pecho
La preguntó y con afán.

— La miseria me obligó
A deshacerme de ellas,
De aquellas hijas tan bellas
Que Dios para amar me dió.

— ¡Un crimen!... dijo espantado
Don Pedro y retrocediendo,
El infelice creyendo
Que hubo á sus hijas matado.

— No, don Pedro: ella exclamó:
No me juzgueis tan malvada:
Cada hija mia adorada
En la abundancia quedó.

Que no llegué á abandonar
Esta ciudad maldecida,
Hasta no estar persuadida
Que iban su ventura á hallar.

Pero ¡ay! estaba resuelto
Que sufriera eternamente;
Y otra desgracia inclemente
He encontrado ahora que he vuelto.

Sí; mis hijas que han crecido
Lejos de mí hasta este instante,
Una se huyó con su amante
Y robada la otra ha sido.

— ¡Qué escucho!.. qué escucho!.. oh Dios!..
¡Oh desventura fatal!..
¡Y tal vez no habrá señal,
Que nos descubra á las dos!...

— Sí; mas tal vez ¡cielo santo!
La que les puse al nacer,
La hayan llegado á perder
Al cabo de tiempo tanto.

— ¡Y cuál era, si feliz
Recordáis, mujer leal?...

— Un escudo de metal
Con "mi madre es infeliz."

— ¡Ah!... exclamó lleno de horror
Don Pedro: ¿Los nombres de ellas?...

— Luz y Luisa son las bellas.

— ¡Oh!... maldito sea el doctor!...

¡Maldito!... sí... ¡son mis hijas
Las dos que él ha deshonrado!...

¡Ah!... vuelo desesperado
A su casa... no te alijas.

¡Oh!... su muerte... sí, su muerte
Necesito en tal momento!...
Su fin terrible y sangriento
Calme mi dolor tan fuerte!...

Y acercándose á los dos
Que en la plazuela esperaban,
Les mandó que le siguieran,
Y de allí huyeron con ansia.

Quedó Matilde al mirarles
Alejarse, como estatua,
Dudando de si era cierto
O un sueño cuanto miraba.

Pero cuando quedó sola
Y recobrara la calma,
Buscó la onza que cayera
Al suelo antes de tomarla.

Pronto la encontró á sus piés;
Y cuidadosa guardándola,
Se alejó también Matilde
De allí con lijera planta.—

Mas sigamos á don Pedro,
Que ciego de furia y rabia,
Se dirige del doctor
A la maldecida casa.

A la puerta fuertemente
Con golpes terribles llama,
Y al ver quien es, el portero
La abre sin tardarse nada.

— ¡Está el doctor?... — Sí, señor,
Arriba está. Y sin tardanza
Subió en tres brincos don Pedro
La escalera bastante alta.

—¿Dónde se encuentra el doctor?...
 A otro criado, con rabia,
 Preguntó al mirarse arriba.
 —Está, de Luz, en la estancia. —

Y sin detenerse mas
 Llegó al cuarto que buscaba,
 Y arrojó al suelo la puerta
 Porque la encontró cerrada.

“¡Infame!...” dijo al doctor,
 Que entonces se preparaba
 A deshonrar á la hermosa
 Que se veía amarrada.

Y furioso se arrojó
 Desenvainando la daga,
 Sobre el doctor, que el motivo
 De que fuese así ignoraba.

Pero mirando en peligro
 Su vida, sacó con ansia
 También su puñal, y espera
 A don Pedro que le amaga.

Luz un grito dió de espanto
 A la vez que de esperanza,
 Al verse libre un momento
 Del doctor, y aun de una mancha.

Y sin poderse mover
 Del sofá do se encontraba,
 A presenciar la atroz lucha
 Se puso sin paz ni calma.

Mas dejemos al doctor
 Y á don Pedro ardiendo en rabia,
 Con las armas en el aire,
 Y pasemos á otra casa.



Mas tanto padecer y tanto lloro
No pudieron su imájen destruir!
G. GUTIERREZ.

Sentado en una silla y abatido
Félix en casa de don Braulio se halla,
Fijos los ojos en la triste vela
Que alumbra moribunda la ancha sala.

“Insensato de mí!... ¿de qué han servido
Tantos años de afán, el triste esclama,
Y de trabajos y de horribles penas
Sin un momento disfrutar de calma?...”

Heme aquí sin destino, sin apoyo,
Y con baldon lanzado de la casa,
Por un amo crúel que á mis esfuerzos
Debe en parte el caudal que jira y gasta.

Heme aquí de un capricho vil juguete,
De una pasión quimérica é insana,
Y olvidados por ella los servicios
Y mis tormentos y vijilias tantas.

¿Adónde, adónde he de ir, cuando parece
Que el dependiente lleva una honda marca
En la frente, que dice que *es esclavo*
Del hombre á quien servir fielmente trata?...

¿Es acaso un delito, es algun crimen
Ser dependiente, y abrigar un alma
Que ver no pueda indiferente y fria
De una mujer anjelical las gracias?...

¡Ah!... todo lo he perdido en un instante!...
¡Todo!... sí... hasta la plácida esperanza!...
Renunciar es preciso á la ventura
Y al peso sucumbir de la desgracia!...

¡Y mi mujer!... ¡mi Soledad querida!...
¡Mi existencia, mi bien... la alma de mi alma!...
¡Desventurado!... separarme de ella
Es preciso y aquí sola dejarla!...

Sola, sí; pues no quiero que conmigo,
Ya que la suerte mia es tan precaria,
Tenga la pobre que vivir por siempre
A la miseria horrible condenada.

No: viva ella feliz en este mundo:
Del hombre sea que riquezas guarda,
Y yo que de su dicha soy escollo,
Pondré fin á mi vida desgraciada.

Sí: la muerte es un bien para el que sufre:
Para el que vive, como yo, sin calma;
Y con ella felices á otros séres
Hace que existen entre crudas ansias.

Sí: del ardiente sol la luz primera
Lejos del sitio donde está mi amada,
Un cadáver horrendo, frio y pálido,
Alumbrará, sin compasion, mañana. —

De Soledad la voz se oyó á este tiempo
Que de Félix el nombre pronunciaba,
Y á muy poco corriendo y alijida
Salió á donde él tan triste se encontraba.

—¡Ahl... todo, Félix, todo lo he sabido;
Abrazándole dijo con tierna ansia:
Te despide don Braulio, te despide,
El mismo me lo ha dicho, de su casa.

Mas no debe causarte esto tristeza,
Sino placer como el que á mí me causa:
Placer porque así libres nos veremos
De su pasion, por nuestro mal, volcánica.

Pretende separarnos: arrojarte
De esta mansion, ya para mí satánica,
Procurando que quede con él sola;
Mas ¡ahl... cuánto, mi Félix, él se engaña!...

Desde hoy vivir no quiero con ninguno,
Sino contigo á quien mi pecho ama:
Contigo, cuyos pasos siempre, tierna,
He de seguir por donde quier que vayas.

¿Quién te queda en el mundo, amado esposo,
Sino aquesta mujer que te idolatra?...
¿Quién, si yo te abandono, ha de cuidarte,
Ni ha de enjugar tus amorosas lágrimas?...

No: jamás dejaré tu compañía:
Ese monstruo sabrá cuánto te ama
Esta infeliz mujer que le aborrece
Porque mi ruina con la tuya labra.

Tu misma suerte debe ser la mia:
Que te ame el cielo, sin cesar, me manda;
Y este mandato es demasiado grato
Para que sorda á mis deberes me haga.

Mi deseo es seguirte á donde fueres,
Y oír á cada instante tus palabras;
Y morir á tu lado, consagrándote
Hasta la muerte la pasión de mi alma.

No logrará don Braulio que me quede,
Cuando á tí de su lado te separa;
A tí que por mi amor tanto has sufrido:
A tí que infeliz eres por mi causa.

—¿Qué delirio es el tuyo, hermosa mía?...
No: tú debes quedarte en esta casa:
Tú no debes seguir á un desdichado
Que hacer no puede por tu bien ya nada.

¿Por qué tiembles, hermosa, por qué tiembles
Soledad, y te miro triste y pálida?...
¿Qué peligros nos cercan?... ¿no me miras
A mí contento y con quietud el alma?...

¿Temes, Soledad mía, me suceda
Alguna nueva y hórrida desgracia?...
No: desde hoy conclusion tendrán mis penas;
El sol, tranquilo me verá mañana.

Solo pedirte, Soledad querida,
Quiero, por la vez última, una gracia.
Dí, ¿me la negarás?...—¡Ah!... ¿qué podría
Negarte yo, cuando te adoro?... habla.

—Nada: lo sé: pues bien, sabes que tengo
Que abandonar por siempre esta morada,
Y con ella al sér bello que idolatro,
Como á un ángel del cielo se idolatra.

Por este mismo amor yo te prohibo
El que abandones esta hermosa casa,
En donde siempre has de vivir siquiera,
Si no feliz, sin que te falte nada.

Pero también te ruego, hermosa mía,
Que al escuchar mi nombre donde te hallas,
De compasión interna me consagres
Un recuerdo amoroso y una lágrima.

¡Ay! á lo menos esta dulce idea
Que lleve de tu amor, idea plácida,
El último consuelo será y único
Que al espirar ecsistirá en mi alma.

—No sé que noto de siniestro, Félix,
Que de espanto me llena, en tus palabras.
¡Ay!... qué misterio encierran tus acentos?...
Félix, por compasión... por piedad, habla.

¡Ah! me quieres dejar sola en el mundo
Al infortunio bárbaro entregada...
¡Ah, Félix! sí; mi corazón amante
El fin sangriento tuyo me presajia...

Mas no: jamas he de dejar tu lado:
 ¿Quieres verme infeliz.... desesperada?...
 ¡Ah!... ¿qué será de mí cuando me vea
 Del hombre á quien adoro, abandonada?...

—Ved á qué las promesas se reducen
 De los amos crüeles que nos mandan...
 Dijo don Félix, sin haber oido
 De Soledad las últimas palabras.

¡Y quieren vijilemos por sus bienes!...
 Cuando ellos ¡ay! sin compasion nos tratan!...
 He aquí mi recompensa: la miseria
 O la muerte fatal... ved mi esperanza.

—No vuelvas, Félix, por piedad, no vuelvas
 A pronunciar esa última palabra...
 Esa palabra muerte, que la sangre
 Ha helado que en mis venas circulaba.

A pronunciar no vuelvas, no, si quieres
 Que no muera de pena al escucharla...
 No: no te dejaré jamas: lo juro:

Soy tu mujer... soy tu mujer, y basta.

Mas quiero todas las desdichas juntas
 Contigo, Félix, porque el pecho te ama,
 Que todas las venturas de la tierra
 Si tengo de vivir de tí apartada.

—Sosiégate, sí, Soledad: no tiene
 Porque azorarse tu sensible alma:
 Te he dicho que feliz seré muy pronto;
 Y que ningun peligro me amenaza.

—¿Ninguno?... Pues bien, Félix, te lo creo;
 Mas que te crea solo, no, no basta
 Para quedarme aquí: yo he de seguirte;
 Y variar no me hará, te juro, nada.

—No: nunca Soledad, consentir puedo
 Que de aquesta mansion hermosa salgas;
 Pero si á mi pesar, tú me siguieses,
 Creeria que era porque no me amabas.

Siquiera este placer, Soledad, dame:
 No te vea sufrir mas por mi causa...
 No siempre desgraciados viviremos...
 La ventura tal vez está cercana.

—Tú mismo no lo esperas, y tan solo
 Lo dices por calmar mis duras ansias.

—No: Soledad, mi corazon me anuncia
 Que venturosos dias nos aguardan.

—Pues ¿por qué tanto empeño en que me quede,
 Y en que contigo, á donde vas, no vaya?...

—Porque verte á mi lado padeciendo
 No quiero ya, pues tu dolor me mata.

Porque no quiero verte melancólica....
 Porque no quiero ver correr tus lágrimas...
 Y porque, en fin, seré mas venturoso,
 Que vives tú sabiendo en la abundancia...

Esto es en tanto busco yo un destino
 Para pagar una pequeña casa:
 Porque ahora, Soledad, ¿cómo te llevo,
 Cuando me encuentro, en mi dolor, sin nada?...

— Pero si ¡ay Dios! de México te ausentas?...
 ¡Si me olvidas!... — Jamas!... dentro del alma,
 Tu imájen, Soledad, está muy viva...
 ¡Olvidarte!... yo te amo como me amas!...

No: en pocos dias hallaré destino
 En esta capital... la Virgen santa
 Que al desdichado ayuda cariñosa,
 Mis ruegos ha de oír, esposa amada.

— ¿Por qué, Félix, por qué tu tierno pecho
 Con esa vehemencia ardiente me ama?...
 Para que siempre desdichado seas
 Que por mí te intereses solo basta.

— Yo desdichado!... yo!... cuando mi suerte
 Envidia á todos en el mundo causa...
 Cuando eres mía, y con afan procuras
 Calmar mis penas y enjugar mis lágrimas!...

¿De qué á don Braulio sus riquezas sirven?...
 ¿Su magnífico tren?... su ajuar?... de nada!...
 Por una tuya plácida sonrisa,
 Todo al instante, todo lo cambiara...

¡Y que soy desdichado, dices, bella!
 Mas ¡ah! que el tiempo sin descanso pasa...
 Voy á arreglar mis cosas... hasta luego...
 Soledad, sin cuidado ya descansa.

— ¿Te vayan pronto, Félix?... — Sí; es preciso:
 De aquí quiero salir á hora temprana;
 Pero antes quiero, Soledad hermosa,
 Que me des un abrazo, mujer cándida,

— ¡Ah!... sí; y en él mi amor y mi existencia,
 Y si es posible, mi sensible alma...
 — ¡Y el último será!... dijo don Félix
 Entre sí, con tristeza, al abrazarla. —

Y despues de un instante de silencio
 Mas elocente aún que las palabras,
 Félix salió con paso presuroso,
 Dejando á Soledad vertiendo lágrimas.

“No sé gran Dios que noto yo en su rostro,
 Dijo al quedarse sola, que me espanta...
 Ese abrazo tan tierno... esas caricias...
 ¡Ah!... yo tiemblo... yo tiemblo... desdichada...”

Un terrible y fatal presentimiento
 Me oprime el corazon y me acobarda;
 Y la infeliz cayendo de rodillas,
 Esta oracion alzó sobresaltada.

“Madre de eterno amor, Virjen Maria,
 Tú que ves de mi pecho la agonía
 Que me hace padecer,
 Ten piedad de esta tu hija infortunada,
 A quien el mundo deja abandonada,
 En medio del peligro á perecer.

“Ten piedad, ten piedad: mira mi llanto
 Correr por mis mejillas, del quebranto
 Mostrando la señal.
 En tus manos se encuentra mi destino:
 Mi fuerza es poca, tu poder divino,
 Y tu cariño inmenso hácia el mortal.

¡Ah!... consuela tú mi alma, Virjen pura,
 Vela sobre mi esposo de tu altura,
 Madre de bendición.
 No le abandones, madre, ni un momento,
 Y para padecer préstame aliento;
 Y alcance, si te ofendo, tu perdon.”

¡Ah!... parece, exclamó del suelo alzándose,
 Que la tranquilidad torna á mi alma;
 Y ese bien ¡ay! que al invocar sentimos
 El nombre tierno de la Virjen santa.

Y á salir de aquel sitio la infelice
 Agarrando la luz se preparaba,
 Cuando don Braulio entró sumiso y tierno,
 Mas con risueño rostro, á donde estaba.

Soledad, sin duda
 Que el mirarme aquí,
 Ha de sorprenderos
 A hora impropia, sí.

Mas cuando yo os diga
 Que el deseo en fin
 De ver á don Félix
 Contento y feliz,

Me guia á esta sala
 Do que os ama ví,
 Espero que tierna
 Me hais de recibir.

— ¡Ah! hablad: nada: nada
Me interesa á mí
Tanto cual la dicha
De ese hombre infeliz.

Sabéis ya, don Braulio,
Que le debo mil
Atenciones finas
En el mundo vil.

— Lo sé; y por lo mismo
Vengo á corregir
El mal que he causado
Bello serafín.

Vengo á proponeros
Un medio feliz,
Por el cual se quede
Para siempre aquí.

— ¡Ah! y ¿cuál es, don Braulio?
¿Cuál es, ah! decid;
Decid, que no hay cosa
Dura para mí.

— Una sola puede
Salvarle, ¿lo oís?
— Y es ¿cuál?... — Olvidarle
Para siempre aquí.

Que no le ameis tierna
Con pasión sin fin,
Soledad hermosa....
Que no le ameis, sí.

— ¿Qué no le ame!... cielos!...
¡Que no ame pedís
Al que es mi existencia...
Mi hermano... ¡ay de mí!...

¡Que no ame al fiel hombre
Que tanto á sufrir
Por mí en este mundo
Llegó el infeliz!....

No: nunca... primero
Vereisme morir....
Yo le amo... yo le amo
Con fiel frenesí.

— ¡Ah!... cuánto os envidio
Don Félix, aquí!....
Yo soy desgraciado....
Vos sois el feliz!....

— ¡Envidiar á un hombre
A quien despedís
De la vuestra casa
Como á cosa vil!....

¡A un hombre sin bienes,
Con tormentos mil,
Que mas bien no tiene
Que mi amor aquí!....

— ¡Oh! cuánto, señora,
Le amais... — Mucho, sí:
Pues mi amor ya raya
En el frenesí.

— Le amais cual os amo,
Bello serafin....

— No: mucho mas grande
Es mi amor, ¡oh! sí.

— ¡Imposible! — Bueno:
Si como decís
Me adorais, don Braulio,
Mis ruegos oíd.

Dejad á don Félix
Que se quede aquí,
Y una amiga tierna
Hallareis en mí.

— ¡Oh! eso es imposible!...
¿Podria yo oír
Las tiernas palabras
Que os dirija aquí?...

¡Cómo las caricias
Podria sufrir
Que él os prodigara,
Bello serafin!....

Querer mi desgracia,
De mi vida el fin,
Soledad, es eso,
Mi muerte infeliz!...

No: solo ese medio
Os queda ya aquí,
Su olvido ó su marcha,
Al punto elejíd.

— ¡Conque no hay remedio?...
¿Mi tanto sufrir
No ablanda ese pecho
De duro marfil?...

¿Mis lágrimas tiernas,
Mi tierno jemir,
En vuestra alma no hallan
Compasion feliz?....

¡Ah!... nunca, no, nunca
Me amásteis!... mentís...
Que al objeto amado
No se hace sufrir.

— Que nunca os he amado!...
 Y ¿quién ¡ay! decid,
 A ser inhumano
 Me obliga hoy aquí?...

Este amor fogoso...
 Este frenesí...
 La pasión sin límites
 Que en mi alma sentí...

— Y sois insensible
 A mis ruegos mil!...
 Ablándeos siquiera
 El mirarme aquí,

Puesta á vuestras plantas...
 Ablándeos, sí,
 Verme arrodillada
 En medio el sufrir.—

A este tiempo Félix
 Entróse hasta allí;
 É hincado al mirarla
 La alzó, y la habló así.

— ¡Oh! alza del suelo: deja esa postura
 Que de ira me llena, mi fiel Soledad:
 No estés á las plantas de un hombre inhumano
 Que júbilo siente mirando tu mal.

— ¿A qué vienes, Félix? ¿A qué vienes, dime?...
 — Venia á decirte ya el último adiós:
 Que anhelo mañana salir de esta casa,
 Muy antes que alumbre magnífico el sol.

Mas ya que mi dicha que encuentre á don Braulio
 Aquí me presenta tal vez al partir,—
 Decirle deseo que su alma es injusta,
 Y baja y sin honra, y bárbara y vil.

Brau.— Don Félix.— S.— ¡Ah! calla... calla...

Félix.— Con libertad hablar puedo
 Ya que por fortuna ahora
 De él para nada dependo.

No: ya nada me intimida:
 Si antes viví padeciendo,
 Fué por tí: por no mirarte
 En la miseria sufriendo.

Mas de tanto hacer sufrir
Aun don Braulio no contento,
Y de hacer que uno se humille
Casi hasta el último extremo:

No contento con haberme
Tratado con menosprecio,
Ha querido que su amor
Declare á la que es mi cielo.

¡Insensato!... no sabia
Que me inspiraba desprecio;
Y que me burlaba de él
Aunque sufría mi pecho!...—

El semblante de don Braulio
Se enrojeció en el momento,
Y pronunció estas palabras,
Mal su furor reprimiendo.

—Don Félix, no me insulteis:
Temed mi furor os ruego.
—¡Vuestro furor!... como á vos
Vuestro furor yo desprecio.

—Don Braulio: no le hagais caso:
Le hace así hablar el tormento:
Dijo Soledad: por Dios,
El dolor le tiene ciego.

—Por vos, Soledad, le sufro:
Por vos á quien tanto quiero;
De lo contrario, no olvido
Que sé blandir el acero.

Soled. —¡Ah!... sí: sois muy jeneroso
Y por eso, sí, yo espero
Que le hagais se quede aquí
Al ver mi dolor acerbo.

¡Ah!... sin padre... sin hermano...
Ambos en la guerra muertos
De Yucatán... tal vez tenga
Que mendigar el sustento...

¿Quién le queda ya en el mundo
Si de mí se marcha lejos?...
¡Nadie!...ninguno.. ¡ah!... apiadaos...
No aumenteis vos sus tormentos.—

Don Braulio se conmovió
Cuando oyó que habia muerto
De Félix el padre amado
En Yucatán combatiendo.

Y con marcado interes,
Preguntó á Soledad luego.
¿Dijisteis que en Yucatan
Murió leal, como bueno?...

— Sí señor: allí murió
Noble y fiel por el gobierno;
Y llorada fué su muerte
Por todo su rejimiento.

Era coronel, y su hijo,
Jóven todavía tierno,
Que entonces era cadete,
Fué con él sin mostrar miedo.

B. — ¡Qué escucho, cielos... qué escucho!..

F. — Soledad, calla, te ruego...
No renueves las heridas
Con esos tristes recuerdos.

¿Qué importar puede á don Braulio
Que haya ó no mi padre muerto?...

B. — ¡Oh! demasiado, don Félix...
Demasiado, sí... en estremo.

¡Oh! su nombre; sí, su nombre
¿Cuál era?... hablad al momento...

S. — Fernando Iturribarria.

B. — Iturribarria!... ¡cielos!...

¡Ah!... no hay duda, no: no hay duda...
Braulio exclamó sin aliento.
¡Félix!... Félix!... el hermano
Soy que tú llorabas muerto.

— ¡Tú!... ¡Braulio!... Mas tu apellido...
— Iturribarria es; pero
Me ví obligado á cambiarlo
Por asuntos de gobierno.

— ¡Hermano mio!... mi hermano!...
Entonces los dos dijeron;
Y en los brazos uno de otro
Se estrecharon al momento.

— Nuestros padres nos contemplan
Desde el esplendente cielo;
Dijo Félix, tras un rato
De lágrimas y silencio.

— Y mi madre cuya muerte
Supe á mi llegada á Méjico,
Sabe no fué culpa mia
No escribirla en tanto tiempo.

Sí, Félix; yo caí á poco,
Por desgracia, prisionero,
Y ni libertad quedóme
Para escribir, ni sosiego.

Despues cuando libre ya,
La dirijí un largo pliego,
No tuve contestacion,
Ni otras cartas las tuvieron.

— Esto fué porque mi madre
En la miseria jimiendo,
Pasó á Puebla la infeliz
Llorándote ya por muerto.

Y yo en prueba del cariño
Que la guardaba en mi pecho,
Desde su muerte adopté
Su apellido y dejé el nuestro.

Y la causa aquesta ha sido
De que á pesar de mi empeño
En hallarte, nadie daba
Razon de tí á lo que veo. —

Difícil fuera pintar,
Aun al escritor mas diestro,
El placer que disfrutaba
Soledad tal dicha viendo.

Sin hablar una palabra,
Casi sin tomar aliento,
Miraba á los dos hermanos
Que allí se abrazaban tiernos.

— Félix; dijo al fin don Braulio:
Yo renuncio á mi amor ciego:
Tuya es Soledad desde ahora:
Que á ella te unas lo consiento.

Y vos, Soledad, á quien
Tanto padecer he hecho,
Dadle aquí mismo la mano
De esposa, como deseo.

— No hay necesidad, hermano,
Dijo Félix: hace tiempo
Que Soledad es mi esposa
Y yo su esposo sincero.

— ¡Cómo!... — Sí; y aquí don Félix
Le contó ya sin rodeos,
Lo que ya el lector ha oído
Mas adelante hace tiempo.

— Desde hoy los tres, juntos siempre
Sin zozobra viviremos:
Dijo Braulio: de mis bienes,
De la mitad te hago dueño. —

Félix volvió agradecido
A su hermano á abrazar tierno,
Pidiendo de lo pasado
Ambos perdon con anhelo.

Mas dejemos á los tres
En la sala así contentos,
Y á otro punto de la historia
Que está pendiente, pasemos.



PASO QUINTO.

PUNALADAS.

¿Sabeis quien muerte le diera?
—Mi mano y mi obligacion.
LOPE DE VEGA.

Con las dagas levantadas
Y en furia y en rabia ardiendo,
Les dejamos en un cuarto
Al vil doctor y á don Pedro.

Luz en el sofá tendida
Con temor y sin aliento,
Acometerse les mira
Con pujanza y en silencio.

Don Pedro como una fiera
Corre sobre el otro, ciego;
Pero el doctor que le observa,
Huye á cada golpe el cuerpo.

Y al mismo tiempo aprovecha
Los favorables momentos,
Para á su vez ofenderle,
Poniéndole en grave riesgo.

Don Pedro ruje de furia
La atroz resistencia viendo,
Y quiere acabar de un golpe
Con enemigo tan diestro.

Pero el doctor, que le observa
Con mas calma y mas sosiego,
Al verle ir sobre él, da un brinco,
Y huye, y le acomete luego.

Hora y media hace que luchan
Sin ventaja y en silencio,
Aunque los dos véense heridos
En varias partes del cuerpo.

La fuerza se halla de parte
Del impávido don Pedro;
Pero de la del doctor
La lijereza en el riesgo.

Tan pronto se ve su daga
Amagando el ancho pecho
Del contrario, como se halla
Por la espalda acometiendo.

Tan pronto le amaga al brazo
Como se dirije al cuello;
Y tan pronto le acomete,
Como se retira luego.

Mas los dos están rendidos
Y causados en extremo,
Y el doctor al fin se ve
Obligado á esperar quieto.

Entonces juzgó su triunfo
Ya conseguido don Pedro,
Y precipitóse airado
Una blasfemia diciendo.

Pero el doctor quitó el golpe
Con el su brazo siniestro,
Y con el otro hirió fuerte
A su contrario en el pecho.

Rujió como feroz tigre,
Al verse herido, don Pedro,
Y echando espuma de rabia,
Sobre el doctor fuese ciego.

El cual no esperando verse
Acometido tan presto,
No se pudo defender
De su adversario tremendo.

Y enterrado por tres veces
Sintió el puñal en su pecho,
Que con fuerza y prontitud
Le dió los golpes don Pedro.

Cayó el doctor ecshalando
Un ¡ay! de muerte, en el suelo,
Y en su sangre revolcándose
Quedó herido, si no muerto.

Desató á Luz al instante
Sin detenerse don Pedro,
Y la hizo que le siguiera,
Y de la casa salieron.

Los aliados de la casa,
Que ruido alguno no oyeron,
A los dos salir dejaron
Sin tener ningun recelo.

—Ya estais libre, Luz hermosa,
De vuestro tirano fiero:
Dijo don Pedro á la hermosa
Que le seguia en silencio.

—A vos muy mas que la vida,
Contestó la jóven, debo;
Pues me habeis salvado la honra,
Sin la cual hubiera muerto. —

Y sin saber quién el hombre
Es que la salvó del riesgo,
Ni pensar que quiere de ella,
De él va asida, sin recelo.

Y así cruzan varias calles
Mas bien que aprisa, corriendo,
Sin hablar otra palabra,
Y sin calma dentro el pecho.

Pero junto á una patrulla
Al pasar así lijeros,
Les mandaron hacer alto,
Y los dos se detuvieron.

—¿Adónde vais de esa suerte
Y á tales horas corriendo?...
Les dijo de la patrulla,
Al parecer, el sarjento .

—A nuestra casa si os place
Vamos en este momento;
Don Pedro le contestó,
Sorprendido y aun con miedo .

Notó su turbacion mucha
El militar nada lego;
Y con detencion á verle
Se puso ya y con recelo.

Iba cubierto de sangre
Por su desgracia don Pedro,
Y de un farol á la luz
Las manchas le descubrieron.

—Este hombre es un asesino,
Porque de sangre está lleno:
Dijo el sarjento: mi alferéz
Venid á reconocerlo.

Y el alferéz se acercó;
Y al examinarle atento,
Vió sus heridas y sangre,
Y en desórden su cabello.

—Amarrad á este hombre al punto,
Sin tener piedad, Mamerto;
Y de don Lucas y vos
Vaya esta mujer en medio.

Y al agarrarla del brazo
Y mirar su rostro anjélico,
El alferéz, sorprendido,
Esclamó: ¡Luz! ¡ah!... qué veol...

— ¡Luis!... admirada también
Dijo la joven. ¡Oh! el cielo
Me libra de mis tiranos
Que me han perseguido ha tiempo.

— ¿Tus tiranos!... ¿Quiénes son?...
¡Ah!... tú, sumida en el cieno
Has existido entre el crimen,
Despreciando mi amor tierno.

— ¡Yo en el crimen!... ¡ah! no ultrajes
A quien ni un solo momento
Te ha olvidado!... A quien la muerte
Prefirió por tí, sin miedo.

A la mujer que ha un instante
Maniatada y sin aliento,
Iba del hombre á ser víctima
Que la robó hace algun tiempo.

¡Ah!... mi Luis!... si tú supieras
Cuantos horribles tormentos
Desde la noche he sufrido,
En que del techo paterno,

Me arrancaron, por mi mal,
Aquellos hombres perversos,
Que de tí me separaron
A pesar de mis esfuerzos!...

Mas compasión me tendrías...
Entonces contra tu pecho
A esta infeliz estrecharas
Que no te olvidó un momento.

— ¿Pues qué motivo á la casa
Te condujo, do, no es sueño,
Te ví entre viles mujeres
Que viven sin fé y sin freno?...

— ¡Ah!... yo me miré arrastrada
Por ese doctor perverso,
Que no pudiendo vencerme,
Buscó de humillarme el medio.

Él me condujo... él á allá...
Mas te juro por el cielo,
Que guardé mi virtud siempre...
Que no hay en mí un borron feo.

— ¿Es posible, hermosa mía?...
¡Ah!... todo ya lo comprendo...
Por eso él me hizo que fuera
A verte por mi tormento...

— ¡Él!... — Sí. — Feliz, feliz soy...
¡Oh!... ya respira mi pecho;
Pues á mí que ibas por otra
Crear, desdichada, me hicieron...

Pero haz que suelten á ese hombre:
Haz que le suelten te ruego;
Pues él me ha salvado ahora
Del doctor que yace muerto.

—Ha muerto el doctor!...—Sí; ese hombre
Obligado ha estado á ello,
Pues los dos han combatido
Cara á cara y cuerpo á cuerpo.

—Pero ¿quién es?...—Yo lo ignoro:
Me salvó sin conocerlo.
—Tal vez otro como él:
Dijo don Luis al momento.

—No importa: yo te suplico
Que le des buen tratamiento:
Pues si no por él, ahora
Llorara yo sin consuelo.

No sé por qué; pero mi alma
Le ha cobrado algún afecto,
Y por su suerte, Luis mio,
Infinito me intereso.—

Una mirada ternísima
De amor y agradecimiento,
Dirigió á la jóven pura
El aflijido don Pedro.

Y algunas brillantes lágrimas
Por su rostro descendieron...
Lágrimas de bendicion...
Lágrimas de amor paterno...

—Por complacerte, Luz mia
Sus ligaduras le suelto;
Pero es preciso que venga
Siempre con nosotros preso.

Y mandó que le soltaran
A sus leales compañeros,
Los cuales, sin replicar,
La su orden obedecieron.

“Ahora es preciso que á casa
De ese vil doctor marchemos,
Añadió Luis, pues preciso
Es se aclare este misterio.”

Y á la casa del doctor
Al punto se dirijieron,
A paso precipitado
Sin detenerse un momento.

A ella al llegar fuertes golpes
A la gruesa puerta dieron;
Y al ver que era una patrulla
De nacionales, la abrieron.

Un hombre que en tal instante
Pasaba en su capa envuelto,
A la patrulla se unió,
Y á la casa entró sereno.

Nadie se cuidaba de él,
En tanto que él muy atento,
Observaba, recatándose,
Al desgraciado don Pedro.

Por fin la patrulla al cuarto
Entró, do el doctor muriendo,
Cercado de los aliados,
Se encontraba y casi yerto.

El doctor fijó los ojos
Moribundos, con anhelo,
En las personas que entraban
Tal ruido terrible haciendo.

Y al reconocer á Luz
Y á su enemigo don Pedro,
Un grito dió de placer
Y de horror al mismo tiempo.

Don Luis entonces entrando
De los aliados en medio,
Se acercó al doctor que, pálido,
Se revolcaba en el suelo.

—¡Doctor! le dijo el alferz
Sin detenerse un momento:
¿Le conoceis á este hombre?...—
Y le señaló á don Pedro.

—Sí; es un infame cual yo,
Y el que me hirió hace un momento:
El raptor de la hija bella
De Landía .. un vil perverso...

El caudillo de los hombres
De corazones mas negros...—
Y aquí el doctor declaró
De Guzman todos los hechos.

Al oír tales palabras
El embozado, fué, ciego,
Hácia el matador, y dijo
Ya su rostro descubriendo.

—¡Ah!... ¿dónde está... dónde, Carmen?...
¿La mujer que es mi contento?...
—¡Don Carlos!... dijo admirado
Y aterrado al fin don Pedro.

Al escuchar aquel nombre
Los ojos ya casi muertos,
Fijó el doctor en don Carlos,
Y así prosiguió diciendo.

— Mira ahí al vengador
De Carmen; al que ahora el cielo,
Te envia para que impunes
No queden tus actos fieros.

Don Luis, añadió despues,
Ya con moribundo acento:
Voy á morir, y es preciso
Decir mi crimen borrendo.

Yo amé á Luz: yo la arranqué,
Guiado por el infierno,
De la casa paternal,
Cuando íbais á ser su dueño.

Yo la llevé á la mansion
Del crimen y el vicio luego,
Porque no pude vencer
La alta virtud de su pecho.

Yo en fin quise deshonrarla;
Pero todos mis esfuerzos
Siempre inútiles han sido,
Y sin mancha á vos ha vuelto.

Vos sois feliz, pues don Luis;
Luz es un ángel del cielo....
¡Ojalá que á Carmen bella
La haya salvado el Eterno!....

— ¡Ah!.. ¿dónde está... dónde está?...
Dijo Cárlos con empeño,
Y con afan indecible
Amenazando á don Pedro.

¿Dónde está...?—No sé.—Que miente.
Dijo el doctor con esfuerzo:
La tiene presa en su casa...
La verdad digo... y... yo... muero...!!—

Al oír esta palabra
Todos guardaron silencio;
Y el doctor quedó sin vida,
Y con espantable fiero.

El alférez que de Cárlos
Fuera amigo en otro tiempo,
Corrió entonces á abrazarle
Que no habia qué hacer viendo.

—¿Ya de vuelta?—Sí; don Luis.
—Infinito lo celebro.
—Gracias; pero haced que al punto
A mi Carmen la salvemos.

—Sí; porque á la pobre un siglo
Se le hará cada momento,
Que es un siglo cada instante
Al que jime sin consuelo.

—Teneis razon. Y mandando
Que condujeran al muerto
Presto á la Diputacion,
El se marchó con el resto.—

Iba Luz de Luis al lado
Llena de dicha y contento,
En tanto que cabizbajo
Y abatido iba don Pedro.

Parecia que el valor
Huyó de su fuerte pecho
Desde el instante que vióse
Entre aquellos hombres preso.

Solo una cosa robaba
A Luz parte del contento:
El ver triste al hombre aquel
Que la libertó del riesgo.

Aquel hombre que fijaba
En ella sus ojos tiernos,
No como un amante impuro,
Sino cual padre sincero.

Y por cuya faz corrian,
Por algun triste recuerdo,
Algunas lágrimas puras:
Lágrimas de sentimiento.

Así á la casa llegaron
Del que conducian preso,
Y en cuanto abrieron la puerta,
A la habitacion subieron.

En el zaguan dos soldados
Que cuidaran se pusieron,
Y para evitar saliera
De la casa algun doméstico.

Sorprendidos los aliados
Quedaron, viendo á don Pedro
Conducido de tal suerte.
Y perdidos tambien ellos.

—¿Dónde está Carmen?...—Seguidme:
Dijo al punto el prisionero,
Y les condujo á la estancia
Do estaba aquel ángel bello.

Carmen que triste esperaba
La atroz muerte por momentos,
Al oír ruido en la puerta
Alzó una súplica al cielo.

Y cuando ver esperaba
A un verdugo horrible y fiero,
Se vió en los brazos del hombre
Que era su gloria y consuelo.

En los brazos de aquel Cárlos
Que era solo el dulce objeto,
Que estaba en su corazón,
Y en su vivo pensamiento.

Imposible pintar fuera
Esta escena de contento,
Ni las palabras tan tiernas
Que los dos se dirijieron.

Las preguntas que uno y otro
En un instante se hicieron:
Ni sus quejas amorosas,
Ni sus muchos juramentos.

¡Ah!... fué aquel un dulce instante:
El mas dulce que en el suelo
Gozar al hombre le es dado....
Comparable á un bien del cielo.

Solo el que ha amado y el que ama,
Como se amaban aquellos,
Podrá formar una idea
De lo que gozar debieron.

Libre Carmen del impio
Y fementido don Pedro,
Conducida fué por Cárlos
A su casa en el momento.

A su casa do Landía
Al verla, corrió á su encuentro,
Y á su hija abrazando amante,
La cubrió de ardientes besos.

Donde doña Ana mil lágrimas
De felicidad vertiendo,
La daba el nombre de *hija*
Y la estrechaba á su seno.

Don Pedro y los sus criados
Fueron al instante presos
A la Acordada; y á parte
Se le colocó al primero.

—Don Luis, dijo este al alferéz:
Que hablar á esa jóven tengo,
Y revelarla ahora mismo
De su existencia un misterio.

—Un misterio!... contestó
El alferéz sin sosiego.
¿Cuál puede ser?... —A ella sola
Yo descubrirselo debo.

—Es imposible.—Pues bien,
A vos descubriros puedo,
Porque vais á ser su esposo,
Lo que deciros ya debo.

Y aquí le contó su vida,
 Sus amores y tormentos,
 Y como era Luz su hija,
 Y como llegó á saberlo.

Quedó don Luis sorprendido
 Al saber aquel secreto,
 Y sintió cierto cariño
 Por aquel hombre perverso:

Y tendiéndole la mano,
 Díjole con tierno acento:
 Sois el padre de mi amada
 Y como á tal os respeto.

Perdonadme si me he visto
 Obligado, sin saberlo,
 A cumplir mi obligacion
 Trayéndoos á aquí preso.

— Perdonado estais don Luis:
 Sois un jóven que yo aprecio;
 Luz será con vos dichosa,
 Porque es un ángel del cielo.
 ¡Ah!... no la digais jamas
 Que es su padre este perverso,
 Este hombre vil cuya vida
 Horrorizara su pecho.

No: mejor es evitarla
 Este terrible tormento,
 Y el rubor que la causara
 Tan oscuro nacimiento.

— Acertado me parece
 Vuestro último pensamiento,
 Dijo don Luis: su alegría
 Ya para nada turbemos.

Y despues de despedirse
 Los dos con muestras de afecto,
 Don Luis se alejó de allí
 A Guzman dejando preso.



Querida de mis padres cual ninguna
Crecí feliz en mi primera edad.

G. GUTIERREZ.

A la mañana siguiente,
Cuando Mamerto á su casa
Se dirigió, entró primero
Al cuarto de su adorada.

La cual al mirarle entrar,
Alegre y vertiendo lágrimas,
Le asió del brazo y llevóle
Frente de una mujer pálida.

—Mira, Mamerto, á mi madre:
Mi madre, á quien la desgracia,
Como á mí, la ha perseguido
En este mundo de infamias.

—¡Tu madre!... —Sí; anoche el cielo
La encaminó hácia esta casa,
Para que feliz con ella
Viva ya sin temer nada.

—Pero ¿cómo?... —Y Luisa entonces
Le contó la historia larga
De la infelice Matilde,
Que era la que allí se hallaba.

Quedó el jóven admirado
Y conmovido en el alma,
Cuando de contar la historia
Acabó su Luisa amada.

Y despues de un breve instante
En que silencio guardara,
Dijo con acento blando
A la hermosa estas palabras.

—El cielo, Luisa querida,
De premiar sin duda trata
Los trabajos y tormentos
Que habeis sufrido y desgracias.

Pues hoy que una madre os vuelve
Para quererla y cuidarla,
Tambien os vuelve una amiga
Que adorais con toda el alma.

—¿Hablais de Luz?...—Sí; hablo de ella;
Que cautiva y encerrada
La tenia un vil doctor
Que ciego la idolatraba.

—Ah!... ¿dónde está?... ¿dónde está?...
Matilde exclamó con ansia,
Alzándose de su asiento:
¿Do está la hija de mi alma?...

—¡Vuestra hija!... dijo Mamerto.
—Sí; exclamó Luisa: es mi hermana!...
Es mi hermana, y sin saberlo
Tanto yo la idolatraba.

¡Ah!... Mamerto... por piedad,
Si sabeis dónde se halla,
Haced que venga al instante
A su madre á ver y hermana.

—Voy corriendo: dijo el jóven.
Y sin detenerse nada,
Salió corriendo del cuarto,
Y de don Luis fué á la casa.

PASO SEPTIMO.

PATRIOTISMO.

Empéñase la lid: la muerte alada
En uno y otro bando se detiene.
R. RUBÍ.

Han pasado algunos dias
Desde la noche en que el cielo,
Libertó á Carmen y á Luz
De sus raptos perversos.

Han pasado muchos dias,
Y tambien muchos sucesos,
Aunque de interes ninguno
Para los misterios nuestros.

Pues hoy que una madre os vuelve
Para quererla y cuidarla,
Tambien os vuelve una amiga
Que adorais con toda el alma.

—¿Hablais de Luz?...—Sí; hablo de ella;
Que cautiva y encerrada
La tenia un vil doctor
Que ciego la idolatraba.

—Ah!... ¿dónde está?... ¿dónde está?...
Matilde exclamó con ansia,
Alzándose de su asiento:
¿Do está la hija de mi alma?...

—¡Vuestra hija!... dijo Mamerto.
—Sí; exclamó Luisa: es mi hermana!...
Es mi hermana, y sin saberlo
Tanto yo la idolatraba.

¡Ah!... Mamerto... por piedad,
Si sabeis dónde se halla,
Haced que venga al instante
A su madre á ver y hermana.

—Voy corriendo: dijo el jóven.
Y sin detenerse nada,
Salió corriendo del cuarto,
Y de don Luis fué á la casa.

PASO SEPTIMO.

PATRIOTISMO.

Empéñase la lid: la muerte alada
En uno y otro bando se detiene.
R. RUBÍ.

Han pasado algunos dias
Desde la noche en que el cielo,
Libertó á Carmen y á Luz
De sus raptos perversos.

Han pasado muchos dias,
Y tambien muchos sucesos,
Aunque de interes ninguno
Para los misterios nuestros.

En la casa de don Lúcas
Están en este momento
La bella Elisa y su amante,
El agradable don Diego.

Con interés la primera
Contempla á su amante tierno,
Que pálido está á su lado
Aunque al parecer sufriendo.

Pero oigamos lo que dice
Con dulce y sentido acento
A su hechicera inocente
El cariñoso don Diego.

—Perdóname, Elisa mia,
Si en vez de hablarte de amor,
Solo puedo en mi dolor
Hablar de la guerra impía.

Mas al oír del cañon
El funesto horrible trueno,
¿Cómo, Elisa, estar sereno
Con calma en el corazón?

Donde vibran los aceros
Si en este instante estuviera,
Si no triunfaba, muriera
Con mis bravos compañeros.

Pero lejos del silbido
De las balas, triste suerte!
De qué me vale ser fuerte
Si estoy, por mi mal, herido?

—Pues ¿qué mas puede esijir
La patria, mi Diego amado?
Tú has tu sangre derramado
Por ella por combatir.

Tú en Churubusco tu pecho,
Como todos tus amigos,
Pusiste á los enemigos
Que venian con despecho.

En mi oído aun creo zumba
Del cañon el trueno impío:
Churubusco fué, bien mio,
Del yankee la horrible tumba.

—Oh! sí: allí los mejicanos
Hicieron de honor alarde:
Allí no se vió un cobarde
Ante enemigos tiranos.

Allí el enemigo vió
Tras de la accion inclemente,
Si, que no por mas valiente
Sobre nosotros triunfó.

Sino porque la fortuna
Se miraba de su lado:
Aunque de sangre dejado
Hubieron una laguna.

—Y si no puedes luchar
Hoy en Molino del Rey,
Bien conocerá tu grey
Que debes tener pesar.

—¡Oh! conocen mi valor
Bien todos, Elisa mia,
Para que á vil cobardía
Atribuyan mi dolor.

Mas ¿quién viene á interrumpir
Nuestro coloquio, bien mio?
—Es Arcadio: el hombre impío
A quien no puedo sufrir. —

Y efectivamente él era
Que afanoso y asustado,
Corriendo de Elisa al lado
La habló de aquesta manera.



Arc. — Elisa. — ¿Qué hay, don Arcadio?

Arc. — La batalla hemos perdido
Despues de un fuerte combate,
Y ha triunfado el enemigo.

Die. — ¿Qué escucho!.. — *Arc.* — De la azotea,
Con un anteojo hemos visto,
Enarbolar la bandera
De las estrellas. — *Elis.* — ¡Dios mio!...

Arc. — Confieso que por curioso
Me he encontrado en gran peligro,
Porque no hay mas que una legua
De do la accion fué, á este sitio,

Y alguna bala perdida
Bien podia haberme herido.

Dieg. — ¡Oh! ¿qué hacer?... ¿Será posible
Que sucumbamos, Dios mio?...

Venga un fusil, que imposible
Es permanecer tranquilo,
Cuando la patria se encuentra
En inminente peligro.

Elisa. — Diego, no salgas, no salgas;
Mira que yo lo prohibo,
Porque es segura tu muerte,
Porque te encuentras herido.

Cálmate, yo te lo ruego:
Aquí quédate conmigo,
Y en las calles su sepulcro
Halle el yankee fementido.

Arc. — Los cobardes militares
Que han esquivado el peligro,
Y del cañon al estruendo
Huyeron despavoridos,

La causa son de que ganen
Y vengzan los enemigos.
¿Do se han portado como hombres?...
¿Do su valor hemos visto?...

Solo en las revoluciones
Que aquí siempre hemos tenido:
Mas contra el americano,
Mujeres, no hombres, han sido.

Diego.

Callad, callad, Arcadio: vuestra lengua
No siga á nuestro ejército insultando:
Los cobardes cual vos, y no otro alguno,
Quieren llenar de oprobio á los soldados.

¿En dónde su valor decís se halla?...
¿Olvidais ya que en la Angostura, bravos,
Sin temor á la muerte, al enemigo
Inespugnables puntos le quitaron?..

¿Dónde está su valor?... ¿Quién como ellos,
Desnudos, sin comer, de todo saltos,
Sin esperar jamas premio ninguno,
A una segura muerte se han lanzado?...

¿Cobardes!... ah!... mentís!... no son cobardes:
No son cobardes, no, los que arrestados,
A los combates vuelan, y sus pechos
Al fuego ponen de enemigos bravos...

Cobardes son los hombres que nada hacen
Y se empeñan tan solo en denigrarlos:
Los hombres como vos, baldon del nombre
Que llevan, por mi mal, de mejicanos.

¿Quién como ellos, al mirarse siempre
De la nacion entera despreciados,
Defiende á esa nacion misma que ingrata,
No le alargó jamas benigna mano?...

Ninguno, no, ninguno: solamente
Han podido sufrir nuestros soldados
Destino tan crüel... ¿Y hay quien los veje
Y diga son cobardes?... ¿Puede acaso,

Esponer ya mas que la vida el hombre?...
 No puede nunca mas; pues ellos, bravos,
 Pródigos de su sangre, en los combates
 A vencer ó á morir se han presentado.

Mas si á inespertos jenerales ceden
 Dé un ejército de héroes el mando,
 Siempre serán vencidos, aunque luchen
 Con furia extrema hasta morir matando.

Así don Diego hablaba,
 Cuando don Lucas, fiero,
 Entró con otros muchos
 Soldados y corriendo.

--¿Qué hay, padre?... dijo Elisa,
 --Nos abandona el cielo,
 Don Lucas contestóla:
 Del campo el yankee es dueño.

Ha perecido casi
 Mi batallon entero,
 Que defendiera fuerte
 A palmos el terreno.

Pero Leon, Balderas,
 Y mil bravos como ellos,
 Han perecido, y todos
 Los jefes mas serenos.

Tres veces se han cruzado
 Las bayonetas de ellos
 Con las terribles nuestras
 En el combate horrendo.

Tres veces; y en ninguna
 Un palmo de terreno
 Quitarnos han logrado,
 Que estaba en sangre lleno.

El batallon de *Mina*,
 El *Once y Tres Lijero*,
San Blas y algunos otros
 Allí lucharon fieros:

Allí entre el enemigo
 Unidos y revueltos,
 Mataban y morian
 Con indecible esfuerzo.

Y allí la faz del yankee
 Palideció de miedo,
 Y al fin volvió la espalda
 A los aceros nuestros.

Pero murió Balderas,
Murió Leon... y al vernos
Sin uno que mandara,
Nos vimos pronto envueltos.

Cada uno combatia
Con furia y con aliento,
Pero el desórden fué
Nuestro contrario fiero.

¡Oh, cuánta sangre, cuánta
De amigos y de deudos,
Hoy ha corrido, Elisa,
En el combate horrendo!

Don Luis ha hecho prodijios;
Preciso fué traerlo
Para que no cayera
Al cabo prisionero.

—Y dónde, padre mio,
Se encuentra don Mamerto?

—¡Ay! combatió cual bravo,
Y al fin cual héroe ha muerto.

—¡Ha muerto!... dijo alzándose
De donde estaba, Diego.

—¡Ha muerto!... añadió Elisa.
Y sucedió el silencio.

PASO OCTAVO.

A LAS PUERTAS DEL SEPULCRO.

Piedad de mí que desdichada he sido:
Encuentre al menos mi dolor piedad.

G. GUTIERREZ.

En un lecho limpio y blando,
Una jóven yerta y fria,
Yace casi en agonía,
Pálida como el papel.
Y á su cabecera tiene
Dos mujeres que la miran,
Y que sin cesar suspiran
Por el tormento cruel.

Un jóven á los piés, triste,
Tambien se ve en tal instante,
Ocultando su semblante
En sus manos con dolor.
Y de los tres en los ojos
Brillan lágrimas lucientes,
Como gotas trasparentes
En el cáliz de la flor.

El silencio mas profundo
Reina en el cuarto de duelo,
Donde á todos, sin consuelo,
Se les oye suspirar.
Hasta que la enferma misera
Saliendo de su letargo
Estremadamente largo,
De esta suerte llegó á hablar.

—Luz ¿dónde estás?...—Aquí, Luisa:
Dijo la jóven que estaba
A su lado, y la miraba
Con ternura y con amor.
—¿Cuán buena eres!... tú y mi madre
Sois los dos ánjeles tiernos
Que mis pesares internòs
Consolais y mi dolor!....—

Y les apretó la mano
A las dos con gran ternura,
Y á sus labios, con dulzura
Las llevó para besar.
Y en ellas fijó los ojos,
Y al verlas vertiendo llanto,
Las dijo:—“De mi quebranto
Os hago participar....”

¡Ah!... pero pronto... sí, pronto
Dejaré esta amarga vida,
Que siempre triste, aflijida,
Pasé desde que nací.
Pronto volaré á ese cielo
De eterna dicha y brillante,
En donde mora el amante
Que en este mundo perdí.

¡Mamerto!... Mamerto mio!...
Tú que de dicha me hablabas,
Y un mundo ¡ay Dios! me pintabas
De delicias y de amor....
Tú que en el fondo del pecho
Lees de aquesta muribunda,
Ves ¡ay! que mi pecho inunda
De tu recuerdo el dolor.

¡Ah!.... tú siquiera, Luz bella,
 Despues de tantos tormentos,
 Disfrutas dulces momentos
 Con el hombre que es tu bien.
 Tú siquiera te has unido
 Al mortal que idolatrabas,
 A ese Luis de quien me hablabas
 Y que te adora tambien.

Todos ¡ay! todos felices
 Al fin son, hermanua mia,
 Mientras yo, en la tumba fria
 Voy en breve ádescansar...
 Y ¿no ha venido tu esposo?...
 ¿No ha venido Luis contigo?...
 ¡Ah!... no querrá estar conmigo
 Cuando ya voy á espirar.

—Aquí estoy, el jóven dijo,
 Acercándose hasta el lecho
 Y en llanto amargo deshecho:
 Aquí estoy, Luisa... mirad...
 —Gracias!... ¡gracias!... contestó ella:
 Dios me envia este momento:
 El último de contento
 Para ir á la eternidad!

—Luisa, hija mia, no pienses
 En morir: dijo Matilde:
 Tú, tan bella y tan humilde,
 Mi consuelo aquí has de ser.
 No quieras verme llorando
 En este misero suelo,
 Cuando empezaba el consuelo
 En mi pecho á renacer.

—¡Madre mia, ya es inútil
 Todo para mí en el mundo,
 Yo muero al dolor profundo
 Que en mí dejara el amor...
 Yo muero, sí... ya no queda
 Para mí esperanza alguna...
 Y es la muerte una fortuna
 Para quien vive en dolor!...—

No bien dijo estas palabras,
 Cuando el padre B... tranquilo,
 Con otro padre camilo
 A la estancia llegó á entrar.
 Y todos se levantaron
 Al mirarlos, de su asiento,
 Y el camilo fué al momento
 Con la moribunda á hablar...

Y la hizo algunas preguntas,
Y la enferma desdichada,

Contestó: — “No tengo nada:
Nada me llega á ocurrir...” —

— Bien: contestó el sacerdote:
Dios una muerte os envia
Dulce; y muy pronto, hija mia,
Vais á su lado á vivir... —

Y á rezar en voz muy baja
El buen ministro se puso,
Como manda, y como es uso,
Nuestra santa relijion.
Y matilde y Luz volvieron
De la enferma al punto al lado
Que las habia llamado
Al ver que iba á otra mansion.

Y volviendo de su hermana

Y de su madre querida,
A estrechar enternecida
Las manos y á las besar.
Reclinó sobre su almohada
Su cabeza seductora;
Y despues de media hora
La infeliz llegó á espirar.



CONCLUSION.

Todo en el mundo pasa.

R. Ruff.

Quando preso don Pedro se vió y solo,
De la muerte al recuerdo tembló su alma,
Porque al contar sus crímenes veia
Que su castigo Dios le preparaba.

Veía que el perdon era imposible
 Tras de delitos tantos que contaba,
 Y que el doctor los publicara á gritos
 En la noche fatal que le matara.

Así es que cuando el juez inescorable
 Preguntas le hizo de su vida varias,
 De plano confesó todos sus crímenes,
 Porque perdida conoció su causa.

Porque negar él conoció sería
 Sufrir una prision horrenda y larga,
 Sin provecho ninguno, cuando todos
 Por donde quiera, fieros, le acusaban.

Mas á don Braulio delatar no quiso
 Ni á ningun otro aliado; y sus palabras
 Se redujeron á decir que él solo
 La muerte merecia sin tardanza.

Así es que pronto la sentencia horrenda
 De muerte, le leyeron que esperaba
 Y que ahorcado debia ser en público
 Como ladron y malhechor de fama.

A la palabra ahorcado, demudóse,
 No por miedo á la muerte en su desgracia,
 Sino porque era muerte deshonrosa,
 Y de vergüenza un resto conservaba.

Mas al ver que remedio no tenia
 Y que en capilla el infeliz estaba,
 Resueltamente se tomó un veneno
 Que en su bolsillo siempre lo llevaba.

Este el tremendo fin fué de don Pedro,
 Fin horroroso como sus infamias:
 Fin del malvado; porque nunca deja
 Impunes Dios los crímenes del alma.

Y así como no deja los delitos
 Sin castigo, aunque tarde nos lo manda,
 Tampoco deja sin su justo premio
 La virtud de los seres que le acatan.

Por eso Carmen y don Carlos vieron
 Premiados sus afanes y constancia,
 Y se unieron con lazos sempiternos,
 De un Dios tan tierno en las divinas aras.

La sufrida Maria, cuyo esposo
Murió á los golpes de dos fuertes dagas,
Tambien á don Ramiro vióse unida,
Que ciego como siempre la adoraba,

Y Matilde, á quien tiernos los sus padres
Por donde quiera siempre la buscaban,
Al lado de ellos se volvió contenta,
Querida por su madre y obsequida.

FIN DE LA OBRA.



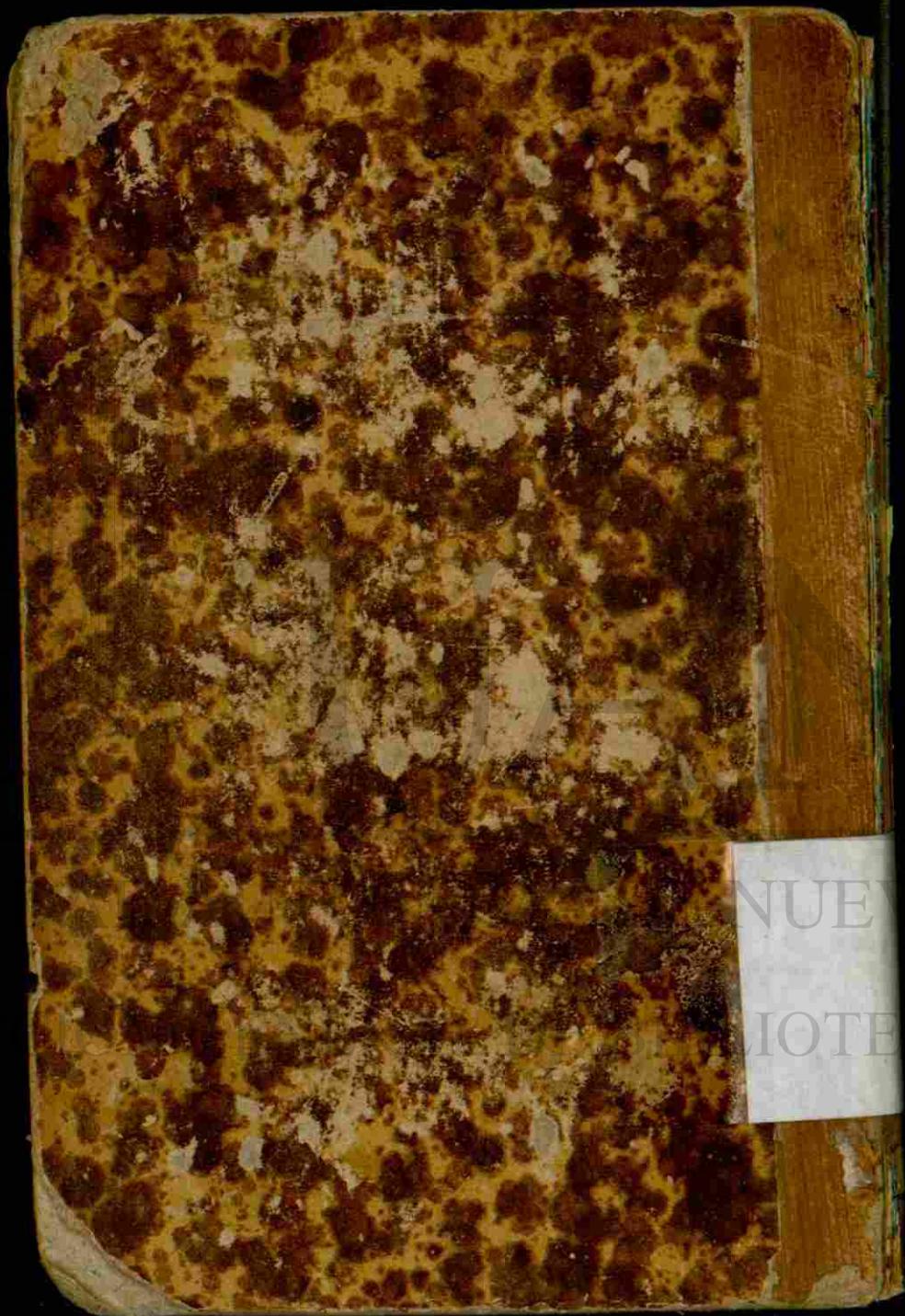
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUEY

MOTE